

Nº5 VERANO AUSTRAL 2022

REVUELTA DE LA RAZÓN

JACOBINLAT.COM

JACOBIN

AMÉRICA LATINA



**VOLVER
AL FUTURO**

Es necesario construir el futuro. El capitalismo neoliberal lo derribó y lo redujo a una oferta de ocasión que promete más desigualdad, conflicto y caos. Más que el signo de madurez escéptica del que nos hablan los cínicos de todo el espectro político, este colapso en la idea del futuro es sintomático de la condición histórica regresiva de nuestra época.

Alex Williams y Nick Srnicek,
Manifiesto por una política aceleracionista.

Colectivo editorial

EDITOR PRINCIPAL

Martín Mosquera

EDITORA ASOCIADA

Florencia Oroz

COORDINADOR DE REDACCIÓN

Nicolas Allen

EDITOR INTERNACIONAL

Denis Rogatyuk

TRADUCTOR PRINCIPAL

Valentín Huarte

COLABORACIÓN EDITORIAL

Pablo Abufom Silva
Martín Arboleda
Anahí Durand Guevara
Franck Gaudichaud
Hilary Goodfriend
Georgina Martínez Antúnez
Karina Nohales
Adrián Piva
Thea Riofrancos

RESPONSABLE DE CIRCULACIÓN

Cecilia Cowper

DIRECCIÓN GRÁFICA

Alejandro Ros

ASISTENCIA DISEÑO

Silvia Canosa

ARTE DE TAPA

Max Rompo
Leo Moreira

DISEÑO WEB

dosRíos - Diseño &
Comunicación
Florencia Croccia
Gastón Mato

CONSEJO ASESOR

Marilena Chaui
Enrique Dussel
Verónica Gago
Álvaro García Linera
Claudio Katz
Claudia Korol
Michael Löwy
Massimo Modonesi
Maria Emilia Tijoux

PUBLICADO POR

Jacobin Foundation

DISTRIBUYE


siglo veintiuno
editores

Jacobin es una voz destacada de la izquierda radical en el mundo que ofrece un punto de vista socialista sobre la política, la economía y la cultura. La revista impresa se publica trimestralmente.

SUSCRIPCIÓN ANUAL

ARS 1600 (digital solidaria)
ARS 2500 (digital estándar)
ARS 2300 (impresa solidaria)
ARS 4000 (impresa estándar)
USD 12 (digital solidaria)
USD 36 (digital estándar)

Montevideo 31, dpto. 3,
C1019ABA, Argentina
jacobinlat.com
redaccion@jacobinlat.com

©2022 Jacobin América Latina
ISSN: 2718- 6466
febrero 2022

Se imprimió en
Latingráfica
en febrero 2022



Escriben

Nicolas Allen es coordinador de redacción de *Jacobin América Latina*.

Martín Arboleda es Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Manchester (Reino Unido) y profesor de sociología en la Universidad Diego Portales (Santiago de Chile). Autor de *Gobernar la utopía: sobre la planificación y el poder popular* (Caja Negra Editora, 2021).

Guilherme Boulos es docente y dirigente del Movimiento de Trabajadores Sin Techo (MTST). Fue candidato a la presidencia de Brasil en 2018 por el PSOL (Partido Socialismo y Libertad).

Michael Burawoy es sociólogo y profesor de sociología en la Universidad de California - Berkeley. Es autor, entre otros libros, de *Manufacturing Consent: Changes in the Labor Process under Monopoly Capitalism* (University of Chicago Press, 1979).

Ben Burgis es profesor de filosofía. Es autor de *Give Them An Argument: Logic for the Left* (Zero Books, 2019) y presenta el podcast «Give Them An Argument».

Jacques Chonchol es agrónomo y fue Ministro de Agricultura del gobierno de Salvador Allende en Chile.

Kristen R. Ghodsee es profesora de Estudios rusos y de Europa del Este. Es autora de seis libros sobre género, socialismo y postsocialismo en Europa del Este, incluido *Por qué las mujeres disfrutaban más del sexo bajo el socialismo* (Capitán Swing, 2018).

Janette Habel es politóloga, especialista en Cuba y en América Latina.

Eileen Jones es crítica de cine en *Jacobin* y autora de *Filmsuck, USA*. Conduce el podcast «Filmsuck».

John Marot es investigador independiente y autor de *The October Revolution in Prospect and Retrospect* (Historical Materialism, 2012).

Juan Mattio es autor de las novelas *Tres veces luz* y *Materiales para una pesadilla*. Escribe en distintos medios sobre literatura y teoría social.

Martín Mosquera es editor principal de *Jacobin América Latina*.

Lucas Oliveira es comunicador social y miembro de la Coordinación Nacional de Insurgência/PSOL.

Edemilson Paraná es profesor de Sociología Económica y del Trabajo en la Universidad Federal de Ceará y en la Universidad de Brasilia (Brasil). Autor, entre otras obras, de *A Finança Digitalizada: capitalismo financeiro e revolução informacional* (Insular, 2016) y *Bitcoin: a utopia tecnocrática do dinheiro apolítico* (Autonomia Literária, 2020).

Jaime Pastor es politólogo y editor de la revista *Viento Sur*.

Pedro Perucca es periodista, editor de la revista *Sonámbula* e integrante de «Proyecto Synco: observatorio de ciencia ficción, tecnología y futuros».

Leigh Philips es periodista y escritor especializado en ciencia y en asuntos de la Unión Europea. Es autor, junto con Michal Rozworski, de *The People's Republic of Walmart: How the World's Biggest corporations are Laying the Foundations for Socialism* (Verso, 2019).

Cecilia Rikap es especialista en economía de la ciencia, tecnología e innovación y profesora de Economía política internacional, en City, University of London. Es autora, junto con Bengt-Åke Lundvall, de *The Digital Innovation Race* (Palgrave Macmillan, 2021).

Michal Rozworski es escritor e investigador especializado en sindicalismo. Es autor, junto con Leigh Philips, de *The People's Republic of Walmart: How the World's Biggest corporations are Laying the Foundations for Socialism* (Verso, 2019).

Catherine Samary es economista e investigadora especializada en Yugoslavia y en los regímenes socialistas del siglo XX.

Enzo Traverso es historiador, profesor de la Universidad de Cornell y autor, entre otros, de *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria* (Fondo de Cultura Económica, 2018).

F **DE FRENTE**
06
GAMBITO DE REY
¿Hay alternativa?

15
LÍNEAS DE SUMINISTRO
Breve historia
del comunismo

21
LÍNEAS DE SUMINISTRO
Volver al futuro

26
MANO A MANO
Por un nuevo
socialismo
latinoamericano

<< **FUTURO PASADO**
34
MISERIA DE LA TEORÍA
La Nueva Política
Económica era la
alternativa al
estalinismo

46
DESIGUAL Y COMBINADO
De vuelta sobre la
experiencia yugoslava

56
MISERIA DE LA TEORÍA
El «gran debate» cubano

66
FRENTE POPULAR
Recetas para la
agricultura del futuro

>> **PASADO FUTURO**
74
EMPIRISMO VULGAR
Trabajar en un
estado obrero

78
TENDENCIAS
Socialismo y democracia

85
INSTRUCCIONES
Cinco lecciones sobre
la emancipación de las
mujeres

↺ **VOLVER AL FUTURO**
90
CARNE DE CAÑÓN
La República Popular
de Walmart

102
CORTO CIRCUITO
Planificación
en la era digital

110
LABORATORIO
Es mejor socializar
un banco que robarlo

C **CAPITAL CULTURAL**
120
LAS ARMAS DE LA CRÍTICA
Una utopía
aceleracionista

128
TELEFONO ROJO
La muerte del cine
revolucionario



De Frente

CIRCUITOS DE TIEMPO ENCENDIDOS.
CONDENSADOR DE FLUJO, FLUYENDO.
MOTOR FUNCIONANDO

¿Hay alternativa?

A partir del siglo XVIII, con la revolución francesa y el ascenso de la burguesía, se produjo un cambio brusco en la forma en que se experimentaba el presente y, sobre todo, el futuro. Hasta entonces, las sociedades proyectaban su vida social en una continuación perpetua o según un patrón de cambio estacional o cíclico, y solo las imágenes religiosas ofrecían un relajamiento de los pesares del mundo y una promesa de bienestar y felicidad. En unas líneas célebres, Marx describió la ruptura inédita que introdujo la burguesía en la historia:

La burguesía no puede existir sin revolucionar permanentemente los instrumentos de producción; es decir, las relaciones de producción; es decir, todas las relaciones sociales. [...] Todo lo establecido y estable se evapora, todo lo santo es profanado, y los hombres se ven, por fin, obligados a contemplar con una mirada sobria su posición en la vida, sus relaciones recíprocas.

En la misma dirección, 1789 introdujo el concepto de revolución como una ruptura radical que inauguraba un tiempo nuevo. El futuro se tornó abierto

e incierto. La idea positivista de progreso intentaba responder a la nueva situación: la sociedad cambia, pero siempre según una secuencia ordenada y previsible que tiende a lo mejor. Con todo, la incertidumbre social ante lo provisorio nunca encontró consuelo en esas especulaciones, como se puede apreciar en la literatura del siglo XIX (Baudelaire, Tolstoi, Blake) que muestra la resistencia a la industrialización y la angustia ante un presente que se tornó transitorio e incierto.

La tendencia al cambio y a la transformación permanente de las relaciones sociales se extendió rápidamente al cuestionamiento del orden social mismo. Desde mediados del siglo XIX, con las revoluciones de 1848 en Europa y especialmente en Francia, donde destacaron Pierre-Joseph Proudhon y Louis Blanc durante la Segunda República, la idea de una alternativa social al capitalismo llegó a ser una perspectiva real en la cabeza de millones de personas. La revolución industrial y el ascenso de la burguesía arrasaba sin piedad con las formas comunitarias, artesanales y precapitalistas, pero este ascenso era seguido como su sombra por un contramovimiento de resistencia,

Desde la desarticulación del «campo socialista» el mundo se encuentra desprovisto de alternativas que desafíen la hegemonía capitalista. Superar los límites de las experiencias del siglo veinte parece ser una condición para construir una nueva alternativa socialmente atractiva y políticamente factible. ¿Estamos en condiciones de hacerlo?

del que nació el socialismo como el más vasto movimiento político y social de la modernidad.

A diferencia de las grandes corrientes político-culturales precedentes, como la ilustración o el liberalismo, el socialismo no solo captó la atención de intelectuales, dirigentes de la pequeña burguesía o de las élites estatales: sectores enteros de la clase trabajadora y del «pueblo llano» llegaron a formarse en torno a sus valores y a sus concepciones. Esa imaginación política fue poderosa, atractiva y operativa durante más de un siglo.

En un texto de 1891, analizando las perspectivas del socialismo alemán, Friedrich Engels escribía:

Hoy podemos contar con un soldado de cada cinco; dentro de algunos años, tendremos uno cada tres, y hacia 1900, el ejército que es el elemento prusiano por excelencia será socialista en su mayoría. Este desarrollo se realizará irresistiblemente, como un dictado del destino. El gobierno de Berlín lo ve acercarse tanto como nosotros pero es «impotente».

El socialismo de la II Internacional y sus figuras más eminentes —Kautsky, Plejánov, Jaurès, Liebknecht, Luxemburg, Bebel— compartían una notable confianza en la historia y en el futuro. Mucho se ha escrito sobre la influencia de la noción moderna de progreso en estas concepciones del socialismo clásico. «No hay otra cosa que haya corrompido más a la clase trabajadora alemana —escribió Benjamin— que la idea de que ella nada con la corriente [...]. [Su progreso] se consideraba irresistible (recorriendo automáticamente su curso sea recto o en espiral)». Pannekoek definió como un «radicalismo pasivo» a la estrategia kautskiana, derivada de considerar que el buen término de la historia estaba asegurado. Todo eso es cierto, pero no agota la cuestión.

El optimismo de principios de siglo no era simplemente la degradación popular de la escatología histórica moderna, que había descendido desde la filosofía de Hegel hasta la cabeza del obrero metalúrgico socialdemócrata. Era una experiencia cotidiana y una conquista política. Había confianza en el futuro porque los avances sociales y políticos lo permitían. Los partidos socialdemócratas crecían elección tras

elección, los sindicatos aumentaban sus afiliados y se había desarrollado una vigorosa subcultura obrera en el seno de la sociedad burguesa. La creencia en «las fuerzas de la historia» no solamente reproducía inconscientemente la idea moderna de progreso: también era un juicio práctico, normativo antes que descriptivo, basado en la experiencia de la propia fuerza. Era una fuerza política movilizante.

Sin embargo, las cosas iban a complicarse. A partir de 1914, en un puñado de años se experimentarían de forma acelerada los problemas que luego marcarán repetidamente al siglo XX: capitulación de la socialdemocracia, burocratización del primer Estado obrero, autonomización u oligarquización de las direcciones partidarias, conservadurismo de las estructuras sindicales, resiliencia del Estado burgués y de su aparato represivo, marginación de los pequeños grupos radicales. El socialismo europeo perdió bruscamente su inocencia.

Aun así, el optimismo del siglo XX sigue contrastando notablemente con nuestro presente. Las adversidades y derrotas que enfrentó la izquierda durante aquel periodo perdían gravedad ante una promesa de futuro que se mantenía firme, y ante la cual parecían solamente jalones inevitables. Dice Enzo Traverso en *Melancolía de Izquierda*: «Las derrotas históricas [...] —1848, la Comuna de París, la revolución espartaquista, el levantamiento del gueto de Varsovia y la lucha guerrillera boliviana del Che Guevara— tenían un sabor de grandeza y de gloria», eran el alimento y la fuerza de las luchas posteriores. «No eran esas derrotas oscuras que, según Charles Péguy y Daniel Bensaïd, generaban “decepción y desencanto”, derrotas de las cuales “una generación no puede recuperarse”». En cambio, la caída del «campo socialista» sí implicó una derrota de ese tipo.

Los intelectuales de las clases dominantes detectaron el cambio subjetivo e intentaron cristalizarlo

ideológicamente: un «nuevo orden mundial» había emergido en los años noventa, el fin de la historia, la *pax perpetua* de la democracia liberal. Festejaron, fundamentalmente, el fin del socialismo. Enzo Traverso describe la década de 1990 como una nueva «medianoche en el siglo», reviviendo la expresión que Victor Serge utilizó para simbolizar los años de ascenso simultáneo del fascismo y el estalinismo durante los años treinta. Para Perry Anderson la singularidad histórica del periodo abierto con la ofensiva del capitalismo neoliberal, que siguió a la caída del socialismo real, es que nunca desde la Reforma una ideología había alcanzado una aceptación tan amplia y se encontraba tan despojada de alternativas que la desafiara. Y en el mismo sentido se pronunció Fredric Jameson cuando afirmó que en la actualidad es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo. Nuestro tiempo, entonces, está marcado por la ruptura con la forma de experimentar el presente y el futuro inaugurada en 1789. En su reemplazo, el pesimismo campea como el horizonte insuperable de nuestra época.

¿Qué nombra el socialismo?

Sin embargo, han pasado treinta años desde la caída del socialismo real. Y las cosas no se mantuvieron quietas. Antes del cambio de siglo ya empezó un lento proceso de recomposición del movimiento social: el levantamiento zapatista, las huelgas del invierno francés de 1995, la movilización de Seattle en 1999, las luchas latinoamericanas contra el neoliberalismo. Años después y más allá de las limitaciones del caso, el socialismo volvió a estar en boca de algunos gobernantes en América Latina. Más recientemente, entre la juventud nada menos que de EE. UU., *socialismo* vuelve a ser una palabra popular y atractiva. Grandes revueltas recorrieron el mundo superando cualquier cosa vista desde el 68. Ya no estamos en los años noventa.

En cualquier caso, las luchas y movilizaciones avanzan más rápido que la construcción de una alternativa. Los estallidos sociales de los últimos años (Chile, Haití, Argelia, «chalecos amarillos», *Black Lives Matter*, países árabes, para mencionar algunos) muestran el doble componente de la coyuntura actual: las clases populares son capaces de irrumpir explosivamente en la esfera pública, derrumbar gobiernos o incluso regímenes de largas décadas, como en el caso de la Primavera Árabe, pero rápidamente llegan a un punto muerto: simplemente no saben cómo continuar. Las experiencias de canalización institucional de estas movilizaciones (el ciclo progresista en América Latina, las candidaturas de Bernie Sanders y Jeremy Corbyn, el cambio constitucional en Chile), aun con sus aspectos positivos, están muy lejos del objetivo de implantar una alternativa social y política al capitalismo entre las clases populares.

Pero no se trata solamente de volver a arraigar una idea olvidada, como quien devuelve un objeto a su lugar. Reconstruir un horizonte político alternativo va a requerir un trabajo de reconstrucción y redefinición. No se trata de recrear la revolución bolchevique dejando afuera a Stalin. Como bien señala Catherine Samary, no podemos desentendernos del estalinismo simplemente afirmando: «no fue socialismo, no nos concierne». Una cierta idea del socialismo ya no es deseable o factible: eliminación rápida del mercado, estatización generalizada de la vida social, supresión de las libertades formales y de las instituciones representativas en nombre de un tipo de democracia superior. La nueva sociedad tampoco puede seguir imaginándose, según la utopía primitiva del socialismo fourierista o saint-simoniano, como una armonía funcional y universal. Esta imagen perdió vigencia. A menudo una expectativa utópica que reúne ambición e ingenuidad, como, por ejemplo, la democracia directa a nivel de masas, puede conducir en términos prácticos a su reverso, es decir, a la estatización burocrática de la sociedad. Lo describió bien

Daniel Bensaïd:

También en este caso, el que quiera hacerse ángel se arriesga siempre a volverse bestia: al querer abolir la representación se tienen fuertes posibilidades de irse hacia una democracia corporativa, pero entonces la consecuencia sería, no la desaparición, sino, en última instancia, el fortalecimiento del Estado burocrático. [...] Lenin combatió [en el debate de 1921 con la Oposición Obrera] [...] una concepción corporativa de la democracia socialista que yuxtapondría sin síntesis los intereses particulares de la localidad, empresa, trabajo, sin llegar a alcanzar un interés general. Se volvería entonces inevitable que un bonapartismo burocrático fuera confinando a su red los poderes descentralizados y la democracia económica local, incapaces de proponer un proyecto hegemónico para el conjunto de la sociedad.

Quedan planteadas, entonces, cuestiones programáticas fundamentales para el caso en que se reabran procesos de transición al socialismo en nuestra época. ¿Qué relación entre el plan y el mercado? ¿Cuál nivel de centralización y cuál de autonomía de gestión de los productores en los lugares de trabajo? ¿Qué Estado necesitamos? ¿Qué relación entre las experiencias de «democracia desde abajo» y las formas de centralización representativa?

El socialismo va a volver a ser un proyecto de masas si logramos arraigar en la expectativa popular una imagen simple y poderosa de la sociedad por la que luchamos. En este aspecto, los interminables debates marxistas pueden hacernos perder de vista una cuestión básica. Si, por un lado, el socialismo implica debates técnicos complejos, por otro, no es una idea complicada. Se trata fundamentalmente del control democrático de la producción social para que deje de operar a espaldas de las personas.



El control social de la vida material implica la combinación de distintos regímenes de propiedad, con eje en la propiedad pública de los recursos económicos fundamentales («la socialización de los *grandes* medios de producción» siempre supuso que había otros). El recurso al mercado en los procesos de transición al socialismo es tan inevitable como importante es no asimilarlo acríticamente. No se trata solo de intercalar plan y mercado en ciertas proporciones y de la combinación de regímenes de propiedad diferentes (estatización, municipalización, cooperativas, pequeña propiedad), sino también de modificar el mercado para adaptarlo a una sociedad en la que debe prevalecer el control democrático de la vida productiva. «Socializar el mercado» plantea lúcidamente Diane Elson, y devuelve a la escuela austriaca y a los neoliberales la acusación sobre el déficit crónico de información de una economía planificada, al señalar la persistencia perjudicial de los secretos comerciales e industriales en el capitalismo. Esta autora propone «superar las barreras al intercambio de información que existen cuando los mercados son de carácter privado», socializando el conocimiento sobre «productividad, costos de producción e innovaciones» entre empresas públicas administradas por los trabajadores o cooperativas. De esta forma, el mercado puede cumplir un papel en una economía democráticamente planificada, en lugar de erosionar su coherencia interna.

Estas cuestiones son importantes por razones económicas, pero también políticas y democráticas. La estatización de la producción económica conduce inevitablemente a un Estado burocrático cuando se desarrolla sin contrapesos en la distribución social del poder, que provienen, o bien del comercio privado, o bien de la democratización de la vida social y política. El *devenir Estado*, tanto de la actividad económica como de la política, marcó al socialismo del siglo XX que se orientaba por la expectativa temeraria en una enigmática extinción del Estado. Engels había legado

el pronóstico de que el Estado comenzaría a desaparecer cuando expropiara a la burguesía. Hoy se debe rechazar sin miramientos esa predicción ingenua. De hecho, una de las tareas fundamentales del socialismo del siglo XXI es determinar las formas institucionales duraderas de un poder político democrático, en lugar de suponer que solo se requiere de un poder de excepción de corto plazo que se irá extinguiendo para dejar su lugar a un autogobierno social sin mediaciones institucionales.

La combinación de plan, mercado y autogestión tiene entonces un complemento irremplazable en la democratización de la vida pública. Pero si queremos evitar que la palabra «democracia» funcione como un comodín que oculta más de lo que aclara, tenemos que definirla de forma precisa. Si la burocracia, como decía Trotsky, se consideraba una «mente universal» capaz de «trazar a priori un plan económico perfecto y exhaustivo, empezando por el número de acres de trigo y terminando con el último botón de los chalecos», a nosotros nos toca asumir la herida narcisista de que la democracia directa no reemplazará a la burocracia en la tarea de definir «hasta el último botón de los chalecos». Si queremos preservar la participación directa de las masas para la resolución de los grandes asuntos públicos (prioridades de inversión, duración de la jornada laboral, organización del proceso económico), no puede perder el tiempo resolviendo el color de los botones; a menos que queramos ajustar nuestra imagen utópica al chiste de Oscar Wilde, que decía que el problema del socialismo es que nos va a hacer perder muchas tardes.

No resolveremos lo que Rakovsky tempranamente denominó «los peligros profesionales del poder» (burocracia, privilegios, pasividad de las masas) con la mesiánica entrada en escena de una democracia directa de masas que disolverá todos los problemas de la política y el poder. Es preciso construir una voluntad general democrática, que exceda la mera adición

de puntos de vista particulares propia de la pirámide de consejos en la que pensaban los bolcheviques. Para evitar la deriva hacia una dinámica corporativa o burocrática, las instituciones de la democracia representativa cumplen un papel irremplazable: sufragio universal, multipartidismo, Estado de derecho, libertades civiles, que se combinarán con nuevas formas de democracia, sobre todo en el lugar de trabajo y en la producción.

El Estado no debe absorberlo todo, incluso en el caso de un poder público democratizado. Es preciso mantener cierta autonomía de «lo social» frente a él: de esa forma es más factible mantener viva una politización de la vida pública que pueda combatir eventuales riesgos burocráticos. La clase trabajadora debe tener los recursos para defenderse incluso del poder político que ayude a construir y que diga representarla, como bien comprendió Lenin intuitivamente en el debate sobre la autonomía de los sindicatos en 1920-1921. El «Estado obrero» es siempre una amenaza latente contra la propia clase obrera.

Por suerte, el socialismo no es un «más allá absoluto» al que solo podemos acercarnos por medio de un ejercicio de imaginación utópica. Existe embrionariamente en nuestro presente, fundamentalmente como producto de las luchas populares que han conseguido conquistas y reformas. Una idea de futuro no puede ser un ejercicio imaginativo de ciencia ficción, comienza por el intento conservador de preservar lo que merece la pena ser conservado: las libertades democráticas contra la evolución cada vez más autoritaria del capitalismo, los derechos sociales contra la ofensiva empresarial, la planificación por fuera del mercado de sectores de la economía, como la salud pública, contra el afán privatizador. En cada conquista popular respira dificultosamente una sociedad futura posible. Del afán defensivo por preservar conquistas surgirán las luchas ofensivas por una nueva sociedad, donde éstas puedan estabilizarse y profundizarse.

¿Hay futuro?

La subordinación de la producción social a la planificación consciente tiene ahora una razón y una urgencia adicionales: es la única manera de garantizar una transición energética y un cambio productivo que evite o atenúe la catástrofe climática en curso. Cualquier análisis sobre el futuro, el capitalismo o el socialismo debe confrontar la inminencia de una crisis climática que se acelera cada día. Una ambigüedad recorre la toma de conciencia sobre la crisis climática. Por un lado, es un factor de radicalización política: debemos confrontar al capital fósil si queremos algún futuro para la vida en el planeta. Las movilizaciones juveniles por el clima están desarrollándose ante nuestros ojos, y no hay razón para pensar que vayan a detenerse. Nada desprovee más de un futuro al capitalismo que el colapso ambiental al que se dirige. Sin embargo, el pronóstico es tan aterrador que parece conducir a una disonancia cognitiva a nivel de masas: estamos dispuestos a seguir comprando *smartphones* y confiando en que nada puede ir tan mal mientras no podamos asimilar la información desagradable que nos provee la conciencia de la crisis climática. La situación en este terreno es más ambigua de lo esperado.

Por otro lado, no hay que olvidar que el socialismo de inicios del siglo XX se abrió paso en un contexto de catástrofe, fundamentalmente la que sobrevino producto de las grandes guerras. Por eso es pertinente

la convocatoria de Andreas Malm a un «leninismo ecológico»: lograr convertir la crisis climática en una crisis para el capital mismo, transformar la «crisis de los síntomas en una crisis de las causas», del mismo modo en que Lenin convirtió el fracaso ruso en la guerra imperialista en el primer triunfo revolucionario del siglo pasado. No podemos descartar que el socialismo renazca como respuesta al malvivir de la catástrofe climática.

El porvenir dura mucho tiempo

Varios autores han señalado con justeza que el capitalismo neoliberal (posfordista, flexible, precarizado) tiene como correlato un cambio subjetivo o un «nuevo espíritu del capitalismo», según la fórmula de Boltanski y Chiapello que remite al célebre trabajo de Weber. Según estos últimos autores, el capitalismo contemporáneo mutó adaptándose parcialmente al cuestionamiento que recibió en los años sesenta y setenta. En aquellos años convergieron la crítica social al capitalismo y lo que los autores denominan «crítica artística». Si la crítica social pone en cuestión la desigualdad y la explotación del capitalismo, la crítica artística cuestiona la alienación, la inautenticidad y la unidimensionalidad de la vida social. Su nombre proviene de que su origen no es el movimiento obrero, sino los modos de vida alternativos de artistas y bohemios. Según Boltanski y Chiapello, el capitalismo

neoliberal absorbe los cuestionamientos libertarios de este tipo, representados paradigmáticamente en el 68 francés. De esta forma, el nuevo capitalismo es flexible, autónomo, autogestivo, antes que burocrático y disciplinario. Silicon Valley y Uber.

Nancy Fraser desarrolla una perspectiva convergente en su crítica al «neoliberalismo progresista». El capitalismo neoliberal, sobre todo a partir de su gestión por parte de socialdemócratas o laboristas, sella una alianza entre el mercado y una versión superficial y liberal de las aspiraciones a la emancipación de los años setenta. El rostro más útil para el neoliberalismo no es Pinochet o Thatcher, sino Clinton, Blair y los socialdemócratas europeos: flexibilidad y autonomía, ya sea en la competencia mercantil, ya sea en los derechos civiles y las formas de vida. La combinación de un ataque a los derechos laborales con concesiones superficiales en el plano de la ciudadanía, las cuestiones de género, LGTB y el multiculturalismo.

El neoliberalismo, entonces, se ha apropiado, aunque superficialmente, de muchos de nuestros anhelos emancipatorios. Esto conduce a la necesidad de pensar con mayor complejidad que en periodos precedentes el lugar del *deseo* en la hegemonía social capitalista, como han hecho algunos autores contemporáneos: Fredric Jameson, Mark Fisher, la

corriente «aceleracionista». El capitalismo contemporáneo ofrece multiculturalismo, cambio técnico y futuros imprevistos (recordemos: «la burguesía revolucionaria incesantemente [...] las relaciones sociales») mientras la izquierda parece vitalmente austera y desprovista de futuros entusiasmantes. «El deseo por un iPhone — escribe Fisher — se vuelve automáticamente idéntico al deseo de capitalismo a secas».

La izquierda actual está llena de memoria y de pasado: el Holocausto, el gulag, las dictaduras latinoamericanas. «Un mundo sin utopías — escribe Traverso — mira inevitablemente hacia atrás». Pero la prioridad en la reivindicación de las *víctimas* es propia de una figura subjetiva defensiva y melancólica. Recuperar algún tipo de dimensión utópica implica una ruptura con el clima cultural de las últimas décadas. Si la izquierda quiere disputarle el futuro al capitalismo tiene que volver a asociarse con la proyección estimulante de las fuerzas sociales hacia una vida más rica, multifacética e interesante. Retomar el impulso, como escribió Benjamin sobre los surrealistas, «a conquistar para la revolución las energías de la embriaguez». Debe revivir la confianza prometeica que en algún momento tuvo la clase trabajadora en su capacidad para apropiarse del mundo y romper los límites que impone el capitalismo a la experimentación — política, vital, estética — en la creación de la sociedad y de nosotros mismos. ●



Para nosotros el comunismo no es un *estado* que debe implantarse, un *ideal* al que haya de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento *real* que anula y supera el estado de cosas actual.

Karl Marx, Friedrich Engels,
La ideología alemana,
1845

Breve historia del comunismo

La «era de las catástrofes» no fue solo una época de guerras, fascismo y genocidio. También fue una época de esperanzas que hizo posibles el socialismo y las utopías concretas.

Recapitemos el cuadro general de las revoluciones modernas. Tres oleadas sucesivas surcaron el largo siglo diecinueve. La primera fue la de las revoluciones atlánticas, que inició en 1776 en América, atravesó Francia en 1789 y finalmente llegó al Caribe, donde el 1º de enero de 1804 los esclavos insurgentes proclamaron el Estado independiente de Haití.¹ Las revoluciones atlánticas fueron un laboratorio político.

Fue durante este «período bisagra» (*Sattelzeit*), que abarca de 1776 hasta 1804, que surgieron los conceptos de libertad, igualdad, emancipación y hasta revolución en sus acepciones actuales. Estaban inscriptos en todos los textos programáticos de la época, desde la Declaración de Independencia de los Estados Unidos (1776) hasta la Declaración de los Derechos del Hombre francesa (1789); desde el decreto de la Convención Nacional francesa (1794), que abolió la esclavitud, hasta el Discurso de Angostura de Simón Bolívar (1819), manifiesto de las luchas de liberación nacional latinoamericanas inspirado en la Revolución haitiana.²

La segunda oleada llegó a mediados de siglo. Fue más amplia que la primera, pero no tuvo la misma unidad espacial y política. Sus momentos más significativos —las revoluciones europeas de 1848, la Rebelión Taiping de la China imperial (1850-1864), la rebelión india de 1857 y la guerra de Secesión estadounidense

(1861-1865)— permanecieron desconectados y no se fundieron en un proceso común. Su sincronización no respondió a ninguna afinidad política ni a una dialéctica común entre Europa, Asia y América del Norte. Demasiadas discrepancias culturales, ideológicas y políticas separaban a los rebeldes de Taiping —inspirados en un peculiar sincretismo entre confucianismo y protestantismo evangelista— de los cipayos que luchaban contra la dominación británica en nombre de la restauración de la India precolonial.

En la tercera oleada se cuentan las revoluciones euroasiáticas, que brotaron en los márgenes de la Gran Guerra. El levantamiento ruso de 1905 contra el Imperio zarista tuvo un fuerte impacto en Asia y en el mundo islámico. Como observó Lenin, fue una importante fuente de inspiración para la Revolución constitucional iraní (1905-1911), para la Revolución de los Jóvenes Turcos (1908) y para el movimiento de Sun Yat-sen, que puso fin a la Dinastía Qing y proclamó la República de China en 1911.³ Esta tercera oleada reunió a los americanos con la Revolución mexicana (1910-1917), una lucha campesina por tierra y libertad que cerró un ciclo viejo de revoluciones y abrió uno nuevo en la intersección entre el siglo diecinueve y el siglo veinte.

Con las excepciones de Rusia y de México, todas fueron «revoluciones desde arriba»,⁴ dirigidas por élites



intelectuales y militares. En ese sentido, recuerdan al Resurgimiento italiano, una transformación lograda sin apoyo popular o mediante una movilización limitada y promovida por las élites, definida por Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel* como una revolución pasiva o no jacobina⁵. Por el contrario, la Comuna de París, que en virtud de sus objetivos socialistas y de su perdurable recuerdo terminó siendo la experiencia revolucionaria más significativa del siglo XIX, fue una revolución desde abajo. Pero se trató de un disparo aislado, imposible de inscribir en una oleada supranacional. Por supuesto, vino tras las revueltas francesas de 1830 y 1848, de las que heredó su republicanismo, su igualitarismo socialista y también algunos de sus protagonistas, como Auguste Blanqui. Sin embargo, su recorrido meteórico no logró conectar con ningún movimiento semejante en otra parte del mundo.

El mapa revolucionario del siglo XX es tan amplio como diverso y fragmentario: incluye revoluciones socialistas en Occidente y revoluciones anticoloniales en el Sur, que en muchos casos terminaron adoptando un carácter socialista; revoluciones desde arriba en todos los continentes y revoluciones antiburocráticas en muchos países dominados por el socialismo real. Es decir que la «era de las catástrofes», según la notable definición de Eric Hobsbawm, no fue solo una época de guerras, fascismo y genocidio. También fue una época de esperanzas que hizo posibles el socialismo y las utopías concretas. Las revoluciones socialistas brotaron en Europa central y oriental hacia el final de la Gran Guerra; en China a mediados de los años 1920; en España en 1936, con el comienzo de la gue-

rra civil española; y en Europa y Asia después de la Segunda Guerra Mundial: Yugoslavia, Grecia, Indochina y China entre 1945 y 1949. Al este del Danubio y de la Línea Óder-Neisse, el capitalismo fue abolido desde arriba mediante un proceso de asimilación estructural a la URSS, transformación bastante parecida a la destrucción del feudalismo, consumada en los mismos territorios por el ejército francés durante las guerras napoleónicas (1792-1814).⁶

Aunque las expectativas bolcheviques de terminar con el aislamiento de la URSS mediante la extensión de la Revolución rusa hacia Europa occidental y Asia no fructificaron, y aun si muchas de sus derrotas fueron trágicas —Italia en 1922-1926; China en 1925-1927; Alemania en 1933; España en 1939—, no deja de ser cierto que fue el Ejército Rojo el que cambió las relaciones de fuerza. En 1945 la revolución no había triunfado, pero la URSS ya no estaba aislada. A ojos de millones de personas, el Ejército Rojo, que en mayo de 1945 plantó la bandera soviética en el techo de un Reichstag destrozado, representaba una revolución sustituta [*ersatz*]. El tiempo de las barricadas había terminado y una potencia militar mucho más efectiva había reemplazado a los levantamientos de antaño.

En las décadas de la posguerra, el eje de la revolución se desplazó de Occidente hacia el Sur: irrumpieron revoluciones anticoloniales y socialistas en Asia (China en 1949; Vietnam entre 1954 y 1975); revoluciones antimperialistas y socialistas en América Latina (Bolivia en 1951; Cuba en 1958; Chile en 1972-1974;

En la época del capitalismo fordista y de la producción a gran escala, la clase obrera industrial protagonizó muchas luchas importantes, pero nunca hizo una revolución sin entrar en coalición con otras clases sociales y con otros grupos.

Nicaragua en 1979); revoluciones antiburocráticas en Europa central (Hungría en 1956; Checoslovaquia en 1968; Polonia en 1980-1981); y revoluciones anticoloniales en África (Argelia en 1954-1962; Libia en 1969; Etiopía en 1974; Angola y Mozambique en 1975).

En cierto sentido, el apogeo de este segundo ciclo fue 1968: no tanto una revolución como una constelación de acontecimientos que dialogaban unos con otros. El léxico de esos años hablaba de los «tres sectores» de la revolución mundial —expresión acuñada por Ernest Mandel⁷—, forzada a ser anticapitalista en Occidente, antiestalinista en el Este y antimperialista en el Sur. En 1968, con la ofensiva del Tet en Vietnam, la Primavera de Praga y las barricadas de París, las tres dimensiones de la revolución se fusionaron en una oleada insurgente única, no solo global, sino sincrónica. El sentimiento de estar participando de una rebelión mundial afectó a generaciones enteras de múltiples continentes. Dejando de lado las guerras mundiales, el siglo veinte no asistió a ninguna otra cadena de acontecimientos que haya tenido ese nivel de unidad.

Muchas de estas revoluciones fueron dirigidas por partidos de izquierda, otras por movimientos de liberación nacional, pero salvo poquísimas excepciones, todas asumieron un horizonte socialista. La Revolución cubana, con una dirección conformada por intelectuales nacionalistas, demócratas y jacobinos, adoptó rápidamente su carácter socialista (Fidel Castro proclamó oficialmente este cambio en un célebre discurso de abril de 1961)⁸. Era una decisión prácticamente inevitable en el contexto de la Guerra Fría. La mayor parte de las revoluciones que no tomaron una orientación socialista fracasaron o perma-

necieron incompletas, como sucedió en Bolivia (1951-1955) y en Argelia (1954-1965). Como sea, aunque en muchos casos los procesos tuvieron direcciones socialistas o comunistas, nunca fueron puramente proletarios.

La mayoría reconocía a Marx como su principal influencia, pero el siglo de la revolución mundial no consumó las perspectivas del *Manifiesto del Partido Comunista*: la emergencia del proletariado como una clase que, emancipándose a sí misma, liberaría a toda la humanidad.

En la época del capitalismo fordista y de la producción a gran escala, la clase obrera industrial protagonizó muchas luchas importantes —basta pensar en las huelgas de 1934-1935 en Estados Unidos, en las de 1936 y 1968 en Francia, en el «otoño caliente» italiano de 1969 y en el Cordobazo argentino del mismo año, en la Unidad Popular de Chile (1971-1973), en los levantamientos polacos de 1980, o en las huelgas coreanas de 1987-1990, por mencionar solo algunos momentos significativos—, pero nunca hizo una revolución sin entrar en coalición con otras clases sociales y con otros grupos. Fue lo que ocurrió tanto en Rusia en 1917, donde los sóviets también incluían a soldados y a campesinos, como en Yugoslavia en 1945. Las revoluciones alemana y húngara de 1919-1920, definidas por un pronunciado carácter proletario, culminaron en derrotas calamitosas. Las revoluciones anticoloniales fueron dirigidas por élites intelectuales que defendían una orientación marxista y socialista, pero sus bases sociales estaban formadas principalmente por campesinos.

En el primer capítulo de la *Historia de la Revolución rusa*, Trotsky resume su teoría del desarrollo desigual



En el siglo XX, el socialismo se convirtió en el horizonte de la revolución mundial.

y combinado —elaborada en principio para analizar las peculiaridades de la historia rusa— con el fin de explicar por qué era más probable que las revoluciones socialistas ocurrieran en países socialmente atrasados, en vez de en países capitalistas desarrollados:

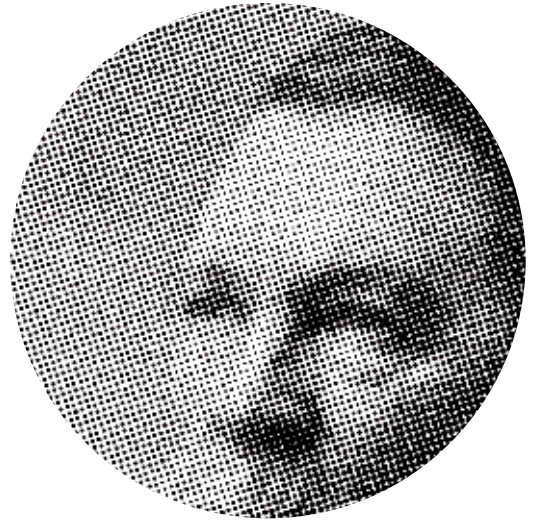
El desarrollo desigual, que es la ley más general del proceso histórico, no se nos revela, en parte alguna, con la evidencia y la complejidad con que la patentiza el destino de los países atrasados. Azotados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados se ven obligados a avanzar a saltos. De esta ley universal del desarrollo desigual de la cultura se deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de ley del desarrollo combinado, aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino y a la confusión de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas. Sin acudir a esta ley, enfocada, naturalmente, en la integridad de su contenido material, sería imposible comprender la historia de Rusia ni la de ningún otro país de avance cultural rezagado, cualquiera que sea su grado.

Fue el primer paso de una reconsideración teórica que terminó dejando atrás la perspectiva eurocéntrica de la revolución y reconociendo su carácter socialmente plural —hoy diríamos «interseccional»— en desmedro de una definición exclusivamente proletaria. Por lo tanto, las revoluciones socialistas del siglo XX debe-

rían ser repensadas en el mismo sentido en que la historiografía contemporánea revisa la interpretación canónica del siglo XIX, proponiendo la hipótesis de una «doble» revolución, a la vez económica y política: la Revolución industrial inglesa que transformó el capitalismo y la Revolución francesa que, en un proceso que se extendió hasta las guerras napoleónicas, demolió el Antiguo Régimen en Europa.⁶

Si bien no cabe duda de que el siglo XIX fue una era de modernización, eso no implica que el proceso haya sido rápido y homogéneo: en vez de la consolidación inmediata del Estado burgués, creó formas híbridas de dominación entre una burguesía en ascenso (que todavía no era políticamente dominante) y una aristocracia decadente, que seguía siendo el núcleo de un Antiguo Régimen «persistente». De manera análoga, la era del socialismo fue el resultado de una variedad de revoluciones híbridas en las cuales, lejos de ser las únicas protagonistas, las clases proletarias interactuaron con otras capas sociales —desde la *intelligentsia* hasta el campesinado—, que con frecuencia terminaron opacándolas. En el siglo XIX, el socialismo era concebido como la misión histórica de la clase obrera industrial: una vez consolidado en Europa occidental, se extendería a escala mundial. En el siglo XX, el socialismo se convirtió en el horizonte de la revolución mundial. Este cambio fue consecuencia de la Revolución rusa y eso explica el hecho de que las revoluciones del siglo XX se hayan identificado tan fuertemente con el comunismo. ●

La era del socialismo fue el resultado de una variedad de revoluciones híbridas en las cuales las clases proletarias interactuaron con otras capas sociales — desde la *intelligentsia* hasta el campesinado—, que con frecuencia terminaron opacándolas.



*. Este artículo es un fragmento del libro de Enzo Traverso *Revolution. An Intellectual History*, publicado en inglés por Verso Books en 2021.

1. Tomo esta definición de Jürgen Osterhammel, *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century*, trans. Patrick Camiller (Princeton: Princeton University Press, 2014), p. 529. Es significativo que, distinguiendo las revoluciones atlánticas como una etapa específica en la historia de las revoluciones y separándolas de las herejías religiosas (siglos XV y XVI) y de las revoluciones socialistas modernas (de 1848 en adelante), Martin Malia solo considere la Revolución estadounidense, la inglesa y la francesa, sin dedicar ni una línea a la Revolución haitiana. Véase Martin Malia, *History's Locomotives: Revolutions and the Making of the Modern World* (New Haven: Yale University Press, 2006).

2. Osterhammel, *Transformation of the World*, p. 543.

3. Lenin, «Lecture on the 1905 Revolution» (1917), LCW, vol. 23, pp. 236–253.

4. Osterhammel, *Transformation of the World*, p. 518.

5. Antonio Gramsci, *The Gramsci Reader: Selected Writings 1916-1935*, ed. David Forgacs (Nueva York: New York University Press, 2000), pp. 246-269)

6. Trotski recurrió a esta analogía histórica en septiembre de 1939, justo después del pacto germano-soviético y de la ocupación de Polonia: «El primer Bonaparte detuvo la revolución mediante una dictadura militar. Sin embargo, cuando las tropas de Napoleón entran en Polonia, él dictó un decreto aboliendo la servidumbre de la gleba: Napoleón no tomó esta medida por simpatía a los campesinos o por sentimientos democráticos, sino porque su dictadura se basaba sobre las relaciones de propiedad burguesas, no sobre el feudalismo. Como la dictadura estalinista se basa en la propiedad estatal y no en la privada, el resultado de la invasión de Polonia por el Ejército Rojo será la abolición de la propiedad capitalista, para poner el régimen de los territorios ocupados de acuerdo con el régimen de la URSS. La medida, de carácter revolucionario —“la expropiación de los expropiadores”— será

llevada a cabo por métodos burocrático-militares». Véase León Trotski, «La URSS en guerra», Edición Digital de Izquierda Revolucionaria, España, 2000. Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1930s/edm1.html>

7. Véase Ernest Mandel, *Revolutionary Marxism Today* (Londres: New Left Books, 1979).

8. Para una reconsideración historiográfica de la Revolución cubana, conducida al socialismo primero desde abajo (por la movilización popular) y después desde arriba (por las decisiones de su dirección), véase Samuel Farber, *The Origins of the Cuban Revolution Reconsidered* (Chapel Hill: North Carolina University Press, 2006). Muchos analistas destacaron desde un principio la dinámica socialista de la Revolución cubana. Véase Leo Huberman y Paul Sweezy, *Cuba: Anatomy of a Revolution* (Nueva York: Monthly Review Press, 1960).

9. Eric J. Hobsbawm, *The Age of Revolution: 1789-1848* (Nueva York: Vintage, 1996 [1962]). Osterhammel critica este enfoque en *Transformation of the World*, pp. 543.



Volver al futuro

No hace falta perder el tiempo imaginando cómo se podría haber logrado una utopía socialista perfecta en el pasado. Ahora mismo tenemos muchos elementos para empezar a trabajar por un futuro socialista.

Siempre recuerdo una imagen de la serie *Volver al futuro*: en la segunda película, *Doc Brown* explica la «secuencia temporal de acontecimientos». Él y Marty acaban de regresar de un viaje en el tiempo y descubren que la versión de 1985 a la que retornaron está plagada de alteraciones inquietantes. ¿Cómo —pregunta Marty— pudo pasar esto? *Doc* dibuja una línea en la pizarra y dice: «Déjame mostrarte. Imagina que esta línea representa el tiempo». Después, mientras dibuja una segunda línea que se separa de la primera, explica que el presente es diferente porque algo cambió en el pasado. Marty y *Doc Brown* entran en crisis. Todo indica que estaban bastante conformes con la versión original de 1985.

Nosotros, por el contrario, socialistas de 2022, no dejamos de imaginar las líneas de tiempo tangentes que habríamos preferido y lamentamos el destino que nos impone la despiadada flecha del tiempo real.

Tomemos por caso el golpe militar contra Salvador Allende. Muchos socialistas piensan que, si ese año la línea se hubiera bifurcado en otra dirección, además

de evitar una tragedia, la historia habría dado lugar a una versión de la planificación económica mucho mejor que los sistemas entonces vigentes en países como la Unión Soviética. Chile estaba trabajando en el «Proyecto Cybersyn», que apuntaba a utilizar la nueva tecnología informática para coordinar las empresas nacionales. Cybersyn no terminó de levantar vuelo, pero si pudiéramos ver una línea de tiempo donde sí lo hubiera hecho, esa nueva versión descentralizada de la planificación, ¿habría representado una alternativa económicamente viable a la planificación centralizada del estilo Gosplán?

La línea también podría haber virado en otras direcciones: ¿qué habría sucedido si Stalin no hubiese ganado la lucha de tendencias que sepultó el Partido Comunista de la Unión Soviética en los años 1920? La Oposición de izquierda de León Trotski defendía la colectivización de la agricultura y el desarrollo acelerado de la industria pesada, pero a diferencia de Stalin, los trotskistas pretendían combinar el proceso con la restauración de la democracia obrera. El grupo organizado en torno a Nikolái Bujarin defendía una

tercera opción, semejante a lo que hoy denominaríamos «socialismo de mercado»: el Estado seguiría controlando las instituciones económicas más importantes, pero al mismo tiempo proveería incentivos para que los campesinos unieran sus tierras y formarían cooperativas rurales.

En parte, estas tangentes son tan seductoras porque nunca encontraron la oportunidad de ser puestas a prueba y, consecuentemente, nunca nos decepcionaron. En cambio, lo que efectivamente sucedió en nuestra «secuencia temporal de acontecimientos» fue una desilusión: el socialismo de Estado autoritario del bloque soviético empezó a temblar en los años 1980 y terminó colapsando casi en todas partes.

Entonces, ¿cómo hacemos para volver al futuro? Cualquier intento sensato de imaginar una verdadera línea de tiempo alternativa debería empezar considerando los elementos que efectivamente fueron sometidos a una «prueba beta» en el mundo real y desplegar las consecuencias. Sabemos, por ejemplo, que es posible que los trabajadores dirijan democráticamente comercios y fábricas sin patrones. La federación de cooperativas obreras de Mondragón, España, y las fábricas recuperadas de Argentina sirven de ejemplo. También tenemos casos de gobiernos socialdemócratas que tomaron sectores enteros de la economía, como la salud y la educación, y los sometieron con éxito a una planificación no mercantil. El Servicio Nacional de Salud de Gran Bretaña, por ejemplo, si-

que siendo, encuesta tras encuesta, la institución más popular del país. Incluso en un país ultracapitalista como los Estados Unidos, el correo, que funciona como un monopolio público, es una de las instituciones más populares, y Bernie Sanders llegó a proponer que ofrezca servicios financieros a bajo costo y se convierta en una especie de «banco obrero».

Como solía destacar el economista archiliberal Friedrich Hayek, la «“planificación económica” es el principal instrumento de la reforma socialista». Sin embargo, entre la premisa de que ciertos sectores son susceptibles de una planificación centralizada, y la conclusión de que conocemos el modo de deshacerlos completamente de los mercados, no deja de haber un salto. Hay ciertos sectores, como la salud, que evidentemente mejoran cuando se los gestiona mediante alguna forma planificada de distribución de recursos. Después de todo, las preferencias de los consumidores tienen poca relevancia en un «mercado» donde los médicos suelen ordenar a los pacientes lo que necesitan y no a la inversa. Si precisamos con urgencia un trasplante de corazón, es probable que no estemos dispuestos a pedirles a los cirujanos que esperen mientras buscamos una oferta mejor.

Pero en otros sectores las señales de precio juegan un rol muy importante y, al menos en esta etapa de la historia, sería prematuro asumir que sabemos cómo reemplazar con supercomputadoras la función que cumplen los mercados en la distribución.

Además, si volvemos a nuestra línea de tiempo real, sabemos demasiado bien que hubo casos de planificación infructuosos. En palabras de Seth Ackerman, editor de *Jacobin*, los ciudadanos de países como la Unión Soviética y Alemania del Este «vivieron la escasez y la mala calidad y uniformidad de sus productos, no como meros inconvenientes, sino como una violación de sus derechos fundamentales». Ackerman cita los reclamos que presentaban los residentes de Alemania del Este a su gobierno:

¡No podemos hablar del ser humano como centro de la sociedad socialista si tengo que ahorrar durante años para comprar un Trabant y después no puedo usarlo por más de un año debido a la escasez de repuestos!

Otro escribió: «Me da náuseas leer en la prensa socialista frases como “máxima satisfacción de las necesidades” o [...] “todo sea en beneficio del pueblo”».

Es fácil hacer caso omiso de estas quejas cuando nunca se vivió en las mismas condiciones que esa gente. Dados los horrores del capitalismo, ¿a quién le importa si la planificación no produce suficientes bienes de consumo?

Pero razonando así estaríamos cometiendo un error, al menos por dos motivos. En primer lugar, estaríamos ignorando el profundo enojo que manifestaban los trabajadores de esos países, que entendían que las

condiciones de pobreza eran una evidencia del desinterés que tenían sus gobiernos en el bienestar popular. En segundo lugar, más allá de lo que pensemos que pudo haber pasado, el hecho es que esta frustración fue una de las principales causas por las que los trabajadores de esos países no lucharon en defensa de sus «Estados obreros» cuando estos colapsaron. Si no queremos repetir la historia, tenemos que prestar más atención.

Como marxistas antiestalinistas solemos decirnos que todos los problemas que plagaron el bloque soviético tuvieron su origen en la falta de democracia. Ahora bien, aunque no cabe duda de que ese fue un problema importante, no fue el único.

Imaginemos que la Oposición de izquierda hubiera tomado el control de la Unión Soviética a fines de los años 1920. Ahora asumamos hipotéticamente el siguiente escenario: estamos en una tangente que combina el modelo económico soviético que conocimos en nuestra «secuencia temporal de acontecimientos» con un sistema electoral multipartidista y con libertad de prensa. Supongamos que un partido determinado ganara las elecciones del Sóviet Supremo ese año, formara un gobierno y designara al nuevo director del departamento de planificación centralizada (Gosplán).

Definitivamente, esta versión de la Unión Soviética sería mejor en muchos sentidos: la preocupación por el voto campesino no habría llevado a los dirigentes

soviéticos a vender trigo ucraniano en el mercado externo con el fin de comprar maquinaria industrial pesada en medio de una hambruna que estaba matando a millones de ucranianos.

Pero las frustraciones cotidianas que manifestaban los consumidores soviéticos en los años 1980 habrían permanecido sin respuesta. Incluso en el mejor de los mundos posibles, con una especie de Cybersyn soviético, no se habría podido resolver el problema de fondo. Imagínense: los consumidores pasarían mucho tiempo llenando encuestas que buscarían predecir sus preferencias futuras; los directores de fábricas pasarían la misma cantidad de tiempo llenando informes sobre *inputs* y *outputs* de producción, y todos esos datos serían traducidos a tarjetas perforadas emitidas por el Gosplán.

El problema es que, por más sofisticado que hubiera sido el tratamiento de la información, los *outputs* sólo serían tan buenos como los *inputs*, y la adecuación entre las predicciones de una persona sobre sus preferencias de consumo y las preferencias reales que definiría en el curso de duración de un período del plan es al menos dudosa. Además, los directores de las empresas habrían tenido incentivos poderosos para falsear los números —como sucedía tan a menudo en «nuestra» Unión Soviética— y eso habría destruido información valiosa y necesaria para la planificación.

El punto en este ejercicio mental no es decir que al fin y al cabo no había alternativa. En cambio, el objetivo es mostrar que no tenemos que empezar con la

noble expectativa de que estos experimentos habrían resultado en un éxito completo para proponer una perspectiva socialista tentadora y realista. La historia de nuestra propia línea de tiempo nos enseña que es posible planificar amplios sectores de una economía próspera sin recurrir al mercado. También sabemos que la democracia obrera en los lugares de trabajo no conduce necesariamente a la ruina económica.

Si la federación de Mondragón o las cooperativas de la región de Emilia-Romaña en Italia sobreviven a la competencia de largo plazo con empresas capitalistas normales, está claro que empresas estructuradas de forma similar en una economía socialista, donde solo deberían competir unas con otras, podrían funcionar de manera adecuada. Los préstamos de bancos nacionalizados podrían reemplazar el rol de la inversión privada. También en ese caso, nuestra «secuencia temporal de acontecimientos» nos brinda precedentes alentadores: la historia abunda en ejemplos de bancos de desarrollo estatales que operan en economías capitalistas de países más o menos desarrollados.

De hecho, la carga de la prueba debe caer sobre nuestros detractores: son ellos los que deben mostrar por qué radicalizar el funcionamiento coordinado de los elementos de la economía efectivamente socializados y planificados con éxito en la actualidad conduciría al desastre. Sabiendo lo que sabemos del capitalismo, solo una pérdida de eficiencia improbable y catastrófica habilitaría la conclusión de que la transición al socialismo es una apuesta que no conviene hacer.

Como mostró Sam Gindin, la mayoría de las ventajas potenciales del socialismo sobre el capitalismo están completamente separadas de la cuestión de la eficiencia:

bajo el capitalismo, el desempleo es un arma que sirve para disciplinar a los trabajadores, mientras que para los socialistas representa un desperdicio sin matices. Acelerar el ritmo del trabajo es un plus para la eficiencia de las empresas, pero es algo negativo desde el punto de vista de los trabajadores. El tiempo que consumimos en deliberaciones democráticas representa un costo sin valor añadido para los empleadores capitalistas, pero es una prioridad para los socialistas. Los empleadores capitalistas piensan que la reducción de las horas de trabajo de los trabajadores de tiempo completo es una caja de Pandora que conviene no abrir. Pero para los trabajadores es una razón fundamental para mejorar la productividad.

Eso no significa que un socialismo viable no esté obligado a coordinar la producción y las necesidades de los consumidores mejor que el Gosplán. Pero es tan innecesario insistir en la eficiencia relativa del socialismo frente al capitalismo como fue para los abolicionistas demostrar que el trabajo libre produciría exactamente la misma cantidad de algodón que el trabajo esclavo. Todo lo que tenemos que hacer es mostrar que una parte de la eficiencia perdida será compensada por las conquistas democráticas, la satisfacción de necesidades humanas y la realización de un potencial hoy desaprovechado. Y en ese debate estamos condenados al éxito.●



Por un nuevo socialismo latinoamericano

Conversamos con Guilherme Boulos sobre lo que significa ser anticapitalista en la América Latina de hoy y sobre la estrategia que debe adoptar la lucha por el socialismo en el siglo veintiuno.

Guilherme Boulos es docente y dirigente del Movimiento de Trabajadores Sin Techo (MTST) y fue candidato a la presidencia de Brasil y a la Alcaldía de São Paulo por el PSOL (Partido Socialismo y Libertad). En los últimos años, se consolidó como uno de los referentes centrales de la izquierda brasileña y latinoamericana. Conversamos con él sobre el balance de las experiencias revolucionarias del siglo XX, la actualidad del socialismo y los desafíos de la izquierda en la etapa actual.

LUCAS OLIVEIRA | En términos generales, ¿qué es el socialismo y cuáles son los desafíos que plantea a nuestra generación militante? ¿Cómo deberíamos pensar el horizonte de una alternativa al capitalismo?

GUILHERME BOULOS | Hay una frase de Jean-Paul Sartre sobre el marxismo que me gusta mucho. Dice: «El marxismo es la filosofía insuperable de nuestro tiempo porque las condiciones que la engendraron todavía no fueron superadas». Es importante tener esto en mente cuando hablamos de socialismo: el capitalismo fracasa día tras día en resolver los grandes dilemas de la humanidad. Si miramos las últimas tres o cuatro décadas de hegemonía neoliberal en el planeta, comprobamos que la desigualdad alcanzó

niveles con pocos precedentes en la historia. Además de eso, asistimos a un proceso de destrucción del medioambiente que pone en riesgo la supervivencia de la especie humana.

La pandemia no hizo más que evidenciar los límites y los fracasos del capitalismo, al punto que cabe preguntarnos qué sería del planeta si no fuese por los sistemas públicos de salud. No es casualidad que el país capitalista más rico del mundo haya sido el país en que el COVID-19 se cobró más vidas. En el país del Norte carecen de conquistas sociales importantes que tenemos en países como Brasil o incluso en el Reino Unido. Me refiero sobre todo al sistema universal de salud pública, pero también a todas las políticas vinculadas a lo que se conoció como Estado de bienestar, es decir, a la conquista de derechos universales resultante de una lucha socialista desplegada a lo largo de casi dos siglos.

Por lo tanto, aun si es posible afirmar —sobre todo después de la caída del Muro de Berlín— que muchas de las experiencias que se reivindicaron socialistas fracasaron en el objetivo de construir otro modelo de sociedad, lo cierto es que la lucha socialista fomentó avances civilizatorios y humanos, incluso al interior de los países capitalistas. Fortaleció la

perspectiva de que la vida no puede ser considerada una mercancía y de que la salud, la educación, el agua y los recursos naturales en general deben ser concebidos como bienes comunes. La lucha alrededor de estos ejes sigue desplegándose cotidianamente en todo el mundo. Ustedes saben que la izquierda socialista hoy debate cuál es la mejor manera de llevar a buen puerto esas peleas.

Soy de los que consideran que el mejor camino no pasa simplemente por la propaganda, la agitación social o la cultura académica, como sostienen los que suelen presentar al socialismo como una cosa abstracta y teórica. En cambio, creo que en la lucha de los movimientos sociales, por ejemplo, el MTST y el MST, existen embriones de una construcción socialista surgidos directamente de modos alternativos de producción y reproducción de la vida, de redes de solidaridad, de trabajo colectivo y de ayuda mutua. Me parece que esas experiencias nos señalan la mejor manera de pensar el avance de la lucha socialista en un mundo tan desigual como el nuestro.

LO | Hiciste referencia a la caída del Muro de Berlín. Cuando colapsó el llamado «bloqueo socialista» se habló mucho, incluso entre sectores de izquierda, de la supuesta inviabilidad del socialismo y de la infactibilidad de una alternativa social al capitalismo. Desde entonces, la crisis del capitalismo no hizo más que agravarse y, sobre todo a partir de 2008 y con la pandemia —como bien dijiste—, se volvió mucho más evidente. Ahora bien, ¿qué relación existe entre la crisis del viejo movimiento comunista y la situación actual?

GB | Pienso que tenemos que leer las experiencias de las revoluciones populares y socialistas del siglo XX en su contexto histórico y tener en cuenta sus condiciones de emergencia. No se puede tener una lectura intem-

poral. Basta considerar que en la mayor parte de los países donde hubo revoluciones, el atraso de las fuerzas productivas capitalistas era evidente y el desarrollo terminó siendo una tarea de los gobiernos populares.

En ese contexto, la centralización política excesiva —esa especie de economía de guerra, como decía Lenin— se explica en parte porque esos países, que quedaron fuera del mercado mundial capitalista, eran incapaces de sobrevivir sin acelerar su desarrollo económico. Como señalan tantos teóricos, en muchos casos no se trató de socialismo, sino de una especie de capitalismo de Estado que conllevó la estatización de los medios de producción pero conservó las relaciones de explotación de la fuerza de trabajo. Como sea,

considero que no es correcto hacer una lectura de esas experiencias que deje de lado el contexto histórico y económico más amplio.

Es evidente que tenemos mucho que aprender de esos procesos. Por ejemplo, no creo que el modelo fundado en el partido único sea el que deba inspirar la construcción socialista del futuro, ni tampoco considero que la limitación, o incluso, en algunos casos,

la aniquilación de los instrumentos de poder popular surgidos de esas revoluciones —consejos y organizaciones de base de todo tipo— haya tenido buenos resultados, sino todo lo contrario. Esas experiencias tienen y tuvieron muchos límites vinculados a su propia época. Por supuesto, no vamos a analizar cada caso en detalle, los desvíos y las disputas políticas, ni siquiera las violencias perpetradas por los Estados. Pero es importante destacar que en muchas de las sociedades que atravesaron procesos revolucionarios hubo avances importantes que constituyen hoy un legado.

Tomemos el ejemplo de Cuba, una revolución que todavía sobrevive. Ese país agrario, con una población menor que la de la ciudad de São Paulo —es decir, un país que no tuvo ninguna oportunidad de desarrollar

El mejor camino no pasa simplemente por la propaganda, la agitación social o la cultura académica. Creo que en la lucha de los movimientos sociales existen embriones de una construcción socialista.

una industria propia— sobrevivió gracias al mercado común y a las relaciones de intercambio internacional favorables que garantizaba la Unión Soviética. Y aun así, Cuba tiene uno de los mejores sistemas de salud del mundo, erradicó el analfabetismo, desarrolló un sistema de educación pública y universal, habilitó una inquietud cultural increíble, desarrolló políticas de ocio, entretenimiento y deporte, sobre todo para los jóvenes (esto es evidente cuando se considera el desempeño que tiene país en los Juegos Olímpicos). Es decir, un país pequeño, una isla caribeña, resolvió problemas sociales que nuestros países no resolvieron ni resuelven todavía. Por eso es importante tener una visión equilibrada de esas experiencias, reconocer sus límites y trabajar para superarlos en términos históricos, pero también saber encontrar inspiración en sus conquistas.

Es cierto que, más allá de los balances, es imposible importar o repetir la experiencia histórica. Pero sucede que muchas veces esos debates son lisa y llanamente descalificados. Fui testigo de eso durante mis dos candidaturas. Los medios se cansaban de preguntar: «¿Venezuela es un modelo?», «¿Cuba es un modelo?», «¿Cuál es su modelo?». En Brasil tenemos que construir nuestro propio camino a partir de nuestra diversidad y de nuestra historia. No se trata de tomar modelos históricamente distantes y replicarlos.

LO | Durante el denominado ciclo progresista, muchos países de América Latina tuvieron gobiernos de izquierda que promovieron una serie de avances significativos en varios temas, pero no se plantearon el desafío de construir una alternativa socialista. Tal vez el caso del chavismo, o incluso el del MAS, sean distintos, pero en términos generales la superación del capitalismo no se planteó como un objetivo real durante ese período. ¿Qué nos enseñan todos esos procesos en relación con el debate sobre la construcción del socialismo?

GB | En primer lugar, como dijiste, hay que destacar que en América Latina hubo muchos avances importantes, sobre todo en la primera década del siglo veintiuno. Fue una oleada de gobiernos progresistas, muchas veces antimperialistas, aunque distintos entre sí. Algunos avanzaron más, otros fueron más tímidos.

Pero el hecho es que encontraron un límite, un techo, en los marcos institucionales del Estado capitalista de nuestras regiones. Pienso que es posible aprender de esos límites, o al menos señalar cuáles fueron. Destacaría sobre todo tres: uno está en la falta de compromiso con las formas de poder popular, es decir, con las formas de compromiso capaces de hacer que la democracia sea más participativa. Como no avanzaron en ese sentido, los gobiernos progresistas quedaron presos en los viejos modelos de gobernabilidad y tuvieron que hacer alianzas con aristocracias políticas integradas al Estado. Eso también planteó límites importantes. En la mayoría de los casos no hubo una apuesta a la movilización popular,

ni a los movimientos sociales como formas de poder alternativas.

Un segundo límite estuvo en la disputa cultural y en la disputa de valores. Como dice Pepe Mujica: «Formamos buenos consumidores, pero no formamos buenos ciudadanos». Me parece que hoy estamos viendo eso, no solo en el caso de Brasil, sino en el avance de la extrema derecha en general. El bolsonarismo está comprometido en una guerra cultural cotidiana. Funciona como un núcleo ideológico de la extrema derecha porque despliega esa lucha todos los días. Pienso que la izquierda perdió esa disputa por W. O., pues no estuvo decidida a disputar el avance de la conciencia de esos sectores que vivieron una mejora económica durante los gobiernos progresistas.

En América Latina hubo avances importantes, sobre todo en la primera década del siglo veintiuno. Pero esa oleada de gobiernos progresistas encontró un límite en los marcos institucionales del Estado capitalista de nuestras regiones.

La organización política y los movimientos sociales deben tener siempre una relación vital. La construcción de formas de poder popular es una especie de antídoto contra la desviación burocrática de las organizaciones políticas.

El tercer límite estuvo en la forma de enfrentar el conflicto redistributivo. Si bien todos los gobiernos progresistas implementaron políticas sociales importantes valiéndose del crecimiento económico ligado al boom de las *commodities* y a la ampliación de los mercados internos y del crédito, dejaron otros temas fuera de la agenda. Por ejemplo, no trataron asuntos como la reforma tributaria o la absurda concentración financiera y las tasas de interés, que en el caso de Brasil son las más altas del mundo. Es decir, no se metieron con temas estructurales vinculados más directamente con la desigualdad. En fin, creo que un nuevo ciclo progresista en nuestro continente debería enfrentar y repensar todos esos límites.

LO | Cuando hablaste de las experiencias del siglo veinte, mencionaste los temas del productivismo y del desafío que plantea el desarrollo de las fuerzas productivas. Hoy este problema vuelve a plantearse en relación con la cuestión medioambiental. ¿El pasado nos enseña algo sobre este tema?

GB | Me parece que lo importante es no caer en un debate anacrónico. Las experiencias que mencionamos están circunscritas a sus momentos históricos y nuestro desafío es reconocer todas las contradicciones y los errores del pasado, sin dejar de considerar las conquistas. Sin embargo, si nos planteamos la lucha popular y el combate contra la desigualdad que produce el capitalismo, no creo que las experiencias del denominado socialismo real, o como quiera llamárselo, sean de mucha utilidad.

Sirve mucho más partir de las contradicciones de la realidad actual. ¿Cómo pensar la lucha socialista hoy? ¿Qué temas debemos abordar prioritariamente? Aunque la cuestión ambiental estuvo completamente ausente de las agendas del siglo XX, hoy es imposible hablar de socialismo sin pensar otro modelo de desarrollo. Debemos terminar con la emisión de carbono, efectuar una transición hacia energías renovables y garantizar medios de transporte no contaminantes. También tenemos que establecer otra relación con la agricultura, reducir el uso de fertilizantes químicos y agrotóxicos, valorizar las experiencias agroecológicas, terminar con los desmontes y conservar los territorios de los pueblos originarios. Otro problema es el agua, que requiere una política audaz, pues, como se dice, ese recurso natural fundamental será un tema de guerra en el futuro.

Si se pudiese resumir la lucha socialista en una fórmula, habría que decir que se trata de combatir la desigualdad social. Pero sucede que las desigualdades y las disfunciones del capitalismo contemporáneo no se reducen a la desigualdad social de los países periféricos como los nuestros. La desigualdad social también tiene otras características. Es lo que nos enseña todo el proceso de luchas antirracistas que se están desarrollando en todo el mundo. O también el surgimiento de los poderosos movimientos feministas que se alzan contra las lógicas patriarcales de nuestra sociedad. Todos esos temas, que son temas importantísimos hoy, no estaban en la agenda hace 20, 30 o 50 años. Pienso que es a partir de esos procesos que debemos pensar otro modelo de sociedad.



LO | Entrando en cuestiones más prácticas, los socialistas lidiamos constantemente en nuestra militancia con los riesgos de la burocratización, la adaptación institucional y la falta de democracia interna en las organizaciones. ¿Cómo podemos combatir estos peligros cotidianos?

GB | Creo que la organización política y los movimientos sociales deben tener siempre una relación vital. La construcción de formas de poder popular, que en las últimas décadas en América Latina estuvo centrada en la lucha territorial, es una especie de antídoto contra la desviación burocrática de las organizaciones políticas.

Por ejemplo, conocí de cerca la experiencia de Fejuve en El Alto, Bolivia. Es impresionante cómo construyeron, a partir de raíces comunitarias indígenas... El Alto es un pueblo desterrado, una ciudad de un millón de habitantes que limita con La Paz. Es impresionante, decía, cómo construyeron una organización popular comunitaria, asamblearia, un poder autónomo que tenía más fuerza que el gobierno del municipio y que debatía el presupuesto, los problemas de los barrios, de la ciudad, las iniciativas comunitarias y la construcción de formas de resistencia y de organización colectiva. Me parece que ese es un ejemplo práctico que muestra una posible forma de lidiar con esos desvíos tan frecuentes en la izquierda.

También es importante rescatar el significado de la militancia. El neoliberalismo condenó la figura del

militante: «El militante tiene un interés personal», «solo quiere hacer plata», «quiere un cargo», etc. Todas esas acusaciones responden a un proyecto de poder que pretendió vaciar la militancia, la decisión ética que implica la militancia, y pienso que nuestra generación tiene la tarea de recuperar su verdadero sentido: militar es un acto de coraje, es dedicar una parte de los mejores años de nuestra vida y de nuestras fuerzas a un proyecto que no es individual, sino que es un sueño compartido con muchas personas. Militar es un acto de insistencia, de persistencia, de esperanza: es una apuesta al futuro. Y creo que uno de los antídotos contra las relaciones verticalistas que muchas veces establecen las organizaciones políticas de izquierda pasa por recuperar el rol de la militancia.

LO | En ese sentido, ¿qué papel cumplen las organizaciones partidarias en esa lucha y qué tipo de relación deben tener con los movimientos sociales?

GB | Me simpatiza mucho el concepto de partido movimiento. Es decir, el concepto de una organización política partidaria más fluida, menos centralizada, más abierta a la influencia de las fuerzas vivas de la sociedad y capaz de complementarse con los movimientos sociales. El desarrollo del movimiento obrero y del movimiento comunista internacionales terminó consolidando la idea de que el partido debía ser la vanguardia de la lucha, y que los movimientos sociales, con sus luchas corporativas y reivindicativas, solo debían transmitir la política partidaria al movimiento de masas. En síntesis, se consolidó la

Durante los gobiernos progresistas de América Latina se generalizó cierta idea según la cual los movimientos socialistas no podían protestar porque eso implicaba hacerle el juego a la derecha. Pienso que es una estrategia suicida.

idea de que el espacio de la política y de la estrategia es el partido. El movimiento, en cambio, es el espacio de lucha cotidiana.

Pienso que esa es una perspectiva errada, que fracasó históricamente. Hoy tenemos movimientos sociales poderosos, muy diversos, que surgen de luchas concretas. Muchos actores y actrices de esas luchas no quieren ser dirigidos por un partido tradicional. Quieren discutir la política en los movimientos, y me parece que tenemos que acercarnos más a esas formas híbridas, donde el partido es la expresión política del movimiento social y el movimiento social construye sus espacios de representación a través de los partidos. En el partido debe discutirse la estrategia, pero también las luchas concretas, igual que en los movimientos sociales.

Pienso que hay varias experiencias de partido movimiento en América Latina, cada cual con sus contradicciones y con sus límites. El MAS en Bolivia es un caso. Pero también hay casos en Europa, como Podemos y toda esa generación de partidos de nueva izquierda que de alguna forma son expresión de lo mismo.

LO | Nos gustaría cerrar con una pregunta más estratégica. A lo largo del siglo veinte se debatió intensamente el problema de las vías al socialismo. Pero, como dijiste, aunque contemos con ciertos puntos de referencia, tenemos que construir un proyecto nuevo. Entonces, ¿qué «hipótesis estratégica» postular para orientarnos en la lucha por el socialismo?

GB | Me parece que la lucha anticapitalista implica combinar dos estrategias: la estrategia institucional y la lucha de masas. Si miramos las experiencias de

lucha más recientes de la izquierda mundial, encontramos casos que descuidaron la lucha de masas y se dedicaron exclusivamente a la lucha institucional. Ese fue su límite. Aunque en menor medida, también hay experiencias que desacreditaron la institucionalidad como espacio de cambio y disputaron únicamente la lucha de masas y la lucha popular. Su límite fue la incapacidad de traducir políticamente la acumulación social y no lograron efectuar transformaciones sociales más profundas y estructurales.

Desde mi punto de vista, todo está en saber combinar la acción institucional, la disputa de espacios estatales y políticos y las políticas públicas con acciones de organización popular de lucha territorial, que fomenten formas de organización colectiva, redes solidarias que en última instancia impulsan y sostienen la política institucional. Esas formas de lucha territorial también deberían servir como obstáculo a los retrocesos que suele conllevar la reacción autoritaria de las fuerzas que siempre dirigen el Estado.

Durante los gobiernos progresistas de América Latina se generalizó cierta idea según la cual los movimientos socialistas no podían protestar porque eso implicaba hacerle el juego a la derecha. Se decía que los gobiernos ya sufrían suficiente presión proveniente del poder económico y de la derecha y que eso implicaba que el rol del movimiento social era únicamente defender al gobierno. Pienso que es una estrategia suicida, porque un movimiento social fuerte y activo es el único factor capaz de contrarrestar la reacción y hacer que el gobierno avance en el programa de combatir la desigualdad estructural del capitalismo. En fin, pienso que la combinación de esas dos líneas de acción es el mejor camino para lidiar con los desafíos que enfrentamos hoy. ●



Futuro Pasado

SUPONGO QUE USTEDES
AÚN NO ESTÁN LISTOS PARA ESTO.
PERO A SUS HIJOS LES ENCANTARÁ



La Nueva Política Económica era la alternativa al estalinismo

El relato de la historia soviética post-1917 que suelen contar los marxistas es equívoco, sobre todo cuando se trata de comprender el significado de la Nueva Política Económica (NEP).

Todos los marxistas de la Segunda Internacional, incluido Trotsky, daban por sentado que no había condiciones materiales para construir el socialismo en Rusia. La Revolución de Octubre no los hizo cambiar de parecer. El campesinado seguía siendo mayoritario y los obreros minoritarios. Estos últimos estaban a favor del socialismo pero los primeros no. ¿Cómo empezar a construir el socialismo en Rusia cuando sus relaciones de propiedad, especialmente en la agricultura, eran un obstáculo?

Cuando los levantamientos campesinos y las protestas de la clase obrera obligaron a los bolcheviques a abolir el comunismo de guerra en 1921 y a aplicar la Nueva Política Económica (NEP), el partido de Lenin se enfrentaba ahora a un nuevo dilema: cómo iniciar una transición hacia el socialismo en una Rusia dominada por campesinos sin la ayuda directa e inmediata de los trabajadores en el extranjero.

La NEP buscaba restablecer la alianza obrero-campesina, la *smychka*, que había posibilitado la Revolución de Octubre. De hecho, esta alianza fue el rasgo que

definía la NEP, por sobre todos los demás. Lenin había declarado que, sin el apoyo del campesinado, «el poder político del proletariado es imposible, su permanencia inconcebible». La NEP abolió la requisición de granos y la reemplazó por un impuesto fijo. Restauró la libertad de comercio entre la ciudad y el campo, entre la industria y la agricultura. Revivió el «enfoque revolucionario marxista clásico» de ganar a la mayoría del campesinado para que marchara detrás de la clase obrera. Durante el proceso, los bolcheviques también pusieron fin a ciertos rasgos secundarios del comunismo de guerra, especialmente el Terror Rojo, los linchamientos, los secuestros y la conscripción laboral.

Bajo la Nueva Política Económica, las ciudades volvieron a poblarse. Los obreros volvieron a las fábricas. Pronto, la economía se recuperó, dejando atrás el paisaje infernal del comunismo de guerra: una serie de hambrunas urbanas ocurridas entre 1918 y 1920, seguida por otras hambrunas que azotaron principalmente al campo entre 1921 y 1922 y que se cobraron millones de vidas y mermaron la expectativa de vida promedio de la población a apenas veinte años.



El rostro cotidiano de la NEP estuvo definido por la libertad del campesinado, las tres comidas diarias de los obreros, la mejora moderada del nivel de vida de toda la población, la revitalización de los comités de fábrica, el fortalecimiento de los sindicatos, normas de trabajo mucho más relajadas, clases de alfabetización, pañales limpios en los orfanatos y muchas cosas más. Esos eran los frutos —humildes aunque no por eso menos espectaculares— de la Revolución de Octubre, y beneficiaron a millones de personas. Suele pasarse por alto la magnitud en la que esos frutos bastaban para justificar la gran revuelta de los productores directos.

Minimizar su benéfico impacto social y el apoyo popular conquistado por los bolcheviques conduce a no comprender lo que representó la NEP para las masas que no estaban alineadas con ningún partido: una respuesta —imperfecta y demorada— de la dirección leninista a las necesidades de los obreros y de los campesinos, que concedió sus demandas de poner fin inmediatamente a las exacciones infinitas que aplicaba el Estado soviético sobre el campesinado y de implementar una serie de medidas políticas y económicas completamente nuevas.

El fin de la NEP

En la segunda mitad de 1929, octavo año de la NEP, Stalin respondió a una crisis de subproducción agrícola de dos años con la destrucción de la *smychka*. Declaró una guerra abierta contra el campesinado mediante la colectivización forzada, que obligó a millones de personas a trabajar en enormes empresas estatales, y que llevó a otras tantas a las ciudades con el fin de fortalecer la industria, dando comienzo al verdadero plan quinquenal. Stalin aplastó a todos los sindicatos que conservaban algo de independencia y destrozó los comités de fábrica, con lo que abrió

Como el capitalismo en Inglaterra, el estalinismo había llegado al mundo «chorreando sangre y lodo, por todos los poros, desde la cabeza hasta los pies».

camino a la explotación desenfrenada del proletariado. Cuando el plan quinquenal y la colectivización se materializaron —y lo hicieron en un abrir y cerrar de ojos— el estalinismo se convirtió en una realidad concreta fundada sobre las ruinas de la NEP.

Los campesinos lucharon violenta y desesperadamente contra la colectivización, recurriendo a una política de tierra arrasada. Los obreros también resistieron a los planes quinquenales con huelgas, sabotajes, absentismo y fabricando una enorme cantidad de bienes de mala calidad (*brak*). En 1933 la burocracia estalinista había derrotado a los productores directos. Entonces fundó granjas colectivas (*koljós*) sobre las ruinas de la comuna campesina (*mir*). Destruyó los restos del Estado obrero en la industria —comités de fábrica relativamente democráticos en los sitios de producción y sindicatos relativamente receptivos— y montó en su lugar un Estado brutal dirigido por una clase explotadora. A esa altura no quedaba nada del bolchevismo. Como el capitalismo en Inglaterra, el estalinismo había llegado al mundo «chorreando sangre y lodo, por todos los poros, desde la cabeza hasta los pies».

Entre 1929 y 1933, la colectivización a gran escala y la industrialización forzada fueron la encarnación de un nuevo programa, una ruptura irrevocable con la NEP, destinada a impulsar las fuerzas de producción —una verdadera «acumulación originaria»— y, al mismo tiempo, transformaron a la burocracia estalinista en una clase dominante en el sentido marxista del término, es decir, una fuerza capaz de extraer sistemáticamente un plusproducto de los productores directos —campesinos y obreros— mediante una coerción extraeconómica fundada en última instancia sobre la «propiedad» monopólica del poder del Estado.

Esta sangrienta «revolución desde arriba», en la que murieron millones de personas, destrozó la NEP y

marcó la aniquilación del orden social surgido de la Revolución de Octubre, es decir, condujo a la pérdida de todas las conquistas logradas hasta entonces.

Está claro que la NEP no estuvo a la altura de un «socialismo auténtico», es decir, el socialismo democrático. Pero ese estándar, además de subestimar la autodeterminación de los productores directos —campesinos y obreros—, no sirve para comprender su significado histórico.

Formas de propiedad, Estado y democracia política

La Revolución de Octubre instauró un Estado fundado en los sóviets y pasó por encima del Estado capitalista en todas sus formas, incluyendo su forma democrático-burguesa, en la que todas las instituciones elegidas en función del sufragio universal dotan de una representación igualitaria a todas las clases de la población, reducidas a la abstracción de la ciudadanía. Pero la abstracción de la ciudadanía solo puede surgir sobre la base de las relaciones de propiedad capitalistas. Ahora bien, esas relaciones nunca predominaron completamente en Rusia.

Por ese motivo, bajo el zarismo, como sucede en las formaciones sociales no capitalistas, las clases siempre se presentaron como estamentos —los campesinos en las comunidades campesinas, los comerciantes en las corporaciones, los industrialistas en las asociaciones, los artesanos en los gremios—, y nunca asumieron la forma de una ciudadanía que goza del sufragio universal con iguales derechos ante la ley. Eso no cambió después del derrocamiento del zar.

En ese sentido, el *mir* y el sóviet eran las formas institucionalizadas de autogobierno de los campesinos

Si tenemos en cuenta el campesinado (es decir, la mayoría de la población), debemos decir que la NEP convirtió a Rusia en el país más libre y democrático del mundo.

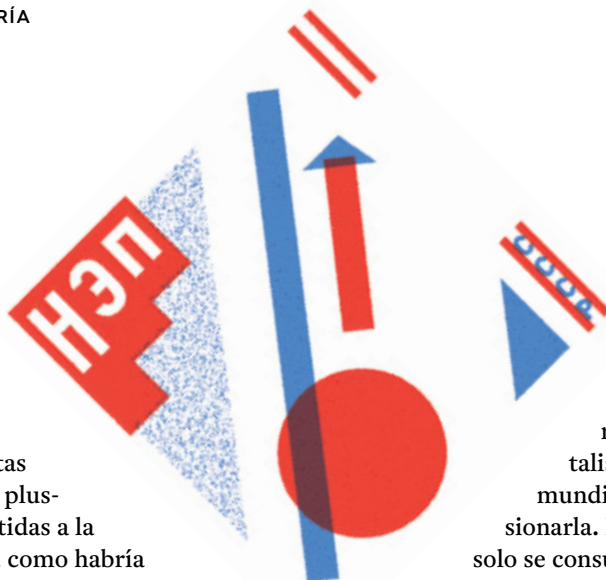
y de los obreros respectivamente: eran esas «formas de presentación» directamente políticas que las clases adoptan necesariamente en el marco de relaciones socioproductivas no capitalistas. El *mir* y el sóviet eran instituciones de clase *par excellence*: las elecciones de sus autoridades no estaban fundadas en el sufragio universal.

La NEP y el *mir*

Si tenemos en cuenta el campesinado (es decir, la mayoría de la población), debemos decir que la NEP convirtió a Rusia en el país más libre y democrático del mundo. Muchos marxistas no piensan así. En vez de centrarse en la mayoría campesina, la ortodoxia marxista pone el eje en la libertad y en la democracia de la minoría obrera. Es un gigantesco «espacio en blanco» en sus cuentas, para usar la expresión de Gorbachov.

Como lo había hecho durante siglos, el *mir*, o la comuna campesina distributiva, gestionaba los asuntos económicos y políticos del campesinado en la mayoría de las aldeas y pueblos de Rusia. Sus autoridades, que solían ser campesinos viejos y experimentados, eran elegidas en asambleas campesinas donde las decisiones se tomaban casi siempre por unanimidad. En su propia esfera, los campesinos eran obviamente hegemónicos.

Tanto bajo la NEP como bajo el zarismo, la propiedad distributiva garantizaba la repartición igualitaria de las tierras comunales entre los campesinos y aplicaba sucesivamente los ajustes correspondientes a cada caso. El proceso estaba determinado por la tendencia de quienes poseían terrenos grandes a subdividirlos y heredar parcelas más pequeñas a sus hijos varones. Eso evitaba en gran medida la formación de un proletariado agrario.



Las familias campesinas organizaban en las parcelas diversas actividades productivas orientadas a la satisfacción de sus necesidades inmediatas y comerciaban solamente el plus-producto. No estaban sometidas a la coacción de la competencia, como habría sucedido si no hubiesen sido dueñas de sus medios de subsistencia. En ese caso, habrían tenido que comprar lo que necesitaban para sobrevivir; para comprar, habrían tenido que ser capaces de vender; para vender, habrían tenido que alcanzar a sus competidores reduciendo los costos en relación con los precios y produciendo las cosas que ordenaba la demanda.

Por lo tanto, estas «reglas de reproducción» blindaban al campesinado contra las compulsiones del mercado capitalista, permitiendo que dejara de lado la especialización, la innovación sistemática y la acumulación. Además, esas reglas eran un enorme obstáculo para la conservación —por no decir nada del desarrollo— de las fuerzas productivas. Cuando las malas cosechas de fines de los años veinte provocaron una de las crisis de la NEP, los campesinos no permitieron que la solución corriera a sus expensas. Cuando la crisis terminó, volvieron a proveer la misma cantidad de granos y cereales que antes.

El *mir* fortaleció el derecho consuetudinario y el orden sin tener que recurrir a la organización de cuerpos separados de hombres en armas: la expulsión de la comuna era la sanción más grave. No había Estado en el sentido marxista del término. En efecto, las autoridades electas seguían realizando todo tipo de labores, actuaban bajo control de la opinión pública y solo podían dirigir el proceso en beneficio de los intereses de los campesinos (en caso contrario, eran inmediatamente revocados).

En síntesis, la comunidad campesina era una ver-

dadera economía política. Ningún proceso puramente económico —las presiones exógenas del «capitalismo» o las del «mercado mundial»— eran capaces de erosionarla. De hecho, su destrucción solo se consumó con la colectivización forzada iniciada por Stalin en 1929.

Teniendo en cuenta todo esto, es realmente desconcertante afirmar —como hacen muchos marxistas— que la NEP fue un proceso de liberalización económica de la sociedad y de endurecimiento de las restricciones políticas. Para los campesinos, la libertad «económica» de la NEP implicaba la expansión de sus libertades «políticas», no su restricción, pues garantizaba la libertad de dirigir sus propios asuntos como lo creyeran conveniente, sin la interferencia política de un Estado depredador típica del comunismo de guerra. La jurisdicción del autoritario Estado central no creció durante el período, como afirman incongruentemente ciertos autores, sino que mermó considerablemente y se detuvo en el límite de las aldeas, donde no había ni un solo dirigente comunista.

Bajo la NEP todavía existía una distinción entre los asuntos internos y la estructura del partido bolchevique y la sociedad en la que este último operaba. Faltaba mucho para la formación del «Estado totalitario» que surgiría de la colectivización y de los planes quinquenales después de la destrucción de la NEP consumada por Stalin.

Sóviets, sindicatos, comités de fábrica y NEP

En 1921, el partido bolchevique dirigía solo los sóviets y el gobierno. Los mencheviques negaban la legitimidad de la Revolución de Octubre, a la que consideraban una usurpación escandalosa de la

voluntad popular. Los social-revolucionarios de izquierda desperdiciaron su oportunidad de colaborar con los bolcheviques recurriendo, como medio para resolver sus desacuerdos, a «métodos terroristas», en lugar de ampararse en los mecanismos de la democracia soviética. Los anarcosindicalistas llamaron a una segunda revolución para derrocar el «capitalismo de Estado» bolchevique. Los bolcheviques los proscibieron.

Los comités de fábrica y los sindicatos, y las alternativas políticas potencialmente viables, surgirían principal aunque no exclusivamente de tendencias internas del partido bolchevique (a pesar de la prohibición de las facciones internas de 1921, implementada con el fin de mantener la «solidaridad interna» del régimen). En síntesis, el bolchevismo era la única alternativa.

Muchos marxistas argumentan que, en paralelo al debilitamiento de la democracia soviética y al ascenso del monopolio bolchevique sobre la política, se debilitaron también los comités de fábrica y los sindicatos. Pero bajo la NEP, una clase obrera reconstituida restableció rápidamente muchos derechos democráticos en los sitios de producción a través de comités de fábrica revitalizados y se apoyó en sindicatos también fortalecidos para defender sus intereses frente a las direcciones de las fábricas.

Kevin Murphy mostró minuciosamente cómo se recuperaron de manera considerable las instituciones y las prácticas a través de las cuales los trabajadores ejercían el poder y defendían sus intereses en los lugares de trabajo y fuera de ellos. La tendencia se mantuvo mientras duró la NEP. A pesar de la burocratización, los comités de fábrica y los sindi-

El hecho de que, después de ganar las fuerzas armadas y tomar el poder, los trabajadores todavía tuvieran que pelear una guerra civil devastadora fue fruto de una debilidad estructural de la Revolución de Octubre: la incapacidad orgánica del campesinado para desarrollar una perspectiva política que fuera más allá de su territorio.

catos retuvieron suficientes recursos como para resistir a muchas de las intrusiones de la dirección en las prerrogativas de la clase obrera. Virtualmente todas las campañas para incrementar la producción y disminuir los costos en la industria introduciendo normas de precio unitario, alentando a los trabajadores a participar de conferencias sobre producción y ajustando la disciplina laboral terminaron encallando, en parte debido a la resistencia de los trabajadores.

Por más «deformaciones burocráticas» que tuviera, el Estado obrero seguía siendo un Estado obrero porque se atenía a la negativa de los trabajadores a sacrificar su presente, es decir, sus intereses inmediatos y reales, ante un programa estatal —impuesto y todavía inexistente— de desarrollo económico desde arriba

El régimen de la NEP era tan flexible y blando que Stalin tuvo que avanzar muy lentamente para implementar la industrialización forzada. Tuvo que echar a Tomski, máximo dirigente sindical, cuando se unió a sus partidarios a la Oposición de Derecha en 1927-1929, con el objetivo de resistir los intentos de Stalin de convertir los sindicatos en «centros de detención» (programa que, por otro lado, contradice la idea de que los sindicatos bajo la NEP eran meras «correas de transmisión» de las directivas estatales). En los lugares de trabajo, la resistencia de los comités de fábrica a la intensificación del trabajo y a los bajos salarios obligó a Stalin a purgar dichas instituciones. En marzo de 1930, los fieles de Stalin habían tomado el 80% de los comités de fábrica, consumando de esa manera la destrucción de la NEP en los sitios de producción.

La base estructural de la guerra civil en Rusia y la necesidad del comunismo de guerra

Es verdad que el apoyo de la clase obrera a los bolcheviques mermó en la primavera de 1918. Muchos trabajadores pensaban que a esa altura su calidad de vida debería haber mejorado. Sin embargo, en el verano, cuando se desató la guerra civil, el apoyo de la clase obrera al partido bolchevique repuntó. Sin ese apoyo, los bolcheviques habrían perdido.

Algunos marxistas sostienen que la intoxicación ideológica de los bolcheviques con el comunismo de guerra «niega» el argumento leninista-trotskyista de que fue una política impuesta sobre el gobierno simplemente en función de una «necesidad objetiva». Aun cuando algún socialista absurdo hubiera argumentado que el comunismo de guerra era el socialismo, ciego a la realidad brutal de las ciudades despobladas, de la economía industrial destruida y de las fábricas que cerraban debido al control blanco sobre el acceso a las regiones carboníferas y petrolíferas, no deja de ser verdad que los bolcheviques se «desintoxicaron» y votaron la abolición del comunismo de guerra en el 10º Congreso del partido, celebrado en marzo de 1921. Ese voto debería ser suficiente para espantar toda idea de que los bolcheviques realmente deseaban aplicar políticas represivas, o de que la influencia de estas últimas apuntaba a perdurar.

Sin embargo, los marxistas que argumentan en ese sentido no discuten la decisión bolchevique de terminar con el Terror Rojo, los linchamientos, los secuestros y la requisición de granos y cereales. De esa manera, terminan haciendo un análisis impreciso de la NEP, centrado en las instituciones políticas de arriba y dejando de lado las relaciones sociales de abajo, es decir, las asambleas comunitarias de las aldeas y poblados y los comités de fábrica. Es el mismo motivo que conduce a un examen equivocado de las bases estructurales de la guerra civil rusa.

Muchos marxistas no distinguen claramente entre el «atraso» económico que hizo posible la guerra civil en Rusia y la coyuntura histórica —las contingencias «aleatorias» y siempre cambiantes— que actualizaron esa posibilidad. El hecho de que, después de ganar las fuerzas armadas y tomar el poder, los trabajadores todavía tuvieran que pelear una guerra civil devastadora con el fin de ratificar su conquista fue fruto de una debilidad estructural de la Revolución de Octubre: la incapacidad orgánica del campesinado para desarrollar una perspectiva política que fuera más allá de su territorio, es decir, la incapacidad de coordinar a mediano y a largo plazo la actividad política y militar a nivel nacional, ya sea para apoyar al Ejército Rojo o para oponerse efectivamente a los blancos y a sus representantes imperialistas. Esa capacidad —y la motivación para servirse de ella— quedó reservada exclusivamente a la minúscula clase obrera rusa. Pero eso no debería sorprendernos.

En un pasaje sobre el campesinado francés que suele citarse con bastante frecuencia, Marx destaca que «Los campesinos parcelarios forman una masa inmensa, cuyos individuos viven en idéntica situación, pero sin que entre ellos existan muchas relaciones [...]. La identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase». Es decir que en caso de surgir una organización política nacional capaz de organizar a los campesinos, esta surgiría fuera de su propia esfera.

Muchos marxistas sostienen que el campesinado apoyó a los rojos contra los blancos porque la victoria de los blancos habría implicado la vuelta al antiguo régimen. Sin embargo, una vez que los campesinos hubieron expropiado a los estamentos de la aristocracia terrateniente, los bolcheviques no pudieron inducirlos a seguir hasta el final y defender voluntariamente el poder soviético contra los blancos. El grueso del Ejército Rojo estaba formado por reclutas campesi-

nos, dirigidos por oficiales obreros que a su vez eran asistidos por altos mandos del zarismo. La mayor parte de los campesinos no conectaron directamente la defensa de sus intereses materiales —la reciente posesión de (más) tierras— y la defensa a largo plazo de la Revolución de Octubre. Y como los bolcheviques, sin importar cuánto se esforzaran, fueron incapaces de convencerlos, no quedó otra opción más que recurrir al reclutamiento obligatorio, exacerbando el antagonismo entre el poder soviético y el campesinado iniciado por las extorsiones bolcheviques bajo el comunismo de guerra: un círculo vicioso.

Los campesinos que lograron sortear la presión del servicio militar tuvieron que pelear contra otro mal: las requisiciones de granos, ganado, caballos, carretas y otros insumos destinados a proveer a los ejércitos en guerra. El campesinado resistía a esos asaltos sin importar si provenían de los blancos o de los rojos. Para el campesinado (y, por lo tanto, para la mayoría del pueblo ruso), el rostro cotidiano del comunismo de guerra fue el servicio involuntario y la expropiación de los frutos de su trabajo sin ninguna compensación. Desde su punto de vista, esa era la esencia del comunismo de guerra.

El comunismo de guerra no consistió en implementar «políticas antimercado» inmediata ni directamente. Se trató, sobre todo, de una serie de medidas políticas para defender la Revolución de Octubre, medidas cuyos efectos secundarios fueron efectivamente «antimercado», pues descansaban en la coacción extraeconómica o política de las exacciones de granos y cereales del campesinado.

El mercado no habría podido impulsar la industria para garantizar la producción fabril de bienes e intercambiarlos por granos con el campesinado y alimentar así a los ejércitos —como piensan, por ejemplo, Farber y Lars Lih—, pues la producción industrial estaba cerca de llegar a un punto muerto

debido al control que tenían los blancos sobre las regiones carboníferas y petrolíferas. El comunismo de guerra no solo era totalmente compatible con las «realidades objetivas de la sociedad y la economía rusas»: esas realidades lo hicieron necesario. La posesión de los medios de producción y subsistencia —tierra y herramientas— convertía a los campesinos en un grupo económicamente autosuficiente, de modo tal que la apropiación de un plusproducto para alimentar al Ejército Rojo por intermedio del «mercado» era una imposibilidad objetiva.

En el mejor de los casos, la ambivalencia de los campesinos a la hora de apoyar a los bolcheviques en la guerra civil estaba sobredeterminada por las exacciones coercitivas aplicadas durante el comunismo de guerra, que solo podían ser justificadas en términos de la necesidad extrema que tenían los bolcheviques de asegurarse provisiones para el ejército y de la falta de cualquier otra forma alternativa de tomarlos.

No cabe duda de que el Estado soviético desarrolló una enorme capacidad coercitiva durante el período de la guerra civil. Sin embargo, la capacidad represiva del Estado soviético bajo el estalinismo no debe ser vista en términos cuantitativos —tanto el estalinismo como el comunismo de guerra elevaron el poder a la décima potencia, por decirlo así—, sino en términos cualitativos.

Hay que tener en cuenta lo siguiente: en primer lugar, en 1929-1933, la motivación para usar esa capacidad sin escrúpulos y a una escala nunca antes vista fue algo único, y es imposible remontar sus causas hasta el período de 1918-1921. En segundo lugar, los objetivos contra los que esa capacidad fue utilizada fueron completamente distintos: en 1929-1933 apuntó a los campesinos y a los obreros, mientras que en 1918-1921 había estado dirigida a los contrarrevolucionarios armados y a sus partidarios desarmados. En tercer lugar, la contrarrevolución de Stalin hizo

retroceder la Revolución de Octubre, mientras que, durante la guerra civil, los bolcheviques pusieron toda su fuerza en preservarla (y hay que decir que tuvieron éxito). Las dimensiones represivas de estos dos episodios, aunque estén vinculadas históricamente, deben ser concebidas como predicados de dos realidades objetivamente distintas.

Como sea, es un hecho que esos instrumentos represivos cayeron prácticamente en desuso durante la NEP, lo cual es comprensible, pues los bolcheviques no tenían necesidad de recurrir a la fuerza para implementar un régimen que servía a los intereses de la mayoría de los productores, tanto campesinos como obreros. Y nadie volvió a recurrir a ellos hasta que Stalin adoptó las políticas destinadas a destruir la NEP, contrariando principalmente los intereses de los campesinos, aunque también en menor medida los de los obreros.

El colapso de la democracia soviética multipartidista

De febrero a octubre de 1917 no hubo ninguna convocatoria multipartidista al poder soviético. Más adelante, todos los partidos —salvo el bolchevique— rechazaron esa posibilidad. La democracia soviética comenzó formalmente con un solo partido en el poder. Durante la guerra civil, ningún otro partido se unió a los bolcheviques para defender la Revolución de Octubre. Al final de la guerra civil, el partido bolchevique era la única organización en posición de dirigir el país. A esa altura, los bolcheviques tenían el monopolio del poder político.

Muchos marxistas responsabilizan a Lenin y a sus partidarios por esa desafortunada situación. Pero hay motivos para extender las responsabilidades más allá de los bolcheviques, sobre todo si consideramos la

posición de los socialrevolucionarios. Además de los bolcheviques, los socialrevolucionarios eran la única organización que contaba con un respaldo electoral significativo entre obreros y campesinos; solo ellos tenían el potencial de competir con los bolcheviques en los términos planteados por la democracia soviética y la legalidad socialista. Pero nunca realizaron ese potencial.

En diciembre de 1917, el Partido Social-Revolucionario se escindió entre una minoría de izquierda, que apoyaba la Revolución de Octubre, y una mayoría de derecha que se oponía a ella violentamente. El último grupo terminó uniéndose a los blancos contrarrevolucionarios, mientras que los socialrevolucionarios de izquierda se unieron a los bolcheviques en el gobierno soviético, asumiendo cargos en el Sóviet de Comisarios del Pueblo (*Sovnarkom*).



El *Sovnarkom* era una institución del Estado soviético, no del partido bolchevique. Los socialrevolucionarios de izquierda eran el único partido político importante dispuesto a ejercer el poder soviético junto al partido bolchevique. Así comenzó la democracia multipartidista soviética a nivel nacional. En el punto más álgido de su colaboración, los bolcheviques y los socialrevolucionarios de izquierda aunaron esfuerzos para dispersar la Asamblea Constituyente cuando esta se reunió en enero de 1918. Pero esta coalición gubernamental se terminó en marzo, antes del estallido de la guerra civil, cuando los socialrevolucionarios de izquierda abandonaron súbitamente el *Sovnarkom* para protestar contra el tratado de paz de Brest-Litovsk firmado por los poderes centrales.

Desde entonces, el partido bolchevique fue el único partido que ejerció el poder soviético a nivel nacional. Los bolcheviques toleraron la oposición de los socialrevolucionarios de izquierda a Brest-Litovsk mientras se mantuvo dentro de los límites legales.

Pero con el objetivo de anular el tratado a toda costa, los socialrevolucionarios de izquierda desplegaron acciones guerrilleras contra las tropas del káiser durante semanas y llegaron incluso a asesinar a un embajador alemán. Una vez que comprobaron que sus descaradas provocaciones no bastaban para reiniciar las hostilidades, apuntaron contra los dirigentes bolcheviques. En efecto, muchos resultaron muertos o arrestados en el marco de una desorganizada embestida terrorista. Los socialrevolucionarios se cobraron la vida de dirigentes muy importantes. Lenin recibió dos disparos. Una de las balas quedó alojada en su clavícula y perforó su pulmón. Otra se detuvo en la base de su cuello. Las dos permanecieron en sus respectivos sitios hasta el fin de su vida.

En síntesis, los socialrevolucionarios de izquierda no estaban dispuestos a esperar al próximo Congreso de los Sóviets de Todas las Rusias para intentar convencer a los otros dirigentes, en un debate abierto, de que era necesario abolir el tratado de Brest-Litovsk. Intentaron saltarse ese paso provocando un cortocircuito en la democracia soviética y violando la «legalidad socialista». Aunque muchos marxistas destacan este hecho, suelen hacerlo con indiferencia y no comprenden su sentido general.

Por otro lado, había una oposición dispuesta a respetar los límites legales y a observar que se cumplieran la ley y el orden socialistas, pero estaba dentro del partido bolchevique. Era la oposición organizada contra el tratado de Brest-Litovsk por los bolchevi-

ques «de izquierda» dirigidos por Bujarín. Haciendo uso de las libertades de expresión, de prensa y de reunión, los bolcheviques de izquierda publicaban su periódico —*Kommunist*— y presentaban públicamente sus ideas mediante una argumentación racional.

Es decir que el partido bolchevique era el único partido dispuesto a gobernar de buena fe según las normas que imponía la democracia soviética bajo el comunismo de guerra. De hecho, como dijimos antes, los bolcheviques toleraron la oposición de los socialrevolucionarios de izquierda al tratado

Se necesitan al menos dos partidos para que funcione una democracia soviética multipartidista, pero no había ningún otro partido dispuesto competir seriamente con los bolcheviques según la «legalidad soviética».

de Brest-Litovsk mientras se mantuvieron en los límites legales y no recurrieron a métodos terroristas. La paradoja en todo esto es que se necesitan al menos dos partidos para que funcione una democracia soviética multipartidista, pero no había ningún otro partido dispuesto competir seriamente con los bolcheviques según la «legalidad soviética».

Pero también había aspectos estructurales más profundos que hacían que tanto la mayoría como la minoría del Partido Social-Revolucionario fuesen factores de competencia muy pobres cuando se trataba de política socialista. Muchos marxistas suelen ignorar esos aspectos.

La autodeterminación del campesinado destruyó la base socioinstitucional del Partido Social-Revolucionario

Fundado en 1902, el Partido Social-Revolucionario no reclutó el núcleo duro de sus militantes, activistas y dirigentes entre el campesinado, sino entre la *intelligentsia* del *zemstvo*. Después de la abolición de la servidumbre en 1861, el Estado zarista organizó el *zemstvo* con el fin de cumplir las funciones administrativas y judiciales que solían ejercer los propieta-

rios de siervos en las zonas rurales. Con los años, el *zemstvo* comenzó a emplear cada vez a más doctores, estadistas, agrónomos, abogados, periodistas, veterinarios, agrimensores, maestros, etc. Para pagar los salarios de todos esos empleados, el Estado zarista impuso un impuesto considerable sobre el *mir*.

La representación en el *zemstvo* estaba determinada por la pertenencia a los distintos estamentos (*soslovie*) y ese procedimiento garantizaba la hegemonía de la nobleza terrateniente. Aunque la nobleza representaba poco más del 1% de la población, el 75% del personal «electo» del *zemstvo* pertenecía a dicho estamento. El *zemstvo* no era un órgano del campesinado, pues nunca funcionó a nivel de las aldeas, donde la supremacía del *mir* era incuestionable. Como destaca Sarah Badcock:

Las organizaciones comunales prerrevolucionarias [...] siguieron operando en 1917 y convirtieron a las organizaciones específicamente revolucionarias en algo superfluo. La forma prerrevolucionaria de los consejos de las comunas y las aldeas eran formas de participación y representación en las decisiones comunitarias que estaban abiertas a todo el mundo. Aunque fueron modificadas en el curso de 1917, permitiendo, por ejemplo, que las mujeres tuvieran igual representación, o que participaran los soldados de licencia, demostraron ser organizaciones duraderas que funcionaban en 1917 tan efectivamente como antes.

Fue el *mir* la institución que reguló la autoterminación del campesinado de expropiar a la aristocracia terrateniente en 1917, proceso que conllevó la destrucción del *zemstva*. En el verano de 1918, los campesinos tiraron esta reliquia del zarismo al basurero de la historia. Y en el proceso también se deshicieron de una buena parte de la base socioinstitucional del Partido Social-Revolucionario. Por lo tanto, los intereses materiales del grueso de los activistas socialrevolucionarios no campesinos se oponían frontalmente a los intereses de los votantes campesinos, que buscaban deshacerse del *zemstvo* (y que, de hecho, era la fuente de sustento de muchos militantes del Partido Social-Revolucionario).

Esto se reflejó en la Asamblea Constituyente que se reunió en enero de 1918. Electa en función del sufragio universal, la fracción de derecha del Partido Social-Revolucionario resultó ser el partido con más representación. Pero, aunque el grueso del campesinado votó por los socialrevolucionarios de derecha, el partido se negó a ratificar los decretos soviéticos sobre la tierra y sobre la paz, que sancionaban y alentaban la expropiación completa de la aristocracia terrateniente, además de la destrucción del *zemstva*, institución que garantizaba el poder de la nobleza. Los decretos también autorizaban a los bolcheviques a abrir canales de negociación, en nombre del poder soviético, con el objetivo de terminar con la masacre imperialista. Cuando estalló la guerra civil, la tendencia mayoritaria de los socialrevolucionarios se unió a los blancos contrarrevolucionarios.

La Revolución rusa, sobre todo bajo la NEP, representó una enorme victoria para los productores directos de la ciudad y del campo, pues garantizó que accedieran *de facto* a sus medios de reproducción. En el campo, a través del *mir*, los campesinos aseguraron el ejercicio directo de su derecho político a decidir sobre sus medios de subsistencia. En las ciudades, los obreros hicieron lo mismo (aunque con menos claridad y con menos definición que los campesinos). Los comités de fábrica y, hasta cierto punto, los sindicatos, protegieron el trabajo y limitaron la explotación de los directores de las fábricas. Los derechos obreros contra la explotación se vieron fortalecidos por el hecho de que los directores no tenían mucha posibilidad de despedir a los trabajadores. Esto limitó todos los ataques contra los derechos laborales vinculados a ingresos y ritmos de trabajo. Mientras duró la NEP, el poder sin precedente de los productores directos en los lugares de trabajo se reprodujo en términos relativamente igualitarios.

Pero, más allá de eso, la estructura de clases de Rusia era incompatible con el desarrollo colectivo de las fuerzas productivas y con la construcción del socialismo. La NEP estaba anclada en esa estructura y, en última instancia, era incapaz de trascenderla.

Volver a los orígenes

¿Tienen algo que aprender los socialistas de la experiencia posterior a Octubre? Sí, definitivamente. Pero no se trata de lo que suelen remarcar muchos marxistas, es decir, de la importancia de la «democracia» en la teoría política de la transición posrevolucionaria al socialismo, ni nada tan abstracto y autoevidente. En cambio, se trata de algo mucho más concreto y específico: el fracaso general de los bolcheviques a la hora de comprender la economía política de la pequeña propiedad campesina.

El análisis de la estructura de clases no capitalista de Rusia, que la Revolución de Octubre heredó del zarismo, debe ser el punto de partida —nunca el de llegada— para comprender las condiciones que hicieron posible, aun cuando no determinaron, el devenir estalinista de la revolución: las dificultades estructurales que enfrentaba cualquier programa socialista en Rusia, es decir, la realidad social básica de que solo había 3 millones de obreros en el país y 100 millones de campesinos.

Las referencias nebulosas al «atraso económico», a la «escasez material» y al «subdesarrollo socioeconómico», que no definen el modo en que estos hechos se convirtieron en límites históricos específicos y en oportunidades de acción política colectiva, son difíciles de aceptar: conducen a reconstrucciones hiperpolitizadas y superficiales de la historia soviética posterior a Octubre que carecen de todo sustento histórico.

«El movimiento proletario es el movimiento independiente y autoconsciente de la inmensa mayoría en interés de la inmensa mayoría», escribió memorablemente Marx en el *Manifiesto del Partido Comunista*. Y eso es exactamente lo que fue la Revolución de Octubre. Pero aun si el movimiento obrero ruso actuó en función del interés de la inmensa mayoría cuando derrocó al zarismo en febrero de 1917 y cuando tomó el poder ocho meses después, en

octubre, no fue en sí mismo un movimiento de la inmensa mayoría, pues esa inmensa mayoría estaba conformada por un campesinado que disponía de pequeñas propiedades y que tenía intereses materiales y patrones de desarrollo económico propios.

Cuando, hacia el final de la NEP, irrumpió una crisis de subproducción montada sobre las relaciones sociales y de propiedad campesinas, la divergencia de intereses entre obreros y campesinos se hizo evidente, y Stalin respondió reprimiendo a las campesinos y atacando la *smychka*, que había sido el eje de la NEP.

Aun si el movimiento obrero ruso actuó en función del interés de la inmensa mayoría cuando derrocó al zarismo, no fue en sí mismo un movimiento de la inmensa mayoría, pues esa inmensa mayoría estaba conformada por el campesinado.

Como dijimos, los bolcheviques no comprendieron que los patrones de desarrollo económico de la pequeña propiedad campesina planteaban obstáculos insuperables a la transición socialista. Pero esa interpretación no era una condición para oponerse a las políticas estalinistas. Bujarín y la oposición de derecha eran tan ciegos como los otros cuando se trataba de la economía política de la pequeña propiedad campesina. Lo que impulsó a Bujarín y a sus partidarios a adoptar una actitud de oposición no

fue una teoría correcta, sino el empirismo común y corriente: Stalin era un «loco» al que había que detener a toda costa antes de que sus políticas desataran una serie de levantamientos campesinos masivos que terminarían destruyendo la república soviética.

Trotsky pensaba que habían sido exclusivamente las políticas erradas de la dirección Stalin-Bujarín las que precipitaron la crisis agrícola de la NEP. Nunca se le ocurrió —ni a Trotsky, ni a ningún otro— que esa crisis era la resultante de los intereses de todos los campesinos de Rusia, que obedecían a sus propias «leyes de reproducción» y que planteaban serias barreras, posiblemente insuperables, para el avance económico sin coerción y para la construcción colectiva del socialismo. La NEP era la alternativa posible para preservar las conquistas de la revolución y evitar el desenlace catastrófico que conocimos como estalinismo. ●



De vuelta sobre la experiencia yugoslava

Plan, mercado, autogestión.

La introducción de los derechos de autogestión en las empresas yugoslavas, concretada a partir de los años 1950 y vigente hasta los primeros años de la década de 1980, amplió el espacio democrático en magnitudes que no encuentran parangón en la experiencia soviética ni en la de ninguna sociedad capitalista. Sin embargo, la historia muestra que el proceso yugoslavo enfrentó una serie de límites que no fue capaz de superar: el sistema jamás proveyó a los protagonistas de la autogestión de los medios que aseguraran una coherencia de conjunto y que lograran articular los derechos de gestión en el plan de la empresa con los de la economía general.

La Yugoslavia gobernada por el Partido Comunista (1945-1991) nació al calor de la Segunda Guerra Mundial sobre la base de una crítica radical del primer Estado yugoslavo (bautizado Reino de los Serbios después de su creación en 1918), que había surgido con la pretensión de amortiguar el impacto de la Revolución de Octubre en la periferia europea. La popularidad de la organización llevó a que la dinastía serbia, que transformó el régimen en dictadura, prohibiera al PCY a comienzos de los años 1920.

Durante el período de entreguerras, esa «prisión de los pueblos» —como la llamaba la Komintern— fue incapaz de garantizar la industrialización plena de un país que, a comienzos de los años 1940 y con aproximadamente 15 millones de habitantes, tenía

más de 75% de población campesina y una parte considerable en condiciones de pauperización, analfabetismo y sin tierras.

Josip Broz Tito, convertido en dirigente del PCY clandestino, fue responsable del envío de brigadas internacionales a España en 1936, con la participación de muchos comunistas yugoslavos. La experiencia de los estragos ocasionados por las orientaciones impulsadas por Moscú y la intensa represión desatada por la dinastía serbia prepararon al PCY para enfrentar, sobre bases autónomas e internacionalistas, la invasión y el desmantelamiento de la primera Yugoslavia por las tropas del eje Roma-Berlín en 1941 (la dinastía serbia estaba refugiada en Londres).

A la cabeza de la resistencia de los partisanos y en conflicto con la resistencia de los chetniks (partidarios de la dinastía serbia), el PCY transformó la lucha antifascista en una lucha de liberación nacional y social que rompió con la primera Yugoslavia y con las relaciones de dominación imperialistas. Fundada en la movilización de los Comités de liberación popular y en un poderoso ejército de cientos de miles de campesinos, la lucha dirigida por el PCY prefiguró una nueva unión plurinacional en las zonas liberadas.

Los partisanos rechazaron y excedieron los acuerdos negociados entre Stalin y los Aliados y, de hecho, rompieron con la «construcción del socialismo en un



ԴԱՏԱԳՐԱՆՈՒՄ

antiquariat
Daša Pahor

solo país». Su victoria indiscutible contra el fascismo y bajo dirección comunista les valió un reconocimiento internacional y políticas de asistencia para la reconstrucción de un país destrozado.

La ruptura con la URSS

Los acuerdos de Yalta estipularon el retorno de la dinastía serbia a una Yugoslavia que permanecería bajo influencia occidental, pero también legalizaron el PCY. De esa manera, la organización reunió medios legítimos (el apoyo popular y un ejército) para imponer la transformación revolucionaria del país y tomar el poder de manera autónoma. Lo hizo contra la diplomacia del Kremlin pero defendiendo a Stalin y evitando toda crítica contra la «patria del socialismo», de la que esperaba recibir una ayuda fraternal. Tito y la dirección multinacional del nuevo régimen expropiaron y nacionalizaron las empresas y las tierras que estaban bajo dominación extranjera o en posesión de colaboracionistas, distribuyéndolas entre la enorme masa de campesinos pobres que habían asegurado la victoria de la revolución. Desde 1945 emprendieron un proyecto de reconstrucción de la infraestructura y de industrialización rápida, y fundaron órganos de planificación siguiendo el modelo soviético.

Pero Stalin estaba preocupado por su pérdida de control frente a un nuevo régimen tan popular en el movimiento comunista de toda la región. Sobre todo lo irritaron los proyectos autónomos de confederación balcánica, negociados a sus espaldas con los PC de Bulgaria, Albania y Grecia. Por lo tanto, su «ayuda» apuntaba a mantener la dominación de la URSS contra toda política autónoma. Así, preconizaba medidas que entraban en contradicción con las orientaciones de los dirigentes yugoslavos, como la colectivización forzada de las tierras, impopular entre los campesinos.

Las imposiciones y las mentiras provocaron lo impensable: la resistencia abierta de Tito y de sus compañeros frente a las órdenes del Kremlin, que asumió el riesgo de una ruptura política. Y tal ruptura llegó de la mano de Stalin, que decidió en 1948 la «excomu-

nión» de los «titistas», calificados de «agentes procapitalistas». Ello implicó el fin de toda ayuda soviética y la purga de las corrientes «titistas» en el movimiento comunista regional e internacional.

Reinventar la transición al socialismo

La introducción de derechos de autogestión en las grandes empresas, que apuntaba a consolidar y movilizar la base social obrera del régimen en función de la ampliación de derechos, era una crítica del modelo soviético. A ello le siguió el congreso de 1952 y la transformación del PCY en la Liga de los Comunistas de Yugoslavia (LCY) cuya función, distinta de la del aparato de Estado, debía ser estimular la autoactividad de los trabajadores y convencerlos de las orientaciones consideradas adecuadas a un programa socialista. Pero también era necesario recuperar el apoyo de los campesinos pobres traumatizados por la colectivización forzada: en 1953, la mayoría de las tierras volvieron a ser privadas —promediando límites estrictos en la superficie de las parcelas privadas y del número posible de asalariados— y el gobierno desplegó distintas formas de influencia sobre los pequeños campesinos para llevarlos a cooperar con las empresas estatales.

En fin, se trataba de asegurar la reducción de las grandes desigualdades de desarrollo entre las diferentes regiones que recubrían las repúblicas de la federación —lo que implicaba una nueva forma de planificación— confrontada a los derechos de autogestión y nacionales reconocidos: lejos de ser asimilable a un «modelo» único, frecuentemente reducido al «socialismo de mercado» (1965-1973), el régimen mostró una considerable capacidad de innovación que conllevó muchas victorias, aunque también varias contradicciones y dificultades.

La búsqueda de protección de la autonomía pasó por diversificar las fuentes de dependencia y lanzar el Movimiento de Países No Alineados (MPNA) en 1961 en Belgrado, donde la organización anunció su compromiso anticolonial y su independencia frente a los pactos militares de la Guerra Fría (OTAN y Pacto

de Varsovia). La heterogeneidad —política y socioeconómica— de las fuerzas implicadas en el movimiento fue reforzada por la evolución de China y de su conflicto con la URSS. Mao defendía el legado de Stalin contra Jrushchov y concebía a la URSS como una potencia «del Norte» enfrentada al «Sur Global», es decir, como uno de sus «enemigos principales».

Sin embargo, esos «largos años sesenta», signados por la resistencia a todas las relaciones de dominación, garantizaron las condiciones de emergencia —aunque lamentablemente no del éxito— de una alternativa socialista a los impases del estatismo y del mercado. Es necesario analizar las principales tensiones y dificultades de este proceso.

La autogestión y la cuestión nacional

El acento de 1950 sobre la crítica del estatismo del plan como causa de las relaciones de dominación burocráticas en la URSS no significaba renunciar a la redistribución planificada de los recursos para asegurar la industrialización del país y reducir las diferencias de desarrollo.

Los derechos de autogestión estuvieron asociados al trabajo en el interior de las grandes empresas públicas. La industrialización de regiones enteras pasó por la creación de empresas nuevas, y tuvo como consecuencia la promoción social vertical a escala masiva y el aprendizaje de técnicas de gestión de las empresas de cientos de miles de campesinos convertidos en obreros. Enormes campañas de escolarización y de formación acompañaron esos procesos. Las asambleas de trabajadores tenían la responsabilidad de nombrar a los miembros de los consejos obreros y a los supervisores (y el derecho de revocarlos); controlaban la organización del trabajo y la gestión operativa en coordinación con los sindicatos y con las instituciones civiles. Esa gestión microeconómica y local estuvo sometida a las grandes alternativas macroeconómicas determinadas por las instancias centrales.

La desestatización de la planificación se concretó disociada del presupuesto del Estado, cuya gestión

La introducción de derechos de autogestión en las grandes empresas, que apuntaba a consolidar y movilizar la base social obrera del régimen en función de la ampliación de derechos, era una crítica del modelo soviético.

provenía de impuestos específicos. El instrumento de base de la nueva planificación fue la creación de fondos sociales de inversión, cuyos recursos provenían de los impuestos aplicados a las empresas. Después, eran redistribuidos bajo la forma de créditos, que los socializaban en función de distintos proyectos. Pero los bancos, sus recursos y los criterios que aplicaban no estaban sometidos a una lógica de ganancia y mercado, sino a elecciones de planificación que versaban sobre las grandes prioridades —y no sobre el detalle de cada producción—, expresadas en la porción de recursos atribuidos a las diversas ramas, los diferentes tipos de precios (más o menos subvencionados), la fiscalidad y las tasas de cambio, que se diversificaban según los productos.

En la práctica, los fondos sociales de inversión canalizaban dos tercios de los recursos afectados por las inversiones estratégicas. El otro tercio era administrado por las instituciones de autogestión de las empresas, que lo repartían entre diversos fondos (consumo colectivo, amortización de inversiones en maquinaria nueva, ingresos personales). El impacto de las decisiones de planificación y de la autogestión se medía en función de sus resultados. Un buen testimonio de ello es el comentario del célebre economista croata Branko Horvat —ajeno al gobierno y a la LCY— que, en la introducción de su «Réquiem para la economía yugoslava» de 1993, escribió:

Suele decirse que Yugoslavia se desintegró a causa de sus fracasos económicos. Los que saben un poco más hablan del fracaso de la autogestión.

Otros siguen diciendo que la causa principal fue la propiedad social. Y muchos economistas admiten que hubo un desarrollo económico, pero que solo fue posible gracias a la ayuda extranjera. Ninguna de esas explicaciones es correcta.

Horvat destaca que, aun si la Yugoslavia de antes de la guerra tenía una economía «subdesarrollada»,

en 1968 había logrado superar el nivel de producción y consumo de preguerra de los países euro-

peos más avanzados. Entre 1953 y 1965, la tasa de crecimiento anual de la productividad era de 4,7%, mientras que la de las economías capitalistas europeas era de 3,3% y la de las economías estatistas era de 3%. Es probable que el crecimiento de la productividad yugoslava haya sido el más elevado del mundo durante ese período. Al mismo tiempo, los índices relativos al bienestar de la población (esperanza de vida en el nacimiento, educación y salud) no solo eran mucho más altos que los de los países capitalistas, sino que también superaban a los de los Estados de bienestar.

Así las cosas, cambiar radicalmente de sistema y suprimir los fondos sociales de inversión y de toda planificación, poniendo en cuestión las lógicas igualitarias surgidas de la revolución, hubiese sido una locura. Pero fue precisamente eso lo que sucedió en 1965.

¿Liberados por el mercado?

A comienzos de los años 1960 tomó la delantera un nuevo discurso económico favorable a los mecanismos de mercado en la construcción del socialismo, alimentado por muchas fuentes a nivel práctico y teórico. En todos los países que se reclamaban socialistas, los debates estuvieron dominados por economistas que eran críticos de la planificación burocrática sin preconizar la privatización de las grandes empresas. Y, en Yugoslavia, esos economistas —entre los que estaba Branko Horvat— defendían la autogestión socialista.

Esos puntos de vista estuvieron reforzados por el desafío lanzado contra cierto marxismo asociado a una lógica centralista estatal. Se inspiraron, en parte, en los debates que habían enfrentado a Oskar Lange contra Hayek en los años 1930. Defendían la aplicación de modelos económicos «neoclásicos» walrasianos en el caso de un sistema socialista donde el ente planificador determinaba los precios de acuerdo a los óptimos de mercado que se imponían consiguientemente a las empresas. Salvo que, en vista de la experiencia burocrática acumulada, esta misma lógica

tendía ahora a recurrir mucho más al mercado (sobre todo para oponerse al conservadurismo burocrático).

La hipótesis de esos modelos era que el mercado «socialista» —una vez suprimidos los monopolios y los derechos privados de acumulación capitalista— tendría más éxito que el ente planificador en la misión de descubrir «precios de equilibrio» eficaces para reducir los costos y satisfacer la demanda. En realidad, fuera de Yugoslavia, la lógica dominante de las corrientes reformistas era apoyarse en los directores de empresas e introducir estímulos materiales (monetarios) que los incitaran a comprimir los costos después de introducir una contabilidad en las empresas —hasta entonces inexistente— y mecanismos mercantiles parciales para influir en la formación de los precios (especialmente en el caso de los bienes de consumo).

La reforma yugoslava de 1965 fue el único caso de aplicación —radical— de estas reformas de mercado, porque fue el único país donde tuvo un poder de atracción puesto que se identificó con la ampliación de los derechos nacionales, sociales y de autogestión. Encontró defensores entre las corrientes anarcosindicalistas, pero también en las repúblicas más desarrolladas y en toda la federación, que criticaba los derroches burocráticos.

El éxito, empero, no suprimió los gastos inútiles y el prestigio de los poderes locales, que proliferaron con la opacidad de los mecanismos de distribución de los recursos, bajo la apariencia de una asistencia en beneficio de las regiones más pobres. Eso favoreció el surgimiento de un nuevo argumento en las repúblicas ricas: se trataba, decían los economistas que defendían la nueva lógica, de «despolitizar» y/o desburocratizar la economía mediante la supresión de una planificación en la que pesaban las lógicas de prestigio y de poderes locales. Más valía para todos los países, decían, apoyarse en las competencias y en las infraestructuras de calidad de las repúblicas más experimentadas, sin reducir sus recursos mediante la planificación: el incremento de sus beneficios serviría a todo el mundo y protegería los derechos de gestión autónomos.



Los «largos años sesenta» garantizaron las condiciones de emergencia —aunque lamentablemente no del éxito— de una alternativa socialista a los impases del estatismo y del mercado.

En efecto, el desmantelamiento de los fondos de inversión aumentó la parte del plusproducto social conservado por los órganos de autogestión de las empresas, y los sindicatos y los trabajadores percibían eso como una consolidación de su derecho a controlar el producto de su trabajo y como una manera de romper con la opacidad de las decisiones de planificación. Paralelamente, la confederalización del país se fortaleció, aunque sin suprimir el control central de las divisas de las exportaciones. Pero, sobre todo, el nuevo sistema bancario recibió una buena parte de los recursos liberados por el desmantelamiento de los fondos sociales y empezó a otorgar créditos en función de criterios mercantiles y de eficacia.

El resultado fue inmediato y desastroso: las desigualdades sociales y regionales se profundizaron y aumentó el desempleo en las regiones pobres (especialmente en Kosovo, a pesar de la apertura de una universidad albanesa). Las huelgas obreras y estudiantiles se multiplicaron frente a una coalición de fuerzas tecnocráticas y financieras, cuya lógica fue el cuestionamiento de los poderes de control autogestionarios de los trabajadores.

La emergencia de una alternativa

Sin embargo, las fuerzas protocapitalistas alimentadas por la reforma ni estuvieron en el origen de su introducción ni fueron dominantes en el sistema a mediados de los años 1960. En 1968 surgió un movimiento estudiantil autónomo que ocupó las facultades de Belgrado. Los estudiantes colgaron fotos del Che Guevara —y de los partisanos de la resistencia—, denunciaron a la «burguesía roja» (la coalición de directores de fábrica y banqueros), las semiprivatizaciones, las desigualdades sociales y regionales (comprendidas las vinculadas al acceso a la universidad) y exigieron un sistema general de autogestión «desde abajo».

Esa radicalización política de bases socialistas (anarquistas y marxistas) autogestivas había sido estimulada por los profesores y filósofos de la revista *Praxis*, que entre 1964 y 1974 se reunían en Zagreb y en Belgrado. Cada año organizaban —hecho sin prece-

denes en ningún otro país socialista— un seminario internacional abierto a la izquierda no ortodoxa, del que participaban muchos estudiantes. Se definían como partidarios de la revolución y de la autogestión y exigían un estudio crítico de la práctica social (*praxis*) en defensa del socialismo. Su recorrido estuvo marcado por la crítica de la alienación de los trabajadores tanto por el Estado como por el mercado.

Contra todo pronóstico, en junio de 1968 el movimiento estudiantil de Belgrado recibió el apoyo de importantes dirigentes sindicales y el de Tito, y una buena parte de sus reivindicaciones fueron retomadas en la nueva Constitución de 1974:

- El sistema bancario y los poderes tecnocráticos de las grandes empresas fueron desmantelados y los derechos de autogestión se vincularon con unidades más controlables por los trabajadores: los Órganos de Base del Trabajo Asociado (OBTA).
- Al mismo tiempo, esos órganos fueron alentados a establecer en todo el territorio del país formas contractuales de planificación autogestiva. De esa manera se puso en cuestión, en términos positivos, el horizonte restringido de los derechos de autogestión de las empresas.
- Los derechos de autogestión también se extendieron a los servicios, especialmente bajo la forma de las «Comunidades de Interés Autogestivas (SIZ, según las iniciales en serbocroata), que asociaban a productos y a consumidores de un mismo servicio en los distintos territorios.
- Se impulsaron los intercambios libres de trabajo (sin moneda) y un sistema de «delegación», que debía permitir que los órganos de autogestión fueran representados en una Cámara (o Consejo) paralela al parlamento de las comunas y de las repúblicas.

Todas esas relaciones pueden integrarse hoy en una reflexión sobre las formas posibles de organización de una sociedad que rompa con la lógica capitalista.

Aunque hubo avances considerables, muchos aspectos fundamentales no encontraron una solución.

- La planificación «por abajo» y contractual implementada por las OBTA —pequeñas unidades de tipo taller— no bastó para promover entre los partidarios de la autogestión y las poblaciones el horizonte y los medios adecuados para determinar grandes decisiones y establecer prioridades de desarrollo, que tomaran en cuenta los desafíos ecológicos y los objetivos sociales (contra todas las relaciones de opresión).
- El comercio exterior no resultaba del mero trabajo final de las unidades y de las repúblicas exportadoras: la puesta en evidencia de las cadenas de trabajadores asociados en la realización de diversas producciones habría permitido demostrar, por ejemplo, que las divisas que embolsaban los hoteleros de la costa de Dalmacia no provenían únicamente del trabajo final de los hoteles, pues este último se servía de productos provenientes de otras repúblicas. Puesto en otros términos, la reivindicación del movimiento nacionalista croata, que planteaba conservar las divisas de la exportación, habría perdido legitimidad si el gobierno hubiese expuesto las opacas relaciones de mercado con el fin de evidenciar el punto de vista del «trabajo asociado» y objetivos de desarrollo comunes. También era urgente discutir —desde el punto de vista del «trabajo asociado»— el crecimiento de la desigualdad producido por la descentralización de mercado. Era urgente plantear estos debates para contrarrestar la tesis del «mercado neutro» y despolitizado. En términos generales, se trataba de asumir plenamente el carácter «político» de las decisiones económicas (solidarias), dejando en claro que, si se ponía el acento en la invención de formas democráticas que aclararan los debates, «política» no significaba necesariamente arbitrariedad y opacidad.
- El acercamiento a Albania, que conllevó la creación de una universidad en Pristina, y los

El problema estaba en el método mismo de resolución de los problemas. Cada una de las reformas fue introducida y criticada por arriba.

posicionamientos críticos de los dos partidos —yugoslavo y albanés— contra la intervención soviética en Checoslovaquia durante el verano de 1968, podrían haber sido ocasión de relanzar el debate sobre el desarrollo de una confederación balcánica.

El problema estaba en el método mismo de resolución de los problemas. Cada una de las reformas fue introducida y criticada por arriba. Ahora bien, el balance de la fase anterior, sus progresos y sus problemas, habría permitido superar el conflicto entre los derechos de autogestión y el plan sin dismantelar los fondos sociales de inversión, sometiéndolos más bien a una planificación bajo control autogestionario a escala de toda la sociedad. Como reivindicaban los estudiantes de junio de 1968, era necesario cambiar las modalidades de ejercicio de los derechos de autogestión para transformarlos en un sistema coherente.

Tito y Kardelj decidieron, frente a una situación explosiva y a la necesidad de un nuevo giro institucional, convocar al segundo congreso de autogestión, celebrado en 1971 en Sarajevo (¡en conmemoración del aniversario de la Comuna!). Sin embargo, presentaron enmiendas a la futura Constitución de 1974 que habían sido completamente decididas de antemano, y manifestaron una preocupación fundamental: evitar que los gobiernos de las repúblicas se alejaran del proyecto yugoslavo.

¿No es posible imaginar que ese congreso se transformara en un momento de apertura a un amplio debate constituyente que tuviera por fin el establecimiento de reglas comunes en lugar de convertirlo en una mera instancia de aprobación de una Constitución ya redactada? El apoyo de los dirigentes sindicales y políticos a las reivindicaciones estudiantiles de 1968, estimuladas por *Praxis*, ¿no es indicio de que ese momento «constituyente» era posible y urgente? Un escenario tal implicaba no marginar a las fuerzas vivas que alimentaron y sostuvieron el movimiento de junio de 1968, sino fomentar la movilización de

todas sus capas —intelectuales, sindicales, políticas y culturales de todas las naciones, hombres y mujeres, jóvenes y veteranos de la revolución— con el fin de inventar una democracia radical autogestiva.

Transición sin ingenuidades

Usar el mercado no significa convertirlo en un «regulador» o generalizarlo: tras «el» mercado, debemos distinguir explícitamente mercado de bienes y servicios, mercado de capitales y mercado laboral. La bolsa de valores y los mercados financieros deben desaparecer, y la mayoría de los bancos deben ser socializados. El mercado laboral debe ser abolido, en el sentido de las relaciones salariales y el tratamiento de la fuerza de trabajo como una mercancía «desechable». Por otra parte, una regulación del empleo debe permitir la flexibilidad en las elecciones y cambios de empleo, con las necesarias reconversiones.

El mercado de bienes y servicios requiere un tratamiento separado. Existió y existirá fuera del capitalismo, y puede que no esté sujeto a las relaciones mercantiles capitalistas. En otras palabras, debemos distinguir entre el uso parcial de categorías y mecanismos de mercado —compatible con una lógica socialista— y la dominación de las relaciones de mercado, que es contradictoria con ella.

El dinero y los precios de mercado (regulados) en el intercambio de bienes y servicios pueden ser herramientas sostenibles y en evolución para regular y verificar el plan, pues ayudan a tener en cuenta la diversidad de opciones e iniciativas. Esto de ninguna manera impide la extensión de la distribución gratuita (y por lo tanto la socialización de los costos) de múltiples bienes y servicios, y la subordinación de las relaciones de mercado a evaluaciones directas y elecciones planificadas y globales de la sociedad: múltiples asociaciones de usuarios y productores o instituciones al servicio del sistema pueden monitorear los precios, analizar las causas de sus variaciones, evidenciar desigualdades y otros

problemas. Las opciones de inversión se basan en estos análisis y no están sujetas únicamente a los indicadores de precios.

En otras palabras, el uso de ciertos mecanismos mercantiles no debe en modo alguno suprimir el riguroso y constantemente actualizado análisis marxista de las relaciones sociales que se esconden detrás de los intercambios de mercado (interno e internacional). Y no significa abandonar el planteamiento marxista de lo que se oculta tras el mercado ni tener una concepción ingenua del mercado en tanto instrumento «neutro».

Tal comprensión ingenua del mercado lleva a aceptar progresivamente su dominio implacable. Esto es aún más cierto en el contexto de un entorno capitalista y de una sociedad en transición en la que aún existe la propiedad capitalista privada. En un sistema de autogestión —como era el caso en Yugoslavia—, las empresas capitalistas (en particular las «joint ventures» extranjeras) estaban ellas mismas sujetas a la obligación de establecer consejos de trabajadores dotados del derecho de control y supervisión. Además, es fundamental distinguir la gran propiedad capitalista y la pequeña propiedad privada o individual, artesanal o campesina, y fomentar todas las relaciones de esta última con los órganos de planificación y con las empresas «comunitarias» autogestionadas.

A través del mercado y de los precios, diferentes criterios de eficiencia compiten entre sí. Eso es lo que está en juego tras los precios del mercado mundial determinados por la ley del valor en el actual capitalismo globalizado. Está probado que las relaciones sociales más regresivas son fácilmente las «más competitivas»: ejercerán su presión sobre toda sociedad que intente comenzar una transformación socialista. Ahí también es fundamental evitar la opacidad para evaluar el grado óptimo y las formas necesarias de «proteccionismo progresista» que permitan gestionar las relaciones necesarias pero conflictivas con el capitalismo, mientras este exista. ●





El «gran debate» Cubano

¿En qué condiciones podía servirse el socialismo de mecanismos mercantiles para impulsar un desarrollo sustentable, sin reproducir las desigualdades y debilitar las conquistas de la revolución?

El gran debate económico (1963-1965), que empezó en el Ministerio de Industria dirigido por Ernesto Che Guevara y terminó involucrando a todos los dirigentes cubanos, giró en torno a la construcción del socialismo y a la planificación y organización de la economía durante el período de transición en una isla pequeña y dependiente, sometida a las presiones del mercado internacional y bloqueada por un drástico embargo económico y comercial infligido por la primera potencia mundial. La existencia de las categorías mercantiles y de la ley del valor durante la transición en Cuba suscitó distintos enfoques teóricos que permearon las políticas del gobierno.

Mientras tanto, en la Unión Soviética, Liberman y Trapeznikov aplicaban reformas económicas de orientación mercantil. Constatando la ineficiencia de los métodos de gestión económica de la URSS, estos rusos criticaban un modelo de planificación fundado en normas imperativas que juzgaban demasiado restrictivas. Para remediarlas propusieron, en primer lugar, la introducción de la ganancia como criterio de buena gestión de las empresas.

El debate en La Habana corrió en paralelo a la introducción de dichas reformas. La isla debía definir una

estrategia de desarrollo económico y social frente al desafío que representaba su inserción en una economía capitalista mundializada. Como escribió Ernesto Che Guevara, así empezó el aprendizaje de la marcha hacia el comunismo. ¿Son compatibles socialismo y mercado? ¿Cuál era la dinámica sociopolítica de las reformas económicas mercantiles propuestas en la URSS? ¿Podían aplicarse en Cuba? La experiencia histórica posterior permite arrojar una nueva luz sobre el debate.

Transición al socialismo y subdesarrollo

Aunque el debate teórico entre plan y mercado no era nuevo, la experiencia práctica de Cuba permitió observar directamente los efectos económicos y sociopolíticos de la apertura al mercado en una economía ampliamente estatizada. ¿En qué condiciones podía servirse el socialismo de mecanismos mercantiles para impulsar un desarrollo sustentable, sin reproducir las desigualdades y debilitar las conquistas de la revolución? La pregunta es especialmente pertinente en el caso de una isla cuya economía subdesarrollada estaba marcada por una doble dependencia, a saber, la del mercado estadounidense y la del monocultivo azucarero. ¿Cómo bloquear una posible dinámica de





retorno al capitalismo? ¿Cuáles eran los contrapoderes y cuál el sistema político capaces de permitir que el pueblo cubano defendiera sus derechos fundamentales? Estos eran los problemas teóricos y prácticos que abordaron los protagonistas del debate desarrollado a comienzos de los años sesenta, poco después del triunfo de la revolución.

No deja de ser un hecho excepcional que los textos contradictorios de todos los protagonistas hayan sido difundidos. La polémica opuso a Carlos Rafael Rodríguez, a cargo del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA) y a Ernesto Che Guevara. El primero contaba con el apoyo de Charles Bettelheim, economista marxista francés, mientras que el último tenía el respaldo de Ernest Mandel (a quien invitó a la isla a participar del debate). Hubo otros protagonistas: el comandante Alberto Mora, que intervino en desacuerdo con el Che Guevara, y el ministro de Finanzas, Luis Álvarez Rom, partidario del ministro de Industria. La revista *Nuestra Industria* publicó sus textos junto a los de Y. G. Liberman, economista soviético, de Ma Wen-güi, autor chino, y de Oldrich Truhlar, economista checo.

La polémica versaba sobre cuatro temas: dos de naturaleza teórica, a saber, la existencia de las categorías mercantiles y el rol de la ley del valor durante el período de transición, y las relaciones entre plan y mercado y la naturaleza de los medios de producción (¿son estas mercancías o no?); y dos de política económica, a saber, la autonomía financiera y de gestión de las empresas estatales y la remuneración del trabajo (¿qué incentivos materiales o morales deben estimular la producción de los trabajadores? ¿Salarios a destajo? ¿Salarios en función del rendimiento? ¿Premios a la productividad? ¿Cuál debe ser la jerarquía salarial?).

Más allá de los aspectos teóricos, no siempre bien comprendidos en aquella época, el debate tenía una dimensión política, pues se montaba sobre el análisis crítico de la experiencia del «socialismo real», factor que terminó siendo decisivo para la construcción del socialismo en Cuba. Aquellos que, con Charles Bettelheim, ponían el acento en la importancia y en la función reguladora de la ley del valor para la orientación de las decisiones económicas (precios, dirección de la producción...), atribuían un lugar muy importante en la economía planificada a los mecanismos de mercado y a la necesidad de otorgar una amplia autonomía financiera a las empresas. Además, insistían en el papel de los incentivos monetarios a la hora de incrementar la productividad del trabajo. Se trataba de hacer que socialismo y mercado fueran compatibles, de regular el mercado limitando su carácter capitalista y adaptándolo a las exigencias de un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Según Charles Bettelheim, en Cuba no había correspondencia entre las relaciones de producción y el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, y eso justificaba el funcionamiento de la ley del valor. El Che Guevara rechazaba ese vínculo mecánico entre relaciones de producción y nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.

Ernest Mandel defendió la posición del Che, argumentando:

En la época de la transición entre el capitalismo y el socialismo, aunque la producción mercantil y la economía monetaria sobrevivan parcialmente, los medios de producción dejan de ser mercancías en la medida en que circulan en el sector nacionalizado. Es un debate de apariencia bizantina, pero que tiene muchas consecuencias, sobre todo en relación con el grado de autonomía del Estado

Se trataba de hacer que socialismo y mercado fueran compatibles, de regular el mercado limitando su carácter capitalista y adaptándolo a las exigencias de un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.

en materia de toma de decisiones económicas. Pues la idea de que todo lo que uno produce en la época de transición es una producción mercantil, conduce a la conclusión de que la ley del valor sigue gobernando la economía. Pero todavía más grave para los estalinistas es la conclusión de que la autonomía de decisión está en realidad sumamente restringida, dado que no sería posible servirse de leyes económicas de hierro si estas siguen gobernando la evolución de la sociedad. Esa posición pseudomaterialista entra en contradicción total con la idea que tenía Marx sobre el período de transición. Y —este es el aspecto paradójico de la cuestión— esa posición teórica entra también en contradicción con el subjetivismo extremo de la práctica estalinista que, remitiendo constantemente a leyes económicas objetivas, fija precios arbitrarios y adopta una actitud aventurera en materia de planificación.

Quienes se oponían al Che Guevara criticaban este argumento en nombre de la necesidad de una disciplina financiera, asediada según ellos por el hecho de que «los gastos de las empresas siempre son cubiertos» y el déficit «no representa para ellas más que la no devolución de la inversión estatal». Afirmaban que para obligar a las empresas a ser rentables era necesario otorgarles autonomía financiera de gestión y someterlas a un cálculo económico muy estricto. Eso implicaba servirse considerablemente de los incentivos monetarios (estímulos materiales), con el fin de despertar interés en los trabajadores por el aumento de la productividad del trabajo y por la rentabilidad de la empresa. Ernest Mandel se oponía a esa idea:

Para ellos, todo lo que se produce en Cuba es mercancía. Por lo tanto, es necesario establecer criterios de rentabilidad para las empresas, es

El Che se pronunciaba en contra de la primacía de las relaciones monetarias y mercantiles en la construcción del socialismo, aun cuando no tenía la ilusión de que fuera posible eliminarlas súbitamente.

decir, es necesario aplicar un modelo de desarrollo económico inspirado en la Unión Soviética [...]. Una imitación fiel, cuando no servil, de la teoría y del modelo de organización estalinistas de la economía de la Unión Soviética, con todas las consecuencias que eso conlleva sobre la estructura política del Estado obrero.

En cambio, según Charles Bettelheim, la organización interna del sector socialista debía adaptarse a las exigencias del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. El francés insistía en «la necesidad objetiva de las leyes económicas» y citaba *Los problemas económicos del socialismo en la URSS*, libro de Iósif Stalin en el que este último ponía el énfasis en «la existencia de leyes económicas objetivas en la economía socialista» y donde demostraba, «sin extraer todas las consecuencias de su razonamiento, que esas leyes actúan también sobre la organización de la sociedad socialista».

Según Bettelheim,

[L]a existencia de las categorías mercantiles y de la moneda en el interior del sector socialista, implica que la socialización del trabajo todavía se realiza parcialmente por intermedio del mercado. Pero el mercado socialista, mediador de la socialización del trabajo, es modificado en su funcionamiento por el

desarrollo de las relaciones socialistas de producción. Gracias a dichas relaciones socialistas, los productores dejan de relacionarse exclusivamente a través de sus productos [...] y traban relaciones directas en tanto productores asociados.

El economista francés estimaba que «el carácter cada vez más complejo de la economía soviética, como el de otras economías socialistas, mostró que la idea de una desaparición rápida de las categorías mercantiles y del intercambio mercantil socialista era prematura: de ahí la importancia del espacio que debe reservarse a dichas categorías». Pero, a diferencia del ministro de Industria cubano, no sacaba de su razonamiento ninguna conclusión sobre el porvenir del socialismo en la URSS.

En respuesta, el Che Guevara observaba que «la historia jamás está determinada mecánicamente por una acumulación de fuerzas económicas». Criticaba ese modelo fijado de antemano por un «determinismo férreo», cuya existencia negaba. Guiado por consideraciones políticas y sociales, cuestionaba «la utilización de la ley del valor —ley fundamental del capitalismo— como instrumento de medida de la eficacia económica». De esa manera, se pronunciaba en contra de la primacía de las relaciones monetarias y mercantiles en la construcción del socialismo, aun



cuando no tenía la ilusión de que fuera posible eliminarlas súbitamente.

¿Qué tipo de centralización?

Otra de las cuestiones discutidas concernía al nivel de centralización de la gestión del sector estatal. Las empresas consolidadas reagrupaban unidades de producción pertenecientes a una misma rama, sistema juzgado demasiado centralista por los partidarios de la autonomía financiera, pues incluía a las estructuras de pequeña escala sin acordarles ningún margen de maniobra. Fidel Castro se unió a estos críticos en 1965 y definió el proceso como «una causa de burocratismo» que ilustraba «la indiferencia que muchos muestran respecto a la cuestión del rendimiento económico».

El ministro de Industria defendía un Sistema Presupuestario de Financiamiento, que implicaba financiar las empresas industriales con un presupuesto nacional bajo control centralizado de los ministros de Industria y de Finanzas. Justificaba dicha centralización y el control de las empresas estatales en función de las desigualdades económicas y territoriales: pequeño número de empresas, escasez de cuadros y necesidad de controlar completamente los recursos frente al embargo estadounidense. El control era fácil porque

Cuba había heredado una moderna red de comunicaciones instalada por las grandes empresas de Estados Unidos antes de la revolución.

Sin dejar de tener en cuenta las posibilidades reales del país, el Che Guevara proponía buscar inspiración técnica en los métodos más avanzados del capitalismo con el objetivo de fortalecer la centralización. Consideraba que la autonomía financiera de las empresas estatales implicaba poner en riesgo las prioridades decididas a nivel nacional en beneficio de las orientaciones sectoriales y dotar de demasiado poder a los directores en cuanto a inversiones y salarios. Juzgaba que era una propuesta prematura en una fase inicial de desarrollo: la restructuración del aparato productivo y la escasez de recursos planteaban la necesidad de incrementar los niveles de centralización. Luis Álvarez Rom, ministro de Finanzas, argumentaba en el mismo sentido: «La empresa no tiene un capital propio opuesto al del Estado, no acumula ni retiene entre sus fondos propios el resultante de su producción ni la reposición de sus gastos. En el sistema presupuestario, la compra y la venta no tienen lugar más que en los casos donde el Estado vende a otras formas de propiedad».

El otro tema de polémica concernía al sistema salarial, es decir, a la remuneración del trabajo. ¿Cómo



aplicar, en una fase de transición, el principio socialista de «a cada quien según su trabajo»? Ernesto Che Guevara ponía el acento en la necesidad de los «estímulos morales», fórmula con frecuencia malinterpretada. Concebía dichos estímulos como incentivos colectivos al trabajo, que debían ir de la mano de una política salarial estrictamente vinculada al desarrollo de cualificaciones específicas. Lo más importante era «elegir correctamente el instrumento de movilización de las masas», sin la cual todo socialismo está condenado al fracaso. Cuando lo acusaron falsamente de querer eliminar la remuneración material, el Che precisó: «No decimos que haya que excluir los estímulos materiales, pero pensamos que hay que luchar para que los estímulos morales sean determinantes en el trabajo de los obreros. Proponemos una fórmula mixta [...] con el fin de crear condiciones subjetivas que permitan acelerar la transición al socialismo».

Reivindicaba la necesidad de vincular los aumentos salariales con la formación profesional en función de la experiencia adquirida. Exigencia atendible cuando recordamos que Cuba era un país que carecía de técnicos, ingenieros y obreros calificados. Para el Che se trataba de establecer una jerarquía de calificaciones, de normas de trabajo y de salarios adaptados a la formación profesional. Criticaba la idea de vincular el salario con el rendimiento pues pensaba que, además

de favorecer la desigualdad, eso conducía a desmotivar a los trabajadores y a volverlos ineficaces en el mediano plazo. Se oponía al aumento de salarios de los directores a título de premio por los resultados de su gestión.

Por el contrario, con el fin de terminar con el despilfarro y aumentar la productividad del trabajo, los defensores de la reforma soviética preconizaban a la vez más autonomía para las empresas y un estímulo financiero más importante para los supervisores. Ernesto Guevara criticaba esa concepción: «Los cuadros “bolcheviques” muestran no tener el más mínimo espíritu de iniciativa y no manifiestan preocupación alguna por el bienestar general si no se los “estimula” materialmente, si no se garantizan sus privilegios, que consisten en ingresos todavía más elevados y en una autoridad cada vez mayor sobre sus subordinados». Temía que, en esa isla asediada, el recurso masivo a los incentivos monetarios terminara favoreciendo a la élite gobernante y debilitando la solidaridad de la población. En el mismo sentido, Ernest Mandel agregaba:

[E]s necesario evitar que se conviertan en un elemento de división y de disociación de la clase obrera, privilegiando, cuando sea posible, los estímulos colectivos y no los individuales, y eliminan-

do, cuando sea posible, el trabajo a destajo y otras prácticas de ese tipo que, repito, todos los especialistas verdaderos, es decir, los que no deforman la realidad, acuerdan en definir como económicamente insignificantes y susceptibles de producir efectos políticos y sociales desastrosos.

En realidad, lo que se oponía en este debate eran dos concepciones políticas distintas. Unos pensaban que la burocratización era producto de la administración del sistema centralizado del sector estatal; otros, como Guevara, pensaban que resultaba de las ventajas financieras concedidas a los directores de las empresas. El dirigente guerrillero temía los efectos de una organización fundada exclusivamente sobre los incentivos monetarios y buscaba evitar las diferenciaciones sociales que derivaban necesariamente de ellos. Escribía: «Volvemos a la teoría del mercado [...]. Toda organización mercantil está fundada en el estímulo material [...] y son los directores los que terminan sacando ventaja. Basta observar el último proyecto de la RDA, la importancia que asigna a la gestión del director, o mejor, a la retribución de la gestión del director». Para luchar contra la burocracia, el Che Guevara contaba con la educación, la conciencia revolucionaria y el ejemplo y combatía los privilegios de los dirigentes.

Unos pensaban que la burocratización era producto de la administración del sistema centralizado del sector estatal y otros pensaban que resultaba de las ventajas financieras concedidas a los directores de las empresas.

La conclusión personal del Che fue que había sufrido una derrota, no solo económica, sino también política.

Otro tema de polémica fue la planificación. Guevara tenía a cargo el seguimiento de los trabajos de la Junta Central de Planificación (JUCEPLAN), organismo que elaboraba la planificación general de inversiones, precios, etc. Charles Bettelheim había criticado unos resultados que consideraba negativos y los atribuía a una centralización excesiva de la gestión del sector estatal, que era una fuente de «demoras administrativas y burocracia». La elaboración de planes que terminaron siendo poco realistas —sobre todo a causa de la inexperiencia y de la falta de conocimiento sobre las capacidades productivas— condujo a una reorganización de la JUCEPLAN. La definición de los distintos programas quedó entonces a cargo de los ministerios y de las unidades de producción. También empezaron a distinguirse las situaciones de la agricultura y de la industria. René Dumont, ingeniero agrónomo francés, asesoraba a las cooperativas de producción agrícolas que gozaban de autonomía financiera después de la «situación casi catastrófica de 1963».

La última carta

Hoy sabemos qué pensaba el Che Guevara sobre el estado de la economía cubana gracias a una larga carta de treinta páginas que le envió a Fidel Castro el 26 de marzo de 1965, en vísperas de su partida hacia el Congo. La carta se publicó íntegramen-

te recién en 2019. *La Tizza*, blog independiente cubano, la reprodujo en su sitio el 9 de octubre de 2021, anotada y comentada por Aurelio Alonso, importante intelectual y sociólogo de la isla. Para Aurelio Alonso, «esta carta constituye sin duda un balance crítico excepcional de la marcha de la economía cubana durante los cinco primeros años de la Revolución».

Che Guevara se dirige a Fidel Castro y propone «hacer una crítica constructiva, por si puede servir para mejorar algunos problemas que continúan siendo graves». En ese último mensaje enumera los cuatro temas que pretende tratar: los errores de la política económica, el sistema de financiamiento presupuestario, la función del partido y una serie de consideraciones más generales. Su juicio es duro. Critica la «improvisación» y el «subjetivismo», una política «de bandazos» y el «tratamiento superficial [...] de todos los problemas de la economía». En cuanto a la planificación, afirma que los organismos impulsaron «planes que, solos, eran factibles de realizar pero que, tomados todos en su conjunto, hacían imposible el cumplimiento de las metas trazadas. Por esto también se han realizado una serie de inversiones no justificadas que variaban o suprimían antes de finalizar, pero también sin una justificación adecuada». También critica la dispersión y el desorden. El inventario es sin concesiones.



Guevara renunció al poder en marzo de 1965 y su partida fue anunciada recién en octubre, después de la formación del Comité Central del PCC, partido del que él nunca fue miembro. Como escribió René Dumont, «el Guevara revolucionario corrió al Guevara competente».

Antes de partir, la conclusión personal del Che fue que había sufrido una derrota, no solo económica, sino también política. Orlando Borrego, antiguo colaborador del Che, reproduce la correspondencia entre este último y un periodista, que confirma que la partida de Cuba estuvo vinculada a «diferencias de perspectiva». En efecto, hubo algo no dicho en el gran debate: las posiciones defendidas por Ernesto Guevara implicaban una crítica política radical del socialismo realmente existente. De hecho, en una entrevista de diciembre de 1962 con el *Daily Worker* de Londres, el Che ya había condenado públicamente al primer ministro soviético. Por supuesto, no era el único. Evocando la URSS, el presidente cubano Osvaldo Dorticos había dicho que, después de 1962, «hablábamos cada vez menos de comunismo y cada vez más de las ganancias de las empresas y del restablecimiento parcial de los mecanismos de mercado». Pero poco tiempo después, Fidel Castro se acercó a Moscú y cerró esos acuerdos cuyo alcance estratégico terminaría siendo nefasto a largo plazo.

Solemos atribuirle injustamente al Che la paternidad de la «ofensiva revolucionaria» comandada por Fidel Castro en 1967, cuando en realidad él estaba en Bolivia, donde fue asesinado en octubre. Alexis Codina Jiménez, economista cubano, recuerda que Fidel empezó a tomar las decisiones menos realistas a partir de 1967: eliminación de las bonificaciones y del pago de las horas extra, eliminación de los alquileres, gratuidad del servicio de teléfono, abandono de la organización del trabajo y de las normas elaboradas por el Ministerio de Industria. La nacionalización de los pequeños comercios, de las tiendas, de los mercados ambulantes, de la actividad de los pequeños artesanos, sumada a los desórdenes de la planificación, provocó más desorganización y agravó la situación económica. Aurelio Alonso destaca que para Ernesto Che Guevara el socialismo siempre implicó una sociedad donde coexistieran distintas formas de propiedad con preponderancia de la empresa estatal socialista.

El objeto de este texto fue a la vez contextualizar el «gran debate» de 1964 y mostrar su actualidad a la luz de la experiencia histórica. Pero hay que recordar que este debate, contradictorio y público, no tuvo respuesta. Las reformas económicas mercantiles finalmente puestas en marcha confirman el juicio del economista Janos Kornai de que, si exceden cierto límite, «las reformas introducen en el sistema elementos externos que minan su coherencia».●



Recetas para la agricultura del futuro

Conversamos con Jacques Chonchol, exministro de Agricultura del gobierno de Salvador Allende, sobre el rol de la agricultura en ese experimento históricamente único que fue la construcción del socialismo democrático en Chile.

Sabemos que Karl Marx nunca escribió «recetas para las cocinas del futuro». Pero es lícito imaginar que, para él, las cocinas de un futuro socialista producirían comida en abundancia para garantizar el bienestar de las clases trabajadoras. En el presente, sin embargo, el suministro alimentario global se encuentra en una situación de grave riesgo. Después de haber desaparecido de la agenda pública por décadas, el hambre es nuevamente uno de los problemas más apremiantes.

Distintos organismos multilaterales han venido encendiendo las alarmas sobre el efecto disruptivo que podrían tener choques climáticos, pandemias y fallas técnicas en una infraestructura logística transnacional cada vez más interdependiente. A esto se suma la impresionante captura corporativa del sistema alimentario que, como lo documentan numerosos estudios, ha permitido a un puñado de compañías multinacionales terminar por definir las grandes tendencias de producción y consumo de alimentos. El espectro de la inflación es también un recordatorio de las dinámicas de colusión, fijación arbitraria de precios y especulación, que se desprenden de una economía alimentaria cada vez más desregulada.

Ante esta suma de factores, la legitimidad del régimen alimentario neoliberal se ha visto cada vez más fracturada. Pese a esto, pareciera no existir una salida al estado de cosas existente. La discusión sobre las alternativas se mueve de manera dicotómica entre un ecomodernismo que celebra las soluciones tecnológicas y un ecologismo nostálgico que idealiza la agricultura premoderna. Ambas posturas, sin embargo, se caracterizan por una completa ausencia de fundamentos históricos sobre experimentos —ya sea fallidos o exitosos— en la complejísima misión de alimentar a grandes poblaciones en un mundo cada vez más urbanizado.

Conversar con Jacques Chonchol sobre la reforma agraria chilena del período 1967-1973, entonces, abre portales hacia una imaginación institucional, política y productiva mucho más expansiva. Chonchol no solamente fue Ministro de Agricultura bajo el gobierno de Salvador Allende, sino también consultor en distintas misiones internacionales. Además de ser un agrónomo con un vasto conocimiento empírico de los sistemas agrícolas latinoamericanos, fue un militante e intelectual que dedicó gran parte de su vida a concebir una vía no capitalista al desarrollo.



En esta conversación nos ofrece algunas claves para entender el rol que desempeñó la agricultura en ese experimento históricamente único que fue la construcción del socialismo democrático en Chile. A sus 94 años, discute con lucidez y generosidad lo que fue el esfuerzo por diseñar formas productivas intermedias que ofrecieran una alternativa tanto al colectivismo estatista de corte soviético como a la agricultura monopolista del capitalismo y a la ineficiencia del minifundio campesino. También deja en evidencia la aspiración que tuvo la Unidad Popular por elevar las capacidades materiales, políticas y subjetivas del campesinado y las clases rurales ampliamente consideradas.

La reforma agraria no era vista como un simple mecanismo de redistribución de tierras o de modernización productiva; su fin último era el de entregar herramientas mediante las cuales la ciudadanía organizada podría eventualmente ejercer el autogobierno tanto en la *polis* como en la economía. Las enseñanzas que se desprenden de este proceso histórico, de esta manera, resultan ineludibles para cualquier proyecto que aspire a la democratización de la estructura productiva del sistema agroalimentario.

MA | La reforma agraria chilena ha sido considerada una de las más masivas y transformadoras implementadas durante el siglo XX. Quizás uno de los aspectos más destacables es el hecho de que fue llevada a cabo por un régimen que, pese a su vocación revolucionaria, se comprometió con el respeto y la defensa de las instituciones democráticas republicanas. ¿Qué factores hicieron posible aquel proceso?

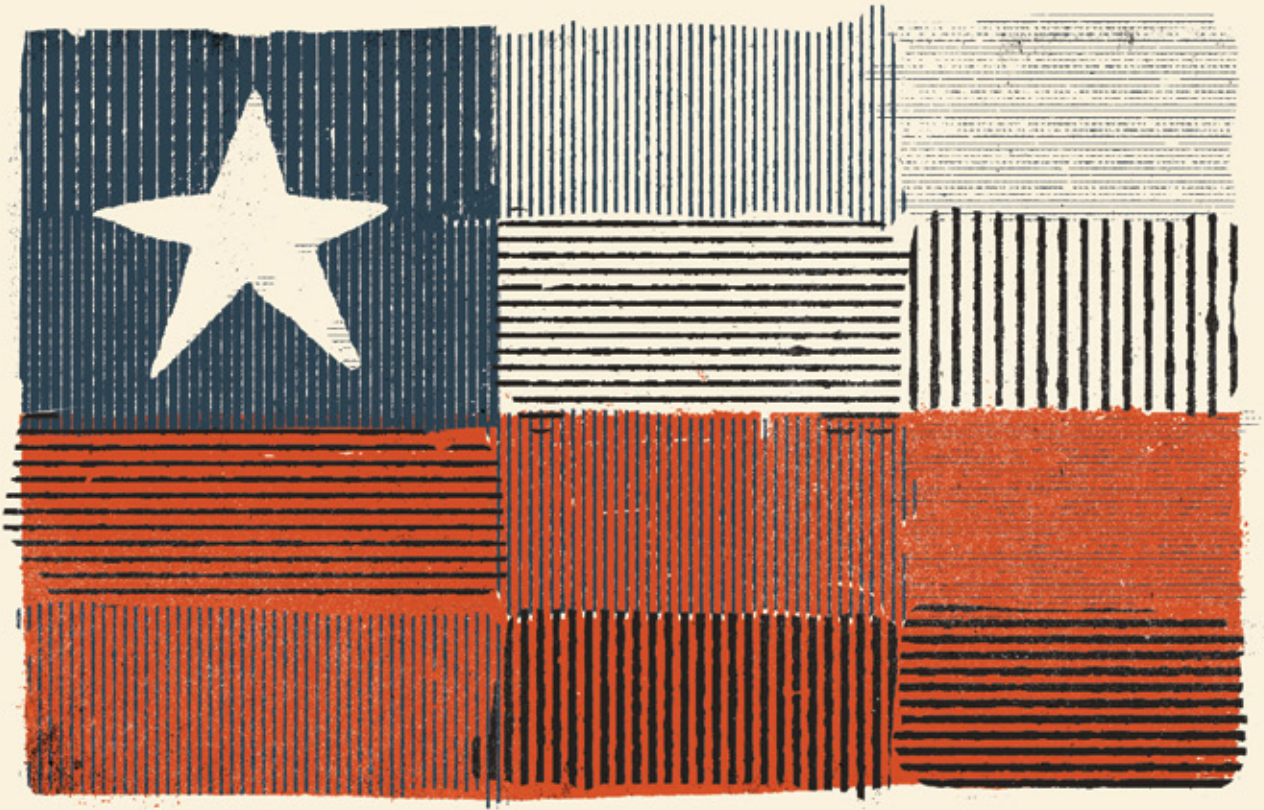
JC | Fue un proceso largo. La reforma agraria se había planteado como una necesidad muchas veces, pero nunca se habían creado las condiciones políticas favorables para ella. Estas condiciones empezaron a crearse, yo diría, a fines de los años cincuenta. En primer lugar, por el hecho de que, internamente, los partidos de izquierda y la Democracia Cristiana afirmaban la necesidad de una reforma agraria que no solamente mejorara la situación del campesinado chileno, sino también que aumentara la producción y la productividad. Pero además existieron una serie

de acontecimientos internacionales que colaboraron para que fuera posible. Uno de estos acontecimientos fue la Revolución Cubana, pues una de sus primeras acciones fue una importante reforma agraria, cosa que tuvo mucho impacto en América Latina.

Un segundo acontecimiento, íntimamente relacionado con el anterior, fue que, para neutralizar de alguna manera los efectos de la Revolución cubana, el presidente Kennedy decidió no seguir apoyando a los mismos grupos conservadores de América Latina, y en cambio respaldó a grupos medios que planteaban una serie de reformas. Entonces idearon una política que se llamó «Alianza para el Progreso», plasmada en una conferencia que tuvo lugar en Montevideo en el año 1961, a la que asistieron muchos representantes de los países de América Latina e inclusive vino de Cuba el Che Guevara. Como consecuencia de la Alianza para el Progreso, el gobierno de los Estados Unidos les empezó a plantear a los gobiernos conservadores de América Latina que si no implementaban una serie de reformas estructurales (entre las cuales estaba la reforma agraria) no iban a tener ayuda económica y financiera de los EE. UU. Esto caló hondo en el gobierno conservador que había en ese momento en Chile, que era el de Jorge Alessandri.

También hay que mencionar el rol desempeñado por los organismos internacionales en esa época. La CEPAL, la FAO y otros organismos estaban insistiendo en que una reforma agraria era fundamental para el desarrollo futuro de América Latina; inclusive crearon un organismo de estudio que se llamó Centro Internacional de Desarrollo Agrícola (CIDA), que realizó una serie de estudios en países latinoamericanos como Colombia, Perú, Chile, Argentina y Brasil, demostrando la importancia que tenía la reforma agraria.

Todo eso llevó a que la primera reforma agraria, la Ley de Reforma Agraria que tuvimos en Chile en el año 1962, con el gobierno conservador de Alessandri, de cierta manera ya sirvió de justificación intelectual y política de la necesidad de una reforma agraria. Esto ya no solo era promovido por los partidos de izquierda y la Democracia Cristiana, sino que era reconocido también por los partidos y el gobierno de derecha.



MA | Si bien los gobiernos de Jorge Alessandri (1958-1964) y de Eduardo Frei Montalva (1964-1970) prestaron atención a la cuestión de la reforma agraria, hay diferencias importantes entre las medidas implementadas por estos gobiernos y las que posteriormente impulsaría el gobierno de Allende. ¿En qué radican esas diferencias?

JC | El gobierno de Frei se había comprometido a entregar tierras a través de la reforma agraria a cien mil familias campesinas, pero apenas entregó tierras a un poco más de treinta mil. Aún así, logró que se organizaran en sindicatos alrededor de cien mil campesinos y también organizó a muchos pequeños agricultores en comités y en cooperativas. Pero, de todas maneras, había una frustración acumulada, porque cuando los procesos sociales comienzan tienen una dinámica en la que crece cada vez más la presión.

Entonces cuando llegó el gobierno de Allende se en-

contró con el compromiso de profundizar la reforma agraria. Y eso es lo que efectivamente hizo: hasta que vino el golpe de Estado, en el gobierno de Allende se expropiaron 6 millones y medio de hectáreas. Esto significa que el latifundio prácticamente había desaparecido de la superficie de Chile.

Sin embargo, empezó a surgir un problema, el del uso de las tierras expropiadas. La Ley de Reforma Agraria establecía que todo propietario de más de 80 hectáreas era expropiable: si eras un buen agricultor tenías derecho a una reserva de hasta 80 hectáreas y el excedente era expropiado. La ley establecía que toda tierra expropiada pasaba por un período intermedio llamado «asentamiento», en el que el Estado todavía mantenía la propiedad de la tierra y los campesinos ponían su trabajo. La idea era que durante ese período se capacitaría a los campesinos, no para trabajar la tierra, cosa que sabían hacer muy bien, sino para las relaciones externas del predio (con los bancos, con

las firmas de maquinaria agrícola, con las firmas de fertilizante y todo eso).

Al final de ese periodo transitorio, que duraba de 3 a 5 años, se asignaba la tierra en propiedad de los campesinos. Las formas de asignación eran varias: las tierras podrían asignarse en unidades familiares y no divisibles por herencia (pues el otro gran problema que había en Chile era el minifundio); otra parte podía ser asignada a la gran explotación, a través de una cooperativa formada por los propios campesinos o de un sistema mixto... Ahora bien, ese «asentamiento» tuvo algunas dificultades. Primero, cuando el propietario era un buen agricultor, se quedaba con la reserva — que eran las mejores tierras—, con las instalaciones que había en esas tierras, con el ganado y la maquinaria, porque la Ley de Reforma Agraria consideraba la expropiación de la tierra pero no del capital. Muchos de los asentamientos quedaban descapitalizados.

Al mismo tiempo, quienes tenían preferencias para la asignación futura de las tierras eran los que se llamaban «inquilinos», que eran campesinos que habían vivido como familia dentro de esa tierra, de padres a hijos, que tenían derecho a tener una casa, tenían regalías, un pedazo de tierra para su cultivo personal y otras cosas, y que trabajaban casi gratuitamente para el propietario. Pero había otros campesinos ligados también a esas tierras que venían de afuera (como los afuerinos, que llegaban en la época de cosecha o los medieros, que trabajaban durante la siembra o trabajaban el fundo con el patrón y dividían el producto de la cosecha en partes iguales). Entonces había conflictos de los campesinos con el patrón, porque se quedaba con las mejores tierras, las instalaciones y el ganado. Pero también había conflicto entre los campesinos, porque estos otros campesinos que no eran inquilinos querían también ser beneficiarios de la reforma agraria.

El gobierno de Allende entonces creó los consejos campesinos, una figura que buscaba que todas las organizaciones campesinas de una comuna —sindicatos, cooperativas, asociaciones indígenas— partici-

paran en la conducción de la reforma agraria. Además de todas estas reformas, se implementó una medida que consistió en restituirles tierras a los campesinos indígenas, particularmente a los mapuches. Pero ahí hubo conflictos dentro del gobierno en la aplicación de esta nueva medida, que no estaba contemplada en la ley sino que había sido establecida por decreto. En estas circunstancias, muchas veces la Democracia Cristiana —que había sido partidaria de la reforma agraria— se oponía a esta nueva forma de organización, alegando que suponía formas disimuladas de colectivización rural.

Pese a toda esta serie de conflictos que se le plantearon al gobierno de Allende, a menudo profundizados por la escasez de recursos, la reforma agraria se aceleró.

MA | También me gustaría conocer su experiencia sobre la relación del gobierno con el pueblo mapuche. Hay un cortometraje muy emotivo de Raúl Ruiz, *Ahora te vamos a llamar hermano*, en el que se retrata el momento en el que Allende viaja a la Araucanía para anunciar la Ley Indígena de 1972.

JC | La relación con el pueblo mapuche atravesó varias etapas. Apenas asumió Allende llegó una invitación de una serie de comunidades mapuches para que fuera a Temuco. Ellos querían entregarle un proyecto de ley indígena que habían elaborado en las comunidades. Allende fue y me tocó acompañarlo, pues yo era Ministro de Agricultura en ese momento. Hubo un acto muy importante en el estadio de Temuco, en el que le entregaron ese proyecto de ley. Allende lo tomó, lo hizo suyo y se comprometió a tramitar la ley en el parlamento, donde posteriormente fue promulgado en 1972. Tras la promulgación de esa ley, se creó una Dirección de Asuntos Indígenas. El primer director que nombramos era un intelectual indígena que se llamaba Daniel Colompil, quien planteó el problema del desarrollo indígena y empezó a organizar una serie de actividades en esa línea.

Pero al mismo tiempo estaba el problema de las

tierras usurpadas. Desgraciadamente, la ley de reforma agraria no decía nada sobre los indígenas en específico, pues se los consideraba campesinos igual a cualquier otro. Entonces a Allende se le ocurrió la idea de trasladar el Ministerio de Agricultura a Temuco, la capital de la Araucanía, por un tiempo. Desde allí se buscó ajustar los criterios de la Ley de Reforma Agraria para que aquellas tierras del sector reformado que hubieran sido usurpadas pudieran ser devueltas a los mapuches.

Por esa vía se logró recuperar cerca de 150 000 hectáreas de tierras que habían sido usurpadas. Y se esperaba poder seguir completando este proceso redistributivo. La Dirección de Asuntos Indígenas, además, tuvo un papel muy importante desde que fue creada en 1962, pues apoyó el mejoramiento de las condiciones de vida de los indígenas. No se pudieron resolver todos los problemas porque eran de larga data, pero indudablemente el esfuerzo fue muy significativo, y eso fue reconocido por los líderes indígenas de esa época.

MA | Volviendo a la relación entre la reforma agraria y la dimensión más urbana del país. Si bien la reforma agraria se desarrolló principalmente en la ruralidad, en las ciudades también se estaba llevando a cabo un importante esfuerzo por expandir el consumo a los sectores populares bajo una agenda de «alimentación popular». A finales del 71 se configuran las JAP (Juntas de Abastecimiento y Control de Precios), que se convierten en una instancia que amplifica la participación popular en la cadena de suministro. ¿Existió alguna relación entre lo que sucedía en ese momento en el agro con lo que se estaba dando con las cadenas de abastecimiento en las ciudades?

JC | Durante el primer año del gobierno de Allende se aceleraron mucho las expropiaciones y al mismo tiempo se hicieron una serie de reformas urbanas. Se dio mucha importancia a la organización sindical urbana y hubo una política de redistribución de ingresos hacia los sectores populares. Todo esto aumentó



la demanda, particularmente el consumo de alimentos básicos. Durante el primer año de Allende, la producción agrícola creció más o menos un 6%, pero la demanda creció un 12% y solo se pudo cubrir la diferencia con importaciones. El país tenía recursos para importar y por lo tanto hubo un cierto equilibrio entre consumo y oferta de alimentos.

Eso cambió al año siguiente, en 1972. Primero, tuvimos condiciones climáticas muy desfavorables. El invierno fue muy duro; las siembras de invierno se atrasaron y las queríamos recuperar con la siembra de primavera que venían después, pero resulta que en ese momento, con la tensión política que había, se sucedieron una serie de huelgas, entre las que se contó la huelga de camioneros. Esta huelga dificultó mucho el transporte de equipos, maquinarias, semillas y también atrasó la siembra. Por lo tanto, las cosechas que se tuvieron a finales de 1972 y comienzos de 1973 eran insuficientes para la demanda, que estaba creciendo mucho debido a las políticas de redistribución de ingreso.

Si bien las condiciones de vida de la gente habían mejorado mucho, también había una especulación muy grande. Muchos de los sectores medios cuando había dificultades para el abastecimiento empezaron a comprar mucho más de lo que necesitaban. Para enfrentar este fenómeno de especulación alimentaria, el gobierno tuvo que crear en las zonas urbanas la figura de las JAP, con el fin de regular un poco mejor las condiciones de distribución de alimentos. Y ahí hubo un proceso muy importante en el que indudablemente hubo escasez, porque ya no podíamos seguir exportando, no teníamos recursos suficientes, y había un boicot externo a las exportaciones de cobre de Chile, lo que indudablemente disminuía las divisas. Entonces, hacia finales de 1972 y comienzos de 1973, tuvimos una serie de problemas de desabastecimiento, que se intentaron resolver a través de estas JAP pero que no siempre tuvieron éxito, porque la condición se fue haciendo cada vez más complicada.

MA | En el año 2018 usted publicó un pequeño libro titulado *Por una nueva reforma agraria para Chile* (Lom). ¿Cree que se pueden dar las condiciones necesarias para una nueva ola de reformas agrarias en Chile y en otros lugares del mundo?

JC | Bueno, las condiciones han cambiado. Hoy en día no se pueden proponer las mismas cosas que hace cincuenta años, pero no cabe la menor duda que hay muchos problemas que se están planteando en la agricultura que son urgentes, como el apoyo a una agricultura campesina, el apoyo a un sindicalismo rural, etc. En Chile, por ejemplo, un problema serio que se ha creado es la extensión de los monopolios y de los monocultivos forestales, con las consecuencias que esto tiene sobre el agua. El acaparamiento del agua es uno de los problemas más serios que hemos tenido en los últimos años, y que lo vamos a seguir teniendo si no se vuelve a una idea que la reforma agraria impulsó y desarrolló, porque las aguas son un bien nacional de uso público. Es decir que no puede haber propiedad privada del agua, como hoy día sucede.

En fin, hay una serie de aspectos que son muy importantes, como lo plantean muchas veces las organizaciones campesinas. La seguridad alimentaria interna es uno de esos aspectos. Hoy día, por ejemplo, en el caso chileno se ha desarrollado la agricultura por estación, pero paradójicamente muchos de los alimentos básicos —como las leguminosas y los cereales— los tenemos que traer de afuera, y eso indudablemente crea inseguridad en tiempos de pandemia, como está ocurriendo actualmente. ●

* Esta entrevista se llevó a cabo en noviembre de 2020, en el marco del proyecto «50 años: la cultura en la Unidad Popular» del Centro para las Humanidades de la Universidad Diego Portales (Santiago de Chile).



Pasado Futuro

DISCULPA LA RUDEZA DE ESTE MODELO.
NO TUVE TIEMPO DE CONSTRUIRLO A
ESCALA NI DE PINTARLO



Trabajar en un estado obrero

Nunca fue fácil comprender desde fuera las vivencias de los trabajadores en el socialismo de Estado.

En un Estado obrero, los intereses de la clase trabajadora son como un partido de fútbol ideológico y político: la clase dominante dice representar los intereses de los trabajadores, y eso lleva a que la oposición o los intelectuales disidentes nieguen dicha pretensión y declaren que son sus propios intereses los que mejor representan el mundo proletario. Esos debates pasan por encima de las cabezas de los trabajadores pues, irónicamente, en un Estado obrero no existe ningún órgano que represente sus intereses específicos. Los trabajadores no son dueños de su propio discurso y, salvo el caso de una oleada de huelgas inesperadas, no hablan por sí mismos.

Si uno quiere empezar a entender cómo es trabajar en un Estado obrero, lo primero que debe hacer es —como hice yo— evitar a los intelectuales y entrar directamente en la morada oculta de la producción.

En 1985 trabajé durante seis meses como fundidor en la Acería Lenin de Miskolc (Hungría). En 1986 volví a trabajar en la misma planta durante dos meses. Lo mismo hice en 1987, y desde entonces retorné dos veces al año hasta 1990. En aquella época, la Acería Lenin empleaba a alrededor de 12000 obreros y producía cerca de un millón de toneladas de acero (siendo una de las tres plantas acereras que había en Hungría, no dejaba de ser una empresa muy ineficiente según los estándares internacionales).

Fue una mañana helada de febrero de 1985 cuando empecé mi primer turno en el enorme convertidor de oxígeno básico. En ese momento la producción era escasa. Yo estaba conversando con Feri, encargado de limpiar la lanza de oxígeno, cuando Stegermajer, el supervisor de la planta, entró a los gritos ordenándonos barrer el suelo.

La mirada de indignación que distinguí en el rostro de mi compañero no dejaba lugar a duda sobre su



Al no estar a la altura de su propia ideología como Estado obrero, el socialismo autoritario llevaba implícita una autocrítica.

valoración de la directiva. ¿A quién se le ocurre mantener limpia una planta siderúrgica? En cualquier caso, ese no era el trabajo de Feri. Pero el semblante amenazador de Stegermajer bastó para que nos convenciéramos de que no había lugar a debate, así que tomamos las escobas y empezamos a limpiar el lugar. Por supuesto, no tardaron en formarse nubes de polvo y grafito que se asentaban en la jurisdicción de limpieza encomendada a otros trabajadores.

En la Acería Lenin la agresividad y los gritos parecían haberse convertido en un estilo de vida. Los jefes estaban nerviosos. ¿Qué los tenía tan preocupados?

Tan pronto como terminamos de barrer y sacamos a luz una opaca coloración de tonos verdes y amarillos, llegaron unos pintores que hicieron brillar las instalaciones durante algunos minutos, antes de que el polvo y el grafito se asentaran de nuevo.

«¿Esto es normal?», me preguntaba.

Al día siguiente los pintores siguieron con su trabajo y escuché que una delegación visitaría el lugar, aunque a nadie le importaba saber quiénes eran, por qué venían ni cuándo llegaban. Sin embargo, no pasaron muchos días hasta que nos enteramos de que no sería una visita común y corriente. Nos visitaría nadie menos que el primer ministro.

La rampa automática, que transportaba los elementos de aleación desde los depósitos subterráneos hasta la cuchara de fundición y que estaba rota hacía semanas, de pronto había entrado en un proceso de reparación. Ya no tendríamos que llenar la carretilla con palas y transportarla nosotros mismos a través de la rampa, levantando a nuestro paso esas nubes de materiales causantes de silicosis.

Gracias a Dios por la visita del primer ministro.

Nos habían ordenado detener la producción el último viernes antes de que llegara nuestra gran



autoridad. Con sus tanques de acetileno, los soldados formaban una incómoda fila cerca del convertidor. Noté que nuevas puertas, pintadas de plateado y equipadas con cañerías de agua que evitaban la deformación de los materiales, rodeaban la máquina. Hordas de jóvenes que trabajaban en las cooperativas del barrio revoloteaban por el lugar y daban a la obra sus toques finales.

La preparación era tal que daba la sensación de que estábamos por poner en órbita un satélite. Los soldados quitaban la nieve de las entradas de abajo y removían los escombros descubiertos en el proceso. El anuncio de la visita del primer ministro había movilizado a todo el pueblo.

Recuerdo que entré en el comedor y encontré a Józsi maldiciendo: «Esto es una acería, no una farmacia». Lo habían obligado a vestir overol, casco y guantes nuevos. Lo miré con cierto descreimiento, fingiendo no haber entendido del todo lo que había dicho. «Ni siquiera vas a estar trabajando cuando llegue el primer ministro», dije. Me miró como si yo fuera un marciano. «¿Y eso qué tiene que ver? Todo el mundo tiene que cumplir. Esta política es pura fachada».

Así que partimos a buscar nuestros nuevos trajes y volvimos puliendo sarcásticamente nuestros cascos. No era tan importante: cinco minutos después, ni qué decir del próximo martes, estaríamos sucios de nuevo.

...

Un día nos tocó hacer un turno comunista. Cada tanto trabajamos un turno extra a título de caridad y en apoyo a los hospitales de niños o al teatro nacional. Es una forma de impuesto socialista. Esa vez nos en-

comendaron pintar el cajón de residuos, una enorme máquina que remueve los restos de arrabio mientras la cinta avanza con rumbo al convertidor.

No había suficientes pinceles. Solo pude encontrar uno empapado en pintura negra. ¿Qué podía pintar de negro? ¿Por qué no las herramientas más preciadas de los fundidores, es decir, las palas?

Apenas había comenzado mi difícil labor cuando Stegermajer se me acercó completamente loco, agitando su casco en una mano y con la cabeza inclinada: estaba listo para pelear. «¿Qué mierda estás haciendo?», gritó. «Estoy pintando las palas de negro», repliqué con tanta inocencia como pude.

Mi respuesta no le causó ninguna gracia, así que rápidamente agregué: «¿No sobra algún pincel para que ayude a los compañeros?». Y apenas escuché que no había más, lejos de conformarme, rematé con osadía: «¿Entonces no puedo colaborar en la construcción del socialismo?».

Mis compañeros soltaron la carcajada, divertidos como estaban con el «profesor» estadounidense que quería construir el socialismo. Hasta Stegermajer cedió después de la intervención de Józsi: «¡Ay, ay ay! No entendiste nada. No estás construyendo el socialismo: estás pintando el socialismo. Y encima, ¡lo estás pintando de negro!».

Todo indica que el socialismo solo puede evocar una imagen de eficiencia poniendo a sus trabajadores a colaborar desesperadamente en la fabricación de un disfraz ridículo. Esa capa de pintura colocada por encima de las realidades sórdidas del socialismo es a la vez una apariencia de brillo, racionalidad y justicia.

De esa forma, el socialismo se convierte en un elaborado juego de pretensiones mutuas en el que todos saben que están fingiendo, pero al que no obstante están obligados a jugar. Es una mezcla entre realidad inconsistente y apariencia artificial que termina conformando una realidad propia.

Sucede que en el proceso de pintar un mundo de eficiencia y justicia nos volvemos mucho más sensibles a la ineficiencia y a la injusticia. En el socialismo de Estado, esta yuxtaposición ritual de lo real y lo imaginario no estaba restringida a ciertos momentos excepcionales. Era una parte integral de la vida fabril: las elecciones de los sindicatos, las conferencias sobre productividad, la competencia entre brigadas socialistas y los turnos comunistas. En la medida en que encarnaba en prácticas reales, el simulacro asume involuntariamente una vida propia, convirtiéndose en una crítica espontánea de la sociedad existente y en una fuerza potencial capaz de alumbrar una sociedad alternativa. Muy distinto es el juego capitalista en el que los trabajadores consienten espontáneamente a sus clases dirigentes sin sospechar el sistema de dominación y la ineficiencia a las que están sometidos.

Bajo el socialismo nos exigían que colocáramos una capa de pintura sobre la injusticia y la irracionalidad, y que dibujáramos sus opuestos en la superficie. Las mismas condiciones que quedan ocultas en el proceso de participación de la producción capitalista —es decir, las verdaderas relaciones de producción— eran la preocupación central de todos los jugadores en la producción socialista. Por supuesto, las empresas tenían un interés que las llevaba a participar de esos rituales. Detrás de la irracionalidad opera siempre una forma de racionalidad.

El crecimiento de las empresas capitalistas depende de su rentabilidad; el crecimiento de las empresas socialistas dependía de la inversión estatal. Por ejemplo, como dije, había tres plantas acereras en Hungría. La intensa competencia por la distribución de los materiales disponibles había terminado dividiendo el interés común de expandir los recursos de toda la industria. Con el fin de beneficiarse de las inversiones, cada empresa debía demostrar sus méritos. Como no existía ningún objetivo claro que definiera la eficiencia de las empresas, lo más importante era crear una apariencia de adecuación a los valores socialistas de racionalidad y justicia.

Ese es precisamente el motivo por el que la dirección de la fábrica tuvo que pintar la Acería Lenin cuando el primer ministro decidió visitarla: el mandatario debía convencerse de que la empresa estaba a la vanguardia de la construcción socialista. Esa misma lógica llevó a que construir el socialismo fuera equivalente a pintarlo, proceso que no dejaba de realzar la enorme brecha que separaba lo que es de lo que debería ser y profundizaba la conciencia crítica de los trabajadores y de los directores.

Sin embargo, la fachada del socialismo de Estado no podía durar para siempre y su irracionalidad terminó volviéndose obvia para todo el mundo. La absurdidad de pintar una planta siderúrgica se convirtió en una metáfora de la absurdidad del socialismo, incapaz de alcanzar las promesas encarnadas en sus rituales. Mientras tanto, la irracionalidad del capitalismo está oculta en su misma reproducción, en su negación de la imaginación de que existe una alternativa, negación que el colapso del socialismo de Estado no hizo más que acentuar. ●



Socialismo y democracia

La discusión sobre el tipo de democracia que debería ponerse en pie en el marco de una sociedad de transición al socialismo es ya muy vieja y, sin embargo, seguimos sin contar con un proyecto compartido dentro de la izquierda anticapitalista. No han faltado para ello, desde que el movimiento obrero irrumpiera en la historia como actor colectivo, sucesivas experiencias que han podido prefigurar una democracia alternativa a la liberal-capitalista, ni tampoco debates y contribuciones de interés vinculadas al marxismo y al pensamiento crítico en general.

De la Comuna de París a la Revolución rusa

Podríamos remitirnos a la Comuna de París como el primer laboratorio en el que los fundadores del materialismo histórico encontraron un esbozo de democracia alternativa a la del Estado liberal imperial vigente. Conocidas son las características que en aquellos 72 días se fueron llevando a la práctica: abolición del ejército permanente; elección por sufragio universal (aunque solo para los varones) de representantes, basada en el mandato imperativo y en la rotatividad y revocabilidad de los mismos, con unos ingresos iguales al salario medio de un obrero; extensión de la elección por sufragio universal a las diferentes instituciones (guardia nacional, magistratura, etc.); concentración de po-

deres legislativo y ejecutivo en el Consejo comunal, federalismo desde abajo. Todo ello como manifestación de la aspiración compartida a una República democrática, social y universal. Con todo, cuestiones como el mandato imperativo o la no separación de poderes fueron ya entonces polémicas: la primera, porque podía impedir la deliberación, y la segunda, porque podía implicar una concentración peligrosa de poder.

Más tarde, las experiencias de la Revolución rusa —trionfante— y de la alemana —derrotada—, con la aparición de los consejos de obreros, soldados y campesinos, delimitaron un nuevo marco de debate: por fin habían surgido nuevas instituciones alternativas a las parlamentarias que podían ser la base principal del poder constituyente emergente de los nuevos Estados posrevolucionarios. Sin embargo, ya desde el inicio de esos mismos procesos la relación de este nuevo tipo de órganos de poder con las Asambleas Constituyentes fue controvertida. Las críticas de Rosa Luxemburg en *La Revolución rusa* a Lenin y a Trotsky respecto a esto último, alertando frente a «la confusión entre la excepción y la regla» y recomendando la necesidad de convocar nuevas elecciones a una Asamblea constituyente con un nuevo censo, así como el respeto al pluralismo político y a las libertades políticas básicas son de sobra conocidas.

La democracia socialista es un bello anhelo, pero para que sea una realidad resulta indispensable recuperar viejos debates y explicitar las formas que debería adoptar en el siglo veintiuno.

Pero menos conocidas son las reflexiones que procedieron del austromarxismo y, en particular, de Max Adler. Ya en 1919, este representante de su ala izquierda defendía un modelo híbrido entre parlamento y consejos obreros, a los que reconoce como la nueva forma de poder que se había ido extendiendo no solo en Rusia sino también en otros países (como Hungría y Baviera y la misma Austria) pese a que llegaron a tener corta vida. Una propuesta que luego desarrolló distinguiendo entre «democracia política» —que crítica por darse en el marco de una sociedad de clases— y «democracia social», horizonte al que aspirar en el camino hacia un Estado sin clases. Esta última idea aparece complementada en 1926 con los conceptos de «soberanía del pueblo» y «socialización solidaria» como fundamentos de una educación socialista que permita avanzar hacia una democracia social.

Se trató, a resumidas cuentas, de una serie de críticas y propuestas que alimentaron intensos debates entre la socialdemocracia internacional y los nuevos partidos comunistas, pero que pronto se verían frustrados a medida que se producía el ascenso del estalinismo en la URSS. Frente a éste, el *modelo* de la Revolución rusa, basado en una democracia consejista, se erigía como referente incuestionable dentro de las filas de la izquierda antiestalinista a la hora de hacer frente tanto al liberal-parlamentarismo como al despotismo burocrático estatal del llamado «socialismo real».

Con todo, tras la Segunda Guerra Mundial es obligado mencionar el proceso vivido en Yugoslavia a partir de su ruptura con la URSS: la constitucionalización de la autogestión, en 1950, y los sucesivos ensayos de diferentes cámaras de representación actuando de forma colegiada (pese a que se veían constreñidas por el sistema burocrático de partido único y la creciente y tensa coexistencia con sectores vinculados al mercado) apuntaron hacia fórmulas nuevas, seguidas con interés por parte de la *nueva izquierda* occidental. La descomposición posterior de aquel *país de países*, empero, condujo pronto al olvido de lo que fue un verdadero foco de atracción y de enseñanzas todavía útiles para futuros proyectos de socialismo democrático y autogestionario.

A la búsqueda de una nueva institucionalidad democrática

Fue en el contexto internacional de los años 70 del pasado siglo, bajo el efecto del 68 global —en el que confluyeron luchas antiimperialistas, anticapitalistas y antiburocráticas—, cuando se abrió una nueva fase en la búsqueda de un proyecto socialista radicalmente democrático, con muy diferentes aportaciones en el ámbito del marxismo occidental. Las reflexiones de Nicos Poulantzas, Ralph Miliband y Ernest Mandel, cada una en su contexto, buscaron recuperar algunas de las cuestiones controvertidas del debate

En el contexto internacional de los años 70 del siglo pasado, bajo el efecto del 68 global, se abrió una nueva fase en la búsqueda de un proyecto socialista radicalmente democrático.

antes mencionado entre Rosa Luxemburg, por un lado, y Lenin y Trotski por otro.

Tras su crítica al «estatismo autoritario» capitalista en ascenso, Poulantzas planteó la pregunta con toda claridad en el capítulo final de *Estado, poder y socialismo*, su última obra publicada en 1978:

Cómo emprender una transformación radical del Estado articulando la ampliación y la profundización de las instituciones de la democracia representativa y de las libertades (que fueron también una conquista de las clases populares) con el despliegue de las formas de democracia directa en la base y el enjambre de los focos autogestionarios: aquí está el problema esencial de una vía democrática al socialismo y de un socialismo democrático (Poulantzas, 1979: 313).

Un problema que había abordado ya en trabajos anteriores y que no llegó a resolver en ese capítulo, ya que se centró principalmente en la búsqueda de una estrategia de transformación radical del aparato de Estado en el marco de una transición hacia un socialismo democrático que se basara precisamente en esa combinación de instituciones de la democracia representativa con nuevos órganos de poder a escala territorial y fabriles. Su fallecimiento al año siguiente no le permitió proseguir su investigación sobre esta y otras cuestiones afines.

Miliband abordó esta problemática en varios trabajos (en diálogo con Poulantzas, entre otros) pero quizás sea en su última etapa, en el artículo «Reflexiones sobre la crisis de los regímenes comunistas» y en *El socialismo para una época de escepticismo* donde podemos encontrar una mayor sistematización de sus propuestas.

En el primero, después de un balance crítico de los que definía como «regímenes colectivistas oligárquicos» del extinto bloque del Este, ponía el acento en la necesidad de que un proyecto socialista establezca diferentes «controles del poder», tanto dentro del Estado como desde fuera: ello supone, sostiene, «un sistema de “poder dual” en el que el poder estatal y el poder popular se complementan, pero también se controlan». A esto añadía lo que definía como el «principio humano» del socialismo: la capacidad de «convencer a la mayoría de la gente de que representa no solo una mayoría material y un uso más racional de los recursos de lo que el capitalismo es capaz de hacer, sino que también representa un gobierno más humanitario» (Miliband, 1993: 36-38).

En su última obra concreta más sus tesis anteriores, propugnando que la centralidad del proyecto democrático ha de estar en una nueva constitución que establezca el diseño de un proceso de transición al socialismo: «El constitucionalismo ha sido a menudo un baluarte frente a la intrusión democrática en los intereses de clase inamovibles, pero también es crucial para la protección de los derechos básicos». Una constitución que, según Miliband, debería incorporar la separación de poderes pero a la vez limitar el alcance de las decisiones del poder judicial para que no se erija por encima del parlamentario (cuestión que ha sido y sigue siendo central en los procesos de cambio vividos en muchos países). En cuanto a la arquitectura institucional democrática, apuesta claramente por combinar democracia participativa con democracia representativa y territorial, deseablemente federal.

Sin embargo, Miliband no olvida una premisa fundamental de todo lo anterior: la condición de posibilidad de una democracia socialista «depende totalmente de una socialización creciente de la eco-

nomía», o sea, de «la disminución drástica de las desigualdades que caracterizan a las sociedades capitalistas». Desigualdades que, junto a las de clase, las derivadas del patriarcado y del racismo, así como la crisis ecológica, ya había analizado críticamente en trabajos anteriores.

Los escritos de Ernest Mandel, por su parte, que debaten con Poulantzas y Miliband pero también con Norberto Bobbio, trazan una interesante evolución, que llegará a su madurez en *Poder y dinero*, su última gran obra, publicada originalmente en 1992. Si en sus artículos en polémica con el eurocomunismo son evidentes las diferencias que mantiene respecto a la caracterización del Estado y a la estrategia a desarrollar para alcanzar el socialismo, no por ello rechaza la hipótesis de que en el marco de una democracia socialista pudiera haber una combinación de democracia representativa y democracia directa:

Sobre la cuestión de saber si hace falta o no una asamblea elegida por sufragio universal al lado de un congreso de consejos obreros en el marco de una democracia socialista, podríamos discutir sin acalorarnos demasiado unos y otros, una vez destruido el poder económico y el poder de Estado de la burguesía. Esta no es más que una cuestión táctica, no una posición de principio (1977: 295).

En *Poder y dinero* da nuevos pasos en sus reflexiones mediante una contribución más sistemática en el último capítulo, insertándola en la tendencia a la «autoadministración, abundancia y extinción de la burocracia». Para ello defiende la necesidad de unas precondiciones políticas: el crecimiento de una democracia política (plural e integral, multipartidista y respetuosa de las libertades políticas), la necesidad de complementar las formas representativas —indirectas— por un amplio abanico de expresiones

directas de democracia, o el uso a gran escala del referéndum, caminando hacia un sistema «donde los derechos de un organismo de tipo parlamentario estén limitados por los derechos de otras cámaras (nacionalidades, mujeres, productores, etc.)» (Mandel, 1994: 285-288).

Junto a esas precondiciones políticas, Mandel defiende que tiene que haber unas condiciones sociales para llevarlas a cabo: principalmente «una severa reducción de la jornada diaria (o semanal) de trabajo», ya que «no se puede dar un progreso cualitativo real hacia la autogestión a menos que el pueblo tenga el tiempo necesario para administrar los asuntos de su lugar de trabajo o de su barrio [...] sin contar la “segunda jornada” de la mujer en el hogar» (1994: 288-289). Una medida que debería ir acompañada por el más amplio acceso a la información y por una política educativa capaz de elevar el nivel mínimo de cultura general y habilidad profesional.

Ambas condiciones políticas y sociales tendrían que ir unidas a las económicas que, según Mandel, deberían basarse en una definición correcta de la «abundancia», entendida como «saturación de la demanda» pero teniendo en cuenta «los peligros que amenazan a los recursos no renovables de la tierra y al medio natural» (1994: 296). Todas esas condiciones deberían ir acompañadas de la «socialización (apropiación social) de una gran parte del producto social exce-

Las condiciones de posibilidad de una democracia socialista exigen un proceso previo de ruptura con el capitalismo protagonizado por un nuevo poder constituyente soberano dispuesto a proceder al desmantelamiento, desburocratización y desmilitarización del Estado.

dente, justificada tanto por razones de justicia social como de eficacia económica» (1994: 308).

En resumen, pese a las diferencias estratégicas existentes entre estos pensadores, se puede reconocer su coincidencia en la apuesta por una democracia mixta, capaz de reflejar la pluralidad en todas las esferas de la nueva sociedad en construcción y no restringirse a un *modelo* consejista basado exclusivamente en los centros de trabajo. Asimismo, comparten también la firme reivindicación de las libertades políticas, los derechos fundamentales y la necesidad de un garantismo jurídico que pueda poner freno a toda tendencia autoritaria.

Paralelamente, más allá del ámbito occidental y a partir, sobre todo, de los años 90 del pasado siglo, han ido emergiendo nuevas experiencias de autogobierno que hoy siguen vivas. Los Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas (MAREZ) en Chiapas y el confederalismo kurdo son ejemplos de ello. Ambas, con sus respectivas tradiciones comunitarias, enlazan con el hilo rojo de la Comuna de París y van más allá: representan prácticas democráticas que buscan superar el paradigma nacional-estatalista y demoliberal desde una mirada anticolonial, plurinacional, ecosocial y feminista. También podríamos referirnos al caso de la Democracia Participativa Local y Descentralizada en el Estado de Kerala o a otros —limitados a la escala municipal y más constreñidos por el contexto neoliberal— como el que tomó como referencia los Presupuestos participativos en Porto Alegre (Brasil), muy popularizado en el marco del movimiento antiglobalización y de los Foros Sociales Mundiales.

Es obligado mencionar, finalmente, las olas de movilización popular que en algunos países de América Latina (como el «ciclo rebelde» de 2000 a 2005 en Bolivia) crearon las condiciones para la apertura de procesos constituyentes participativos e innovadores en reconocimiento de derechos y distintas formas de democracia (como la comunitaria), si bien con desigual fortuna en su materialización posterior. En ellos hemos podido comprobar cómo se ha ido enriqueciendo la agenda de temas de debate y de propuestas en torno a proyectos de democracia y de sociedad alternativos al neoliberalismo.

¿Qué democracia socialista?

Apoyándonos en estos y otros debates que no hemos podido incluir en este sucinto recorrido, creo que se pueden desprender algunas premisas de partida a la hora de abordar un proyecto de democracia socialista. Entre ellas, la necesidad de superar viejas falsas dicotomías (entre la economía y la ecología, entre ambas y la política, entre producción y reproducción, entre Norte y Sur, entre lo privado y lo público, entre ciudadanía y extranjería...) con el fin de alcanzar una democratización radical del conjunto de esas esferas. Asimismo, la centralidad estratégica que han de alcanzar las estructuras de contrapoder popular en todo proceso revolucionario pero, a su vez, la necesidad de combinarlas con formas institucionales de democracia representativa, liberándolas de las constricciones de todo tipo existentes bajo el capitalismo, como la mejor vía para expresar la voluntad general del nuevo *demos* en toda su pluralidad y diversidad.

Para todo ello deberemos partir de la convicción de que las condiciones de posibilidad de una democracia socialista exigen llevar a cabo un proceso previo de ruptura con el capitalismo, protagonizado por un nuevo poder constituyente soberano dispuesto a proceder al desmantelamiento, desburocratización y desmilitarización del Estado y a hacer incursiones en la propiedad privada de los sectores clave de la economía. Así se podrá caminar hacia la socialización de bienes públicos y comunes y al reparto de los trabajos y los tiempos, mediante una planificación democrática de la transformación del sistema productivo y la generalización de la autogestión a partir de consejos económicos y sociales electos desde la escala empresarial hasta las escalas superiores. Tales tareas, además, exigen una revolución político-cultural que apueste por un ecosocialismo feminista, anticolonial, antirracista y superadora de toda forma de explotación, dominación o despotismo.

Todo ese proceso debería ir acompañado por el pleno desarrollo de las libertades políticas y de los derechos fundamentales a partir de una concepción republicana antioligárquica, antipatriarcal y laica de la ciudadanía, con el fin de impulsar procesos deliberativos y participativos que combinen formas directas y comunitarias (autoorganización, asambleas, comunalismo), semidirectas (referéndum, iniciativas legislativas populares...), indirectas o representativas —o, más bien, delegadas— (con rotatividad y revocabilidad, salario igual al medio de un un/a trabajador/a...) y formas paritarias en sus distintas escalas y ámbitos (territorial, plurinacional y pluricultural, económico, político, de géneros...). Que incluya mecanismos de elección por sorteo para determinadas iniciativas deliberativas o instituciones y que articule, en resumen, un reparto abierto de competencias y legitimidades en el marco de una poliarquía institucional, social y transversal alejada de modelos presidencia-

les y plebiscitarios y capaz de lograr consensos y/o mayorías concurrentes, pero a su vez de respetar el derecho al disenso.

Un Estado de transición al socialismo, en conclusión, deberá ser un Estado de derecho, basado en un garantismo y un pluralismo jurídicos que recojan las conquistas democráticas alcanzadas a lo largo de la historia dentro de un equilibrio entre los distintos poderes, todos ellos sometidos a formas de elección, control y revocabilidad por parte de la ciudadanía.

Last but not least, todo lo anterior no debe hacernos olvidar que cualquier proyecto de democracia socialista que no llegue a extenderse a escala internacional se va a ver sometido a amenazas externas e internas que plantearán conflictos y dilemas difíciles de resolver por el nuevo bloque histórico hegemonizado por las clases hasta entonces subalternas. Saber asumirlos y superarlos de forma que eviten una involución autoritaria del proceso será sin duda un reto fundamental e ineludible. ●

Referencias

Mandel, Ernest (1977) «Le PCF, l'eurocomunisme et l'État», en E. Mandel, *Critique de l'eurocomunisme*, Paris, Maspéro.

.....(1994) *El poder y el dinero*. Madrid: Siglo XXI.

Miliband, Ralph (1993) «Reflexiones sobre la crisis de los regímenes comunistas», en Robin Blackburn (ed.), *Después de la caída*. Barcelona: Crítica.

.....(1994) *El socialismo para una época de escepticismo*. Madrid: Fundación Sistema.

Poulantzas, Nicos (1979) *Estado, poder y socialismo*. Madrid: Siglo XXI.

Samary, Catherine (2010) «La autogestión yugoslava. Por una apropiación plural de los balances. Contra un entierro programado», *Viento Sur*, 12/05





Cinco lecciones sobre la emancipación de las mujeres

La autora de *Por qué las mujeres disfrutaban más del sexo en el socialismo* (Capitán Swing, 2019) repasa algunas de las políticas de género aplicadas por los Estados socialistas del siglo pasado y las consecuencias concretas que tuvieron sobre la vida de las mujeres.

1

El capitalismo perpetúa el sexismo estructural

Mientras la parte de la población que tiene bebés sea solo la mitad del total, los empleadores capitalistas —que asumen que las madres restan tiempo de la fuerza de trabajo para dedicarse al cuidado de los niños— aprovecharán para pagar menos. Desde su punto de vista, las mujeres son trabajadores menos confiables. Aun si una no quiere tener hijos, el mero hecho de que tenga un útero hará que los empleadores estén siempre preocupados por la posibilidad de que lo use.

Los economistas hablan de discriminación estadística. En una economía de libre mercado, los empleadores privados asumen que las mujeres, en tanto clase trabajadora, valen menos que los hombres a causa de

su biología reproductiva y, consecuentemente, pagan menos por su fuerza de trabajo. Cuando una pareja heterosexual decide tener una familia, en ausencia de un servicio de guardería adecuado tiene sentido que uno de los padres se quede en casa; y es probable que sea el que tiene el salario más bajo, que en la mayoría de los casos es la mujer. Cuando una mujer abandona su lugar de trabajo para quedarse en casa o trabaja solo media jornada, no hace más que perpetuar la idea de que las mujeres son trabajadores menos confiables o dedicados. Es un círculo vicioso. La única forma de resolverlo es creando una red de seguridad social que permita que las familias jóvenes combinen la crianza con el trabajo, y una cultura que acepte que las mujeres son capaces de combinar la maternidad con sus carreras. En ese sentido, de Alemania del Este a Hungría, el socialismo de Estado del siglo XX nos dejó muchos ejemplos.

2

Nuestras sociedades deberían valorar más honesta y generosamente el trabajo no remunerado realizado por las mujeres en la esfera privada

Cuando se trata de pensar la maternidad, el cuidado de los ancianos y otras formas de trabajo doméstico y tareas no remuneradas, debemos comprender que en la mayoría de las sociedades son las mujeres las que realizan esas actividades y que la definición de ese rol obedece a una construcción cultural. En mi libro *Por qué las mujeres disfrutaban más del sexo bajo el socialismo* (Capitán Swing, 2019) escribí mucho sobre las políticas que aplicó Europa del Este con el fin de fortalecer la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo. Esas políticas permitían que las mujeres coordinaran mejor las tareas que plantea la crianza de los niños y las actividades laborales.

Cuando el socialismo de Estado colapsó, toda esa asistencia estatal desapareció de pronto. Vemos que está sucediendo lo mismo en Europa occidental y en todos los países donde los gobiernos son forzados a aplicar medidas de austeridad. Esas medidas desmantelan las redes de seguridad social que compensan el trabajo no remunerado de las mujeres: los jardines y las guarderías cierran, disminuye la cantidad de camas en los hospitales, se recortan las jubilaciones, etc. Pero eso no implica la desaparición del trabajo que conlleva el cuidado de los niños, de los ancianos y de los enfermos. Ese trabajo solo pasa de la esfera pública a la esfera privada, y recae principalmente sobre las espaldas de las mujeres. Las mujeres hacen ese trabajo gratuitamente en sus hogares. El capitalismo es un sistema económico que extrae plusvalor de los trabajadores de la economía formal, pero también explota a las personas que trabajan en la economía informal y que, lamentablemente, suelen ser en su mayoría mujeres.

Antes de aplicar medidas de austeridad, los gobiernos hacen las cuentas. Saben perfectamente lo que están haciendo cuando recortan el presupuesto de los planes sociales y desmantelan las redes de asistencia estatal. Saben que están desplazando todo ese trabajo a la esfera privada. Saben que están ahorrando dinero a costa de las mujeres. Aunque el socialismo de Estado del siglo XX no era perfecto, y las mujeres de los países donde existió debían lidiar con las cargas del trabajo doméstico, intentó emplazar, en la medida de lo posible, ese trabajo en la esfera pública mediante la creación de guarderías y jardines de infantes, comedores, geriátricos y también mediante la provisión de subsidios por hijos y licencias por maternidad pagas en todos los sectores de la economía.



3

Deberíamos fomentar la independencia económica de las mujeres, y eso implica darles más libertad y la posibilidad de elegir parejas en función del amor, la atracción y el afecto mutuo

Los países que apoyan la independencia económica de las mujeres mediante la socialización de la crianza y de otras formas de trabajo doméstico no remunerado permiten que las mujeres tengan más control sobre sus propias vidas. Eso implica que tienen más libertad a la hora de elegir pareja. Cuando las mujeres tienen más independencia económica, son capaces de tomar decisiones sin miedo de caer en la pobreza o de fracasar en la crianza de sus hijos. Y cuando dependen menos de los hombres en términos económicos, tienen más libertad a la hora de abandonar relaciones abusivas, insanas o insatisfactorias.

Básicamente, cuando las mujeres tienen independencia económica, someten su valoración de los hombres a estándares más elevados. En Estados Unidos, casi el 25% de las mujeres menores de 65 años accede a su obra social a través de su marido. Por lo tanto, si una mujer decide abandonar su matrimonio, también decide abandonar su obra social. Muchas mujeres están atrapadas en sus relaciones porque tienen una enfermedad y no pueden pagar el servicio médico. Europa del Este es un caso extremo: durante los últimos treinta años, los gobiernos vienen aplicando políticas deliberadas de «refamiliarización» que pretenden devolver a las mujeres a los hogares y mantenerlas a distancia de la fuerza de trabajo. Estas políticas tienden a incrementar su dependencia económica. En Rusia, por ejemplo, es más lógico buscar un marido rico que hacer una carrera propia.

Cuando las mujeres son más independientes y cuentan con una red de seguridad social más amplia, como sucedía con frecuencia en el socialismo, tienden a formar pareja con compañeros a los que realmente aman.

4

La incorporación de las mujeres en la fuerza de trabajo, aun si responde a motivos puramente oportunistas, es una de las condiciones de su emancipación

Es esencial comprender que después de 1917 en la Unión Soviética y después de 1945 en Europa del Este, los países socialistas promovieron la emancipación de las mujeres por motivos económicos. En la Unión Soviética era una necesidad porque habían muerto demasiados hombres durante la Primera Guerra Mundial y durante la Guerra Civil. Obviamente, en Europa del Este también habían muerto muchos hombres durante la Primera Guerra Mundial. Después de 1945, esos países debieron recurrir al trabajo de las mujeres para reconstruir sus economías, sobre todo porque habían sido excluidos de los generosos fondos del Plan Marshall.

Muchos dirigentes socialistas se comprometieron con la emancipación de las mujeres de la boca para afuera y pusieron esa retórica al servicio de la explotación. Era un compromiso simbólico y meramente oportunista, pero eso no lo hacía menos real. Y las mujeres supieron aprovechar la oportunidad. Cuando analizamos la tradición del socialismo europeo, que abarca desde los socialistas utópicos como Flora Tristán, Charles Fourier y Henri de Saint-Simon, notamos que la emancipación de las mujeres siempre formó parte de la perspectiva socialista de la emancipación obrera. También es así en el caso de Engels. August Bebel y Clara Zetkin escribieron sobre el tema. Y lo mismo hizo Lenin. En los años 1920, Aleksandra Kolontái intentó concretar ese viejo sueño.

Aunque es una historia poco conocida, en todos los países del bloque del Este hubo muchas mujeres que ocuparon cargos importantes en los partidos comunistas y que forzaron a sus colegas hombres a mantenerse a la altura de sus compromisos ideológicos con el socialismo. Por último, muchas mujeres comunes, comprometidas con la emancipación en términos ideológicos, empezaron a exigir su realización práctica. Entonces, aunque comenzó como algo simbólico, la retórica de la emancipación de las mujeres terminó transformando actitudes reales, prácticas y marcos legales, sobre todo durante la Década de las Mujeres de las Naciones Unidas, en el marco de la cual los derechos de las mujeres se convirtieron en un área de rivalidad entre las superpotencias soviética y estadounidense.

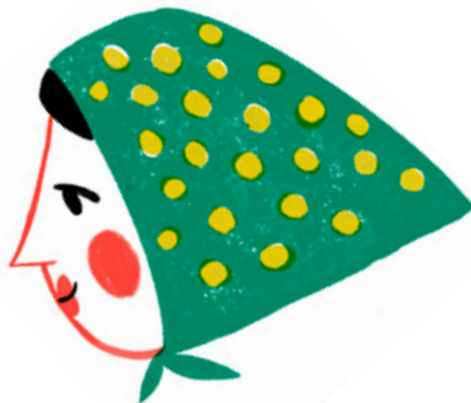
5

Deberíamos reconocer que las políticas implementadas por los distintos países con el fin de asistir a las familias y a las mujeres fueron diferentes, y que no todos los Estados socialistas fueron iguales

Uno de los objetivos fundamentales de mi libro es explorar el amplio espectro de políticas y experiencias de vida que tomaron cuerpo durante el siglo XX en el marco del socialismo de Estado de Europa del Este. Con demasiada frecuencia, los medios de comunicación dominantes y el discurso popular tienden a reducir toda esa historia a la experiencia particular de la Unión Soviética de Stalin. Sin embargo, eso implica dejar de lado muchos matices importantes entre los distintos países y entre los distintos períodos en un mismo país.

Por ejemplo, la economía planificada de la URSS fue muy distinta del «comunismo *goulash*» de Hungría y del socialismo autogestionario de Yugoslavia. En cuanto a la emancipación de las mujeres, las políticas también fueron muy distintas. Polonia, Checoslovaquia y la RDA implementaron políticas de educación sexual excelentes y tendieron a proteger los derechos reproductivos de las mujeres. Entre 1957 y 1966, Rumania legisló el aborto en términos bastante liberales, aunque después el gobierno aplicó una de las políticas pronatalistas más agresivas del bloque del Este, que básicamente forzaba a las mujeres rumanas a tener hijos o a poner en riesgo sus vidas practicando abortos clandestinos. En la Unión Soviética, el aborto fue legal entre 1920 y 1936, ilegal entre 1936 y 1955, y legal de nuevo entre 1955 y 1991.

Una de las primeras cosas que hicieron los rumanos después de 1989 fue legalizar el aborto. Los polacos, en cambio, lo prohibieron. Los distintos países también aplicaron políticas diferentes sobre la jornada laboral de las mujeres y las licencias por maternidad. En fin, cuando homogeneizamos toda la historia del socialismo de Estado del siglo XX, perdemos de vista el dinamismo y los debates que rodearon la aplicación de esas políticas.●





Volver al Futuro

¿CARRETERAS?
A DONDE VAMOS NO
NECESITAMOS CARRETERAS



La República Popular de Walmart

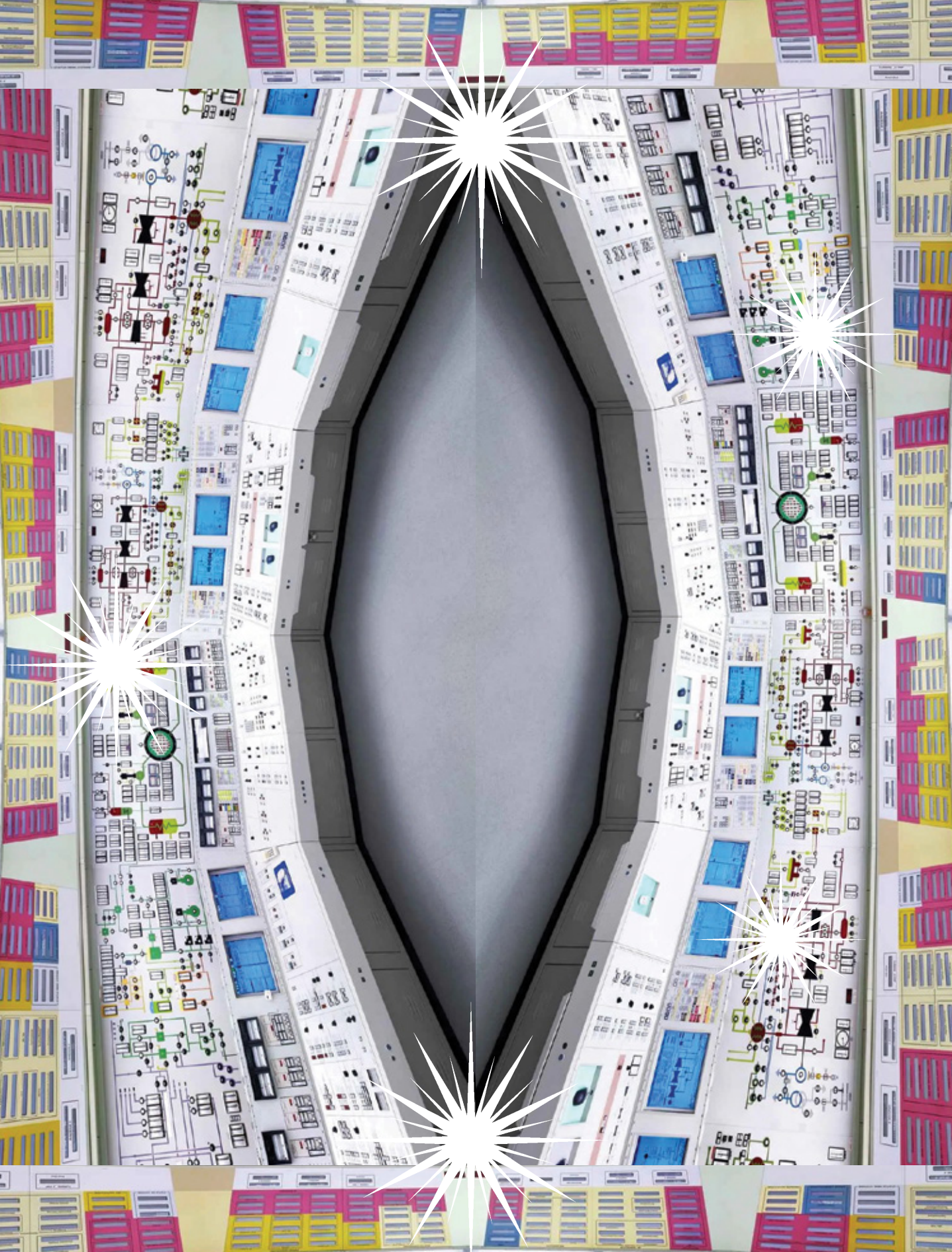
La maravilla de la planificación económica
está desarrollándose ante nuestros ojos.
Walmart no es nuestra brújula, pero
muestra que la planificación es viable.

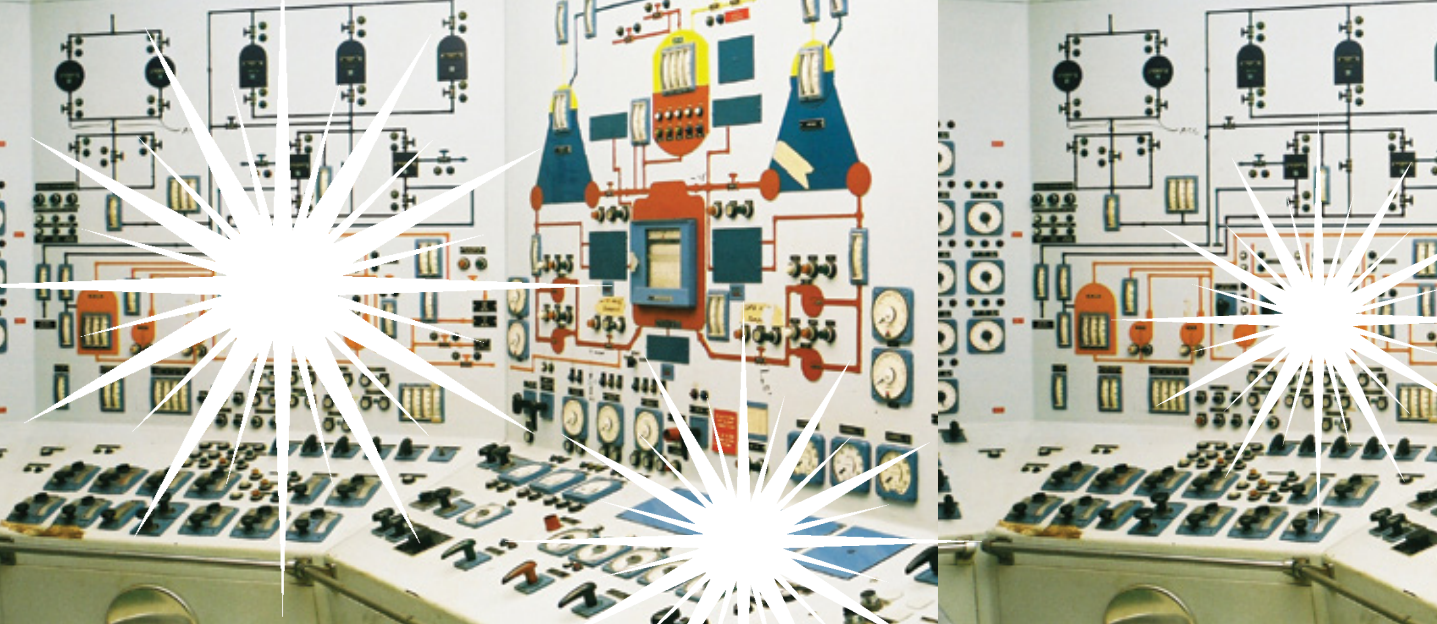
Aunque tendemos a pensar que los gigantes como Amazon y Walmart no son más que la máxima expresión del capitalismo de libre mercado, Leigh Phillips y Michal Rozworski proponen una perspectiva distinta y los analizan como ejemplos destacados de planificación centralizada. Por supuesto, planificación no es sinónimo de democracia, y la pregunta que deberíamos hacernos es si podemos poner a servicio de nuestro bienestar los instrumentos asombrosos que estas empresas utilizan con dudosos fines sociales.

En búsqueda de una respuesta conversamos con los autores de *The People's Republic of Walmart: How the World's Biggest corporations are Laying the Foundations for Socialism* (Verso, 2019), que nos llevaron a repasar la historia del debate sobre el cálculo socialista, la cuestión de la viabilidad de una planificación socialista completa y hasta los efectos que está teniendo el capitalismo sobre las industrias de la música pop y de los videojuegos.

NA | El debate de los años 1920 sobre el cálculo económico en el socialismo parece indicar un momento único en la historia moderna. Sabemos que el motivo de la controversia, de la que participaron muchos economistas destacados, era definir cuál era el sistema económico óptimo, si el capitalismo o el socialismo. Ahora bien, ¿quién ganó el debate?

MR | En realidad, la esencia del debate sobre el cálculo económico en el socialismo era definir si la economía socialista era posible. Una de las primeras balas en la disputa fue el artículo de Ludwig von Mises, «Economic Calculation in the Socialist Commonwealth». El argumento era que la economía planificada era imposible porque la magnitud de cálculo necesaria para armonizar todas las partes de la economía, es decir, el problema de alinear perfectamente la oferta y la demanda de productos, era demasiado vasto como para ser resuelto por cualquier humano





o computadora y, después de todo, el mercado era el mecanismo más adecuado para hacerlo. El punto de Von Mises era que cualquier intento de hacer ese tipo de cálculo prescindiendo del mercado estaba destinado al fracaso y a la catástrofe.

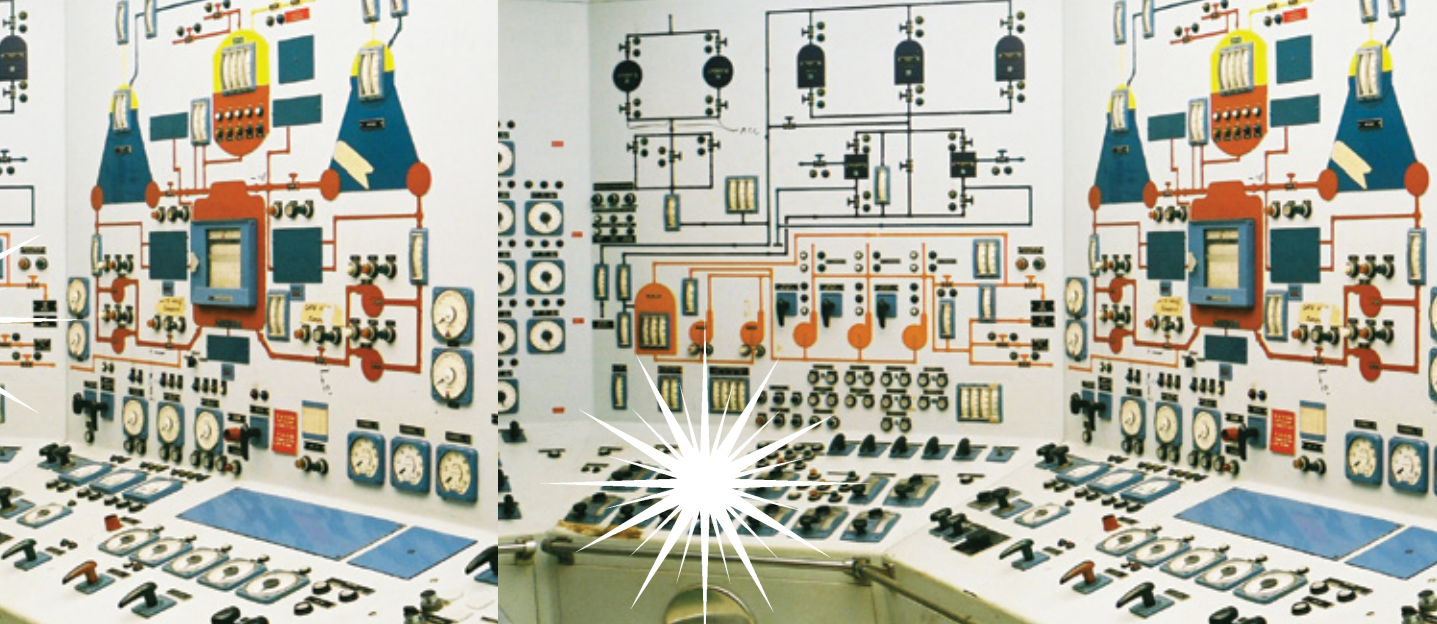
Por supuesto, debemos tener en cuenta que el debate se desarrolló en los años 1920. La Revolución rusa había triunfado, y la intervención de Von Mises, al menos en parte, era una respuesta al Sóviet de Baviera y a las fuerzas que presionaban a favor de la realización de una verdadera revolución socialista en Alemania. Aunque el disparo apuntaba más específicamente contra Otto Neurath, socialista austriaco. Mientras trabajaba en el Ministerio de Defensa de Austria, Neurath había notado que muchos de los cálculos de una economía de guerra aplicaban también en el caso del socialismo. Por lo tanto, el debate comenzó en realidad con una propuesta positiva de Neurath que postulaba una economía totalmente planificada.

Cuando Von Mises argumenta que el socialismo es imposible tanto en términos intelectuales como prácticos, y que su implementación llevará inevitablemente al desastre económico, está respondiéndole a Neurath. Más tarde, en los años 1930, el debate se prolongó con la intervención de Oskar Lange, economista socialista polaco que estaba convencido de haber demostrado que Von Mises estaba equivocado. Lange decía que la economía socialista era posible incluso en los términos de la economía neoclásica. Argumentaba que se podía reemplazar el mecanismo de los precios de mercado, considerado por los economistas neoclásicos como el medio de distribución

de recursos más racional, por un sistema de «precio sombra» o «precio social», un tipo de cálculo hecho por planificadores que iguala la oferta y la demanda. Para muchos economistas esa propuesta bastó para poner fin al debate.

La polémica cesó durante un tiempo, hasta que en los años 1940 apareció Friedrich Hayek, último gran protagonista que la retomó y la encaminó en una dirección ligeramente distinta. Hayek sostenía que aun cuando los cálculos asociados con la planificación económica fueran posibles, el mercado era más que una mera calculadora de precios. También era una forma de lo que suele denominarse «descubrimiento de información». De esa manera, el mercado adoptaba una capacidad casi mística de comunicar información relevante para tomar decisiones sobre inversión, producción, etc. Hayek hablaba del mercado como de un mecanismo que permitía, a través de la magia de los incentivos y de los precios, acceder a un nivel casi místico de información privada que manejaban individuos y estaba contenida en las empresas capitalistas.

Como sea, la intervención de Hayek desplazó todo el debate. Antes, Oskar Lange y otros economistas de izquierda habían aceptado hasta cierto punto los términos de las tendencias dominantes de la economía y habían intentado argumentar a favor de la viabilidad del socialismo sobre esa base. Pero llegó Hayek y dijo: dejando de lado el tema de la viabilidad, debemos tener en cuenta toda una serie de supuestos sobre la conducta y la racionalidad humanas. El economista argumentaba que, más allá de las conclusiones sobre la viabilidad técnica en torno a



las que giraba el debate sobre el cálculo, la naturaleza humana estaba definida por un individualismo profundamente arraigado que bastaba para invalidar los principios de toda economía socialista.

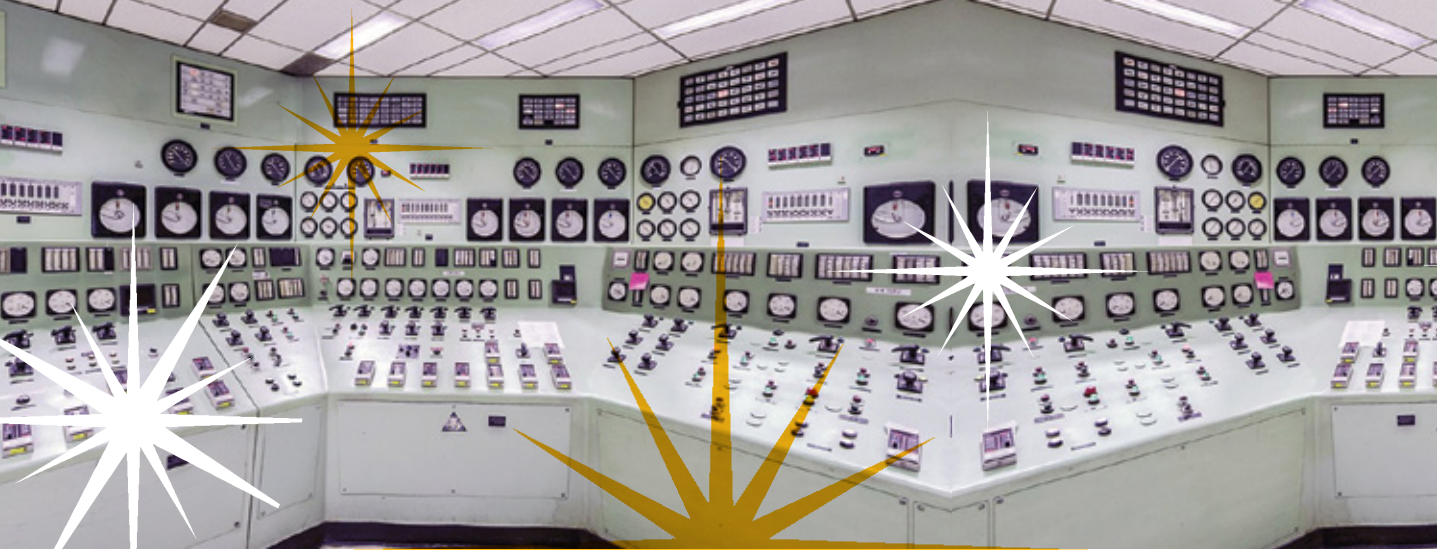
LP | Lo único que agregaría es que el costado neoclásico o conservador del debate sobre el cálculo económico en el socialismo ponía en juego una doble crítica del socialismo que no deja de ser muy potente. La primera parte de esa crítica tiene que ver específicamente con el cálculo, o, más bien, con la imposibilidad de cualquier cálculo humano o informático que presuponga operar con una infinidad sin medida de variables en las cadenas de suministro, producción y distribución. La segunda, con el descubrimiento, que no remite exclusivamente a un problema de «descubrimiento de información», en el sentido de «datos», sino también a un conocimiento tácito —o informal— sobre los procesos de producción. Por ejemplo, la diferencia entre las preferencias que decimos tener y nuestras preferencias reales, y todas las cosas que necesitamos o deseamos sin saber. En cualquier caso, es probable que esta siga siendo hoy la crítica intelectual más importante contra la factibilidad del socialismo.

Otro tema crucial que debemos comprender sobre la crítica neoclásica de la planificación es que en teoría valía contra cualquier tipo de planificación. Es decir que, según esa perspectiva, incluso la planificación en un sector o parte de la economía implicaba una menor eficacia. Como socialistas que intentamos resolver este debate, debemos tener en cuenta que existen, por un lado, la planificación económica, y por otro las economías planificadas. En otros términos, en toda

economía planificada existe planificación económica, pero no toda planificación económica implica la existencia de una economía planificada. Es una distinción fundamental, pues si el peso de la razón en el debate sobre el cálculo cae del lado de los defensores del mercado, cualquier forma de propiedad pública es menos eficiente que la propiedad privada.

NA | Entiendo que es una de las diferencias que destacan en su libro. El hecho de que empresas como Amazon o Walmart sean eminentemente logísticas y utilicen estrategias de planificación no mercantiles, no significa que la economía capitalista en términos generales sea en sí misma una economía planificada. Por lo tanto, aunque exista algo de planificación económica bajo el capitalismo, siempre debemos tener en mente que el capitalismo es una economía de mercado. ¿Eso implica que debemos concluir que economía socialista y planificación económica son sinónimos?

MR | Creo que sí. Efectivamente, nuestro libro muestra que existe mucha planificación en el capitalismo pero, como dijo Leigh, eso conduce a realzar la importancia de la distinción entre economías planificadas y planificación económica. Ahora bien, economía planificada no implica necesariamente industrialización masiva y planes quinquenales. Básicamente, significa que la producción y la distribución están subordinadas a las necesidades humanas, o, en términos más clásicos, que la economía está orientada por valores de uso y no por la acumulación de dinero. Por lo tanto, pienso que es justo concebir que la economía socialista es una economía planificada.



Pero, por otro lado, como dijiste, uno de los mensajes más importantes de nuestro libro es que existe mucha planificación en el capitalismo, aunque suele ser invisible porque se desarrolla entre los muros de las empresas. Tomemos el caso de General Motors: en apariencia, solo entran materiales y salen autos, pero todo lo que pasa dentro de la empresa funciona como una economía planificada. El jefe no deja las tareas en manos de los licitadores ni permite que los departamentos firmen contratos entre sí. Simplemente dice: pongan ese tornillo ahí o se van. Nadie consulta a los trabajadores de Amazon cuánto cobran por colocar una caja en la estantería.

Puede parecer una perogrullada destacar que las señales de precios no gobiernan las decisiones empresariales a nivel microeconómico pero, por más que suene absurdo, es lo que se sigue del modelo neoclásico. De hecho, durante mucho tiempo la orientación dominante fue alentar la competencia entre departamentos y sectores que conviven en el marco de una misma estructura corporativa. Lo que quiero decir es que dentro de las empresas reina una peculiar ausencia de relaciones mercantiles. Hasta el proceso de producción está bastante planificado. Incrementar la integración vertical conduce a establecer una relación dependiente con los contratistas donde, como discutimos en el caso de Walmart, hasta las entidades que están nominalmente separadas de la empresa forman parte de un proceso de planificación interna.

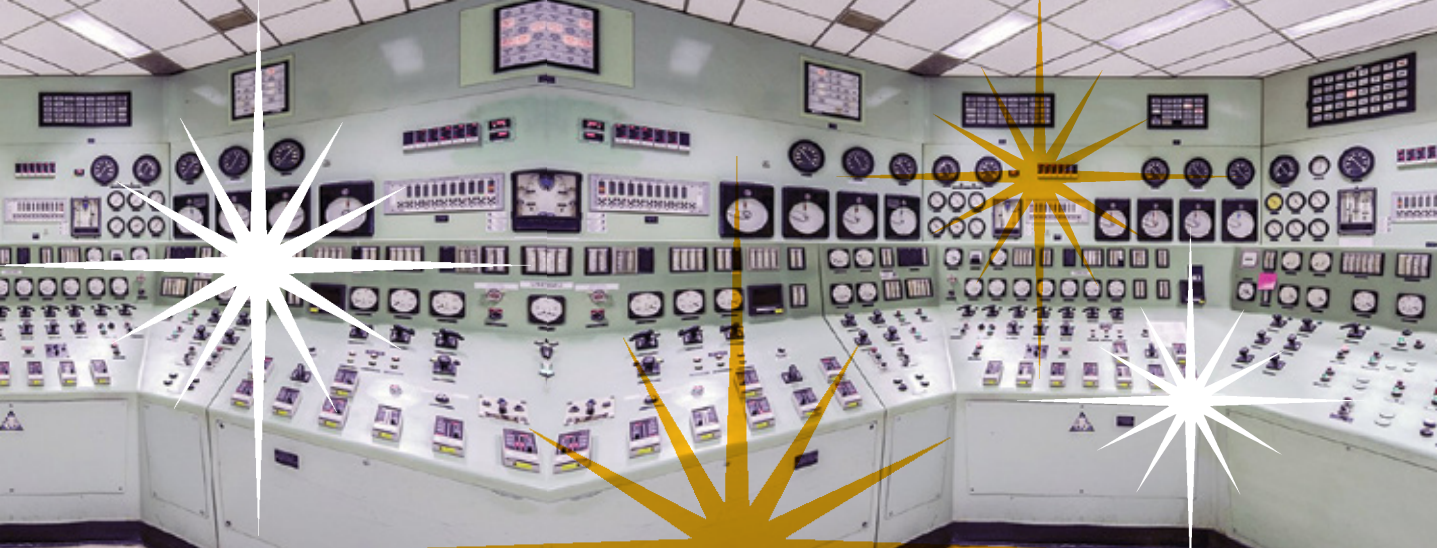
Eso significa que las empresas están haciendo lo mismo que harían las instituciones abocadas a la planificación: aplicar la racionalidad humana a la solución de problemas complejos sin que el dinero funcione como intermediario en todos los niveles.

Como dijo D. H. Robertson, economista que escribió a principios del siglo veinte, las empresas son «islas de poder consciente» que flotan en un mar de mercados. El surgimiento de tecnologías de información y de comunicación cada vez más potentes hace que las empresas sean capaces de llevar cada vez más lejos la planificación, incluso en el marco de un sistema de mercado. Y el resultado suele ser el incremento de la eficiencia. Pero todo eso sucede a puerta cerrada.

LP | Si hablamos de definiciones de capitalismo y de socialismo, debemos recordar que los socialistas siempre argumentaron que la idea liberal de la democracia, es decir, la idea de que todos los humanos adultos deberían participar equitativamente de las decisiones que los afectan, es fantástica. Si se afirma que la toma de decisiones privada de los reyes y los barones es injusta, entonces hay que concluir que la toma de decisiones privada de cualquier entidad o grupo es de la misma naturaleza.

En términos sencillos, el socialismo es la extensión de la democracia a la totalidad de la economía y el rechazo de la idea de que la democracia debe ser a la política lo que los mercados a la economía. En cambio, el socialismo sostiene que la democracia debe reinar en todas las esferas donde se tomen decisiones que impactan de una u otra forma sobre la vida de las personas.

Es cierto que ese argumento no dice nada sobre la viabilidad. Pero basta para afirmar que los socialistas deben luchar siempre por extender la planificación democrática, pues en la medida en que existan procesos de toma de decisiones privados estaremos atados a formas hasta cierto punto monárquicas o autoritarias. Es posible que la planificación completa



de toda la economía mundial termine siendo inviable en términos matemáticos. Si ese fuera el caso, deberíamos aceptarlo. Pero, al mismo tiempo, deberíamos preocuparnos porque significa que tendríamos que aceptar que en nuestro sistema siempre habrá reyes y barones.

MR | En el mismo sentido hay que decir que el tipo de planificación que existe en el capitalismo es básicamente despótico. Jeff Bezos y Elon Musk, que planifican —a su manera—, no son más que versiones grotescas de los aristócratas de antaño. Noam Chomsky, retomando con ironía la idea de que las empresas son «islas de poder consciente», replicó que se trata en realidad de «islas de tiranía». En ese sentido, podríamos combinar las dos definiciones y decir que bajo el capitalismo hay focos de planificación, pero que recurren siempre a una planificación despótica.

NA | Pero entonces, si las empresas son islas de planificación despótica, ¿por qué deberíamos depositar esperanzas en la posibilidad de una transición que lleve de esa planificación económica a puertas cerradas a una economía planificada completa? ¿Alcanza con una consigna del tipo «nacionalicemos McDonald's»?

MR | En realidad, uno de los asuntos fundamentales del debate sobre el cálculo socialista que quisimos abordar fue el de la viabilidad. ¿Qué cosas se volvieron factibles en la práctica y qué está sucediendo con la economía hoy? ¿Qué podemos aprender de todo eso? Nunca quisimos decir: «Imitemos a Amazon o a Walmart». Pero, en términos intelectuales y políticos, ¿es Walmart capaz de enseñarnos algo útil a la hora de defender la economía socialista? Porque no

podemos negar que, desde una perspectiva socialista, la eficiencia es un tema importante: no queremos derrochar recursos y queremos que la gente acceda a la máxima cantidad posible de bienes de calidad, entre los que se cuentan bienes definitivamente no capitalizables, como la dignidad y la participación democrática. Walmart no es nuestra brújula, pero muestra que la planificación es viable.

LP | Como dijo Michal, queríamos usar un ejemplo tomado del corazón del sistema capitalista para mostrar la factibilidad de la planificación. ¿Qué mejor ejemplo que las empresas más exitosas del mundo? Queríamos mostrar que la maravilla de la planificación económica está desarrollándose ante nuestros ojos. Por supuesto, existe en medio del océano de los precios. Pero al interior de estas empresas existe una economía gigantesca que empujeña a muchas economías nacionales en términos de ingresos y que se aproxima bastante a la Unión Soviética (aunque en realidad produce muchos más bienes que los que la vieja república de los sóviets produjo en toda su existencia).

Y funciona. Por lo tanto, aun si el bando conservador del debate sobre el cálculo económico en el socialismo estaba en lo cierto y el socialismo no funciona en términos teóricos, todo indica que la planificación funciona en la práctica.

NA | ¿La viabilidad de la planificación en Walmart debería alimentar nuestras esperanzas en un futuro socialista?

LP | Yo tengo esperanzas en la viabilidad de una economía planificada. Al mismo tiempo, pienso que la

hipótesis de una economía mundial planificada sin señales de precio es una cuestión empírica que todavía no recibió una solución. Y esa mera observación sirve para diferenciar lo que decimos de lo que hacen los socialdemócratas: el crecimiento de la planificación sigue siendo nuestro norte y deseáramos democratizar realmente toda la economía. Por el contrario, los socialdemócratas —y los socialistas de mercado— están convencidos de que es imposible llegar a una economía totalmente planificada. Nosotros consideramos que lo correcto es tomar esa posibilidad como una cuestión empírica abierta pues, cuando se trata de definir lo posible, ninguna posición podría estar en lo cierto si carece del conocimiento necesario. Es como cuando alguien afirma con absoluta confianza que no hay vida inteligente en otros planetas, aunque la verdad es que todavía no sabemos. En cualquier caso, sin resolver a priori si la planificación económica a gran escala es viable, podemos mirar alrededor y analizar lo que está sucediendo a distintos niveles.

MR | Sí, y pienso que esa distinción nos lleva al problema de si el mercado debería ser concebido como una tecnología o como una institución social. En un sentido, es una pregunta abierta: ¿el mercado es solo una herramienta que sirve para cumplir una serie de funciones sociales básicas y necesarias, como la distribución de recursos? ¿O es una institución social que moldea la conducta humana y determina lo que obtenemos a cambio de lo que hacemos, por cuánto tiempo y bajo qué condiciones? Hoy en día es ambos, creo.

NA | Entiendo cómo el éxito de ciertas empresas podría darnos esperanzas en la viabilidad de una economía planificada, pero, al mismo tiempo,

pienso que las economías planificadas que hubo en el pasado nos dejan un archivo que, en el mejor de los casos, es contradictorio. ¿Hay algo en la denominada edad de oro de la Unión Soviética, sobre todo si consideramos las conquistas en exploración espacial y la producción industrial, que sirva como prueba de la viabilidad de la planificación?

LP | Soy muy antiestalinista y la admiración que tengo por los avances científicos como el Sputnik está obviamente atenuada por el conocimiento de las purgas, el Gulag, los juicios falsos, etc. Del mismo modo, mi admiración por la NASA está atemperada por lo que sé sobre Vietnam, Irán, Guatemala y otro largo etcétera.

Una de las cosas que quisimos mostrar, sobre todo cuando hicimos referencia a los primeros años de la Unión Soviética, es que la república de los soviets no nació con un plan económico prefabricado. Simplemente terminaron encontrando uno, completamente distinto, por cierto, del que había imaginado Neurath. Neurath había partido de la pregunta por el tipo de plan que sería necesario en una sociedad socialista a partir del día uno. Pero los bolcheviques se toparon con el plan durante la guerra civil, cuando tuvieron que lidiar con cuellos de botella, escasez y otras perturbaciones de la economía. El Estado no tenía otra opción que asumir un control cada vez más estricto de la economía, en un contexto en que los capitalistas simplemente habían huido o ya no había un mercado que funcionara. Los bolcheviques avanzaron hacia una economía planificada, no porque sintieran que esa era la orientación adecuada en términos ideológicos, sino porque no tenían otra alternativa para

superar los cuellos de botella que afectaban a la producción y al transporte.

Nunca deberíamos desestimar los fracasos de la Unión Soviética. No podemos evaluar la situación en función de nuestros deseos solo porque tuvieron el Sputnik o porque hicieron entrar a una sociedad campesina en la modernidad. La forma en que lo hicieron fue atroz y cruel. Pero volviendo sobre la planificación, la historia mostró que el bando conservador del debate sobre el cálculo socialista estaba completamente equivocado con respecto a la secuencia de eventos que teóricamente conlleva la planificación. Su argumento era que se produciría una dislocación entre la oferta y la demanda, y que esta causaría escasez y desequilibrios y conduciría finalmente a ese tipo de caos social que solo es posible resolver mediante algún tipo de autoritarismo. En otros términos, la versión conservadora afirma que la planificación conduce al estalinismo.

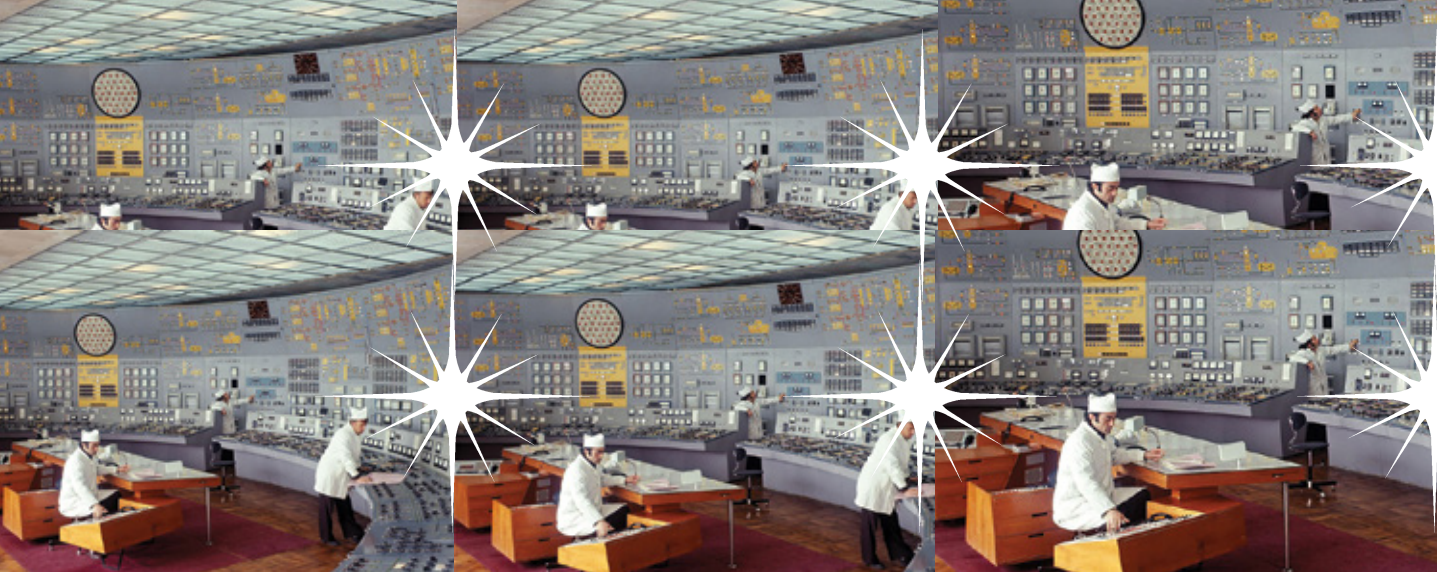
Pero es importante notar que en realidad sucede lo contrario: es el autoritarismo el que debilita la planificación. Si, pongamos por caso, uno tiene miedo de ser enviado al Gulag o fusilado por informar a su superior que el campo o la fábrica en la que trabaja no alcanzó los objetivos propuestos, no quedará otra opción que mentir. Vas a mentir y decir que sí, que cumpliste con tus cuotas de producción, o incluso, si estás al comienzo de un ciclo económico, producir menos para que haya una subvaloración de tu capacidad productiva. Por lo tanto, la calidad de la información de ese sistema sufrirá un deterioro inevitable y afectará la eficiencia económica.

Ese argumento tiene un corolario fundamental en

el caso de Walmart. Walmart también es un sistema autoritario. Por supuesto, no se acerca a la naturaleza criminal del estalinismo, pero sucede que en este caso, si uno no cumple con los objetivos propuestos, tendrá miedo de perder su trabajo. De nuevo, si uno tiene la opción entre dar información fidedigna sobre algo que amenaza su posición en la empresa o mentir, la decisión está bastante clara: uno mentirá y destruirá información valiosa. Así que aquí también, en un ambiente distinto —aunque no menos autoritario—, la información del sistema se deteriora. Y eso indica que la planificación democrática debería mejorar la calidad de la información del sistema, lo que redundaría a la vez en una mayor eficiencia. En principio, si un sistema fuera verdaderamente democrático y no autoritario, la información sería más fiel a la realidad.

MR | Agregaría una cosa más, que no tiene tanto que ver con el autoritarismo como con la competencia. Imaginemos que hay cinco empresas que intentan desarrollar una nueva tecnología. Ahora imaginemos que se produce una especie de duplicación de la información. Estas unidades económicas podrían compartir ciertas porciones de información que se ven obligadas a repetir. En ese escenario, que es en el que vivimos, la información del sistema global también se deteriora. No es sorpresa que durante las épocas de guerra, o también durante las pandemias, los Estados intervengan forzando a las empresas y a otras instituciones productivas, orientadas generalmente en función de la competencia, a colaborar para mejorar la calidad de la información del sistema.

En un sentido, lo que dijo Leigh muestra la otra cara del argumento conservador en el debate sobre el



cálculo, vinculada al descubrimiento de información, es decir, a garantizar que las personas adecuadas obtengan la información adecuada. Pienso que la planificación democrática es una forma de descubrimiento de la información. Puede sonar un poco sentimental, pero la democracia en la planificación nos ayuda a aprender más unos de otros. Y es una manera de incrementar la eficiencia, pues hace que desaparezcan el miedo de hablar y decir las cosas como son. La cuestión de la democracia en la planificación es un elemento fundamental de nuestro argumento. La democracia nos permitirá descubrir nuevos métodos, definir lo que realmente necesitamos como sociedad y determinar cómo satisfacer los verdaderos deseos y necesidades de las personas.

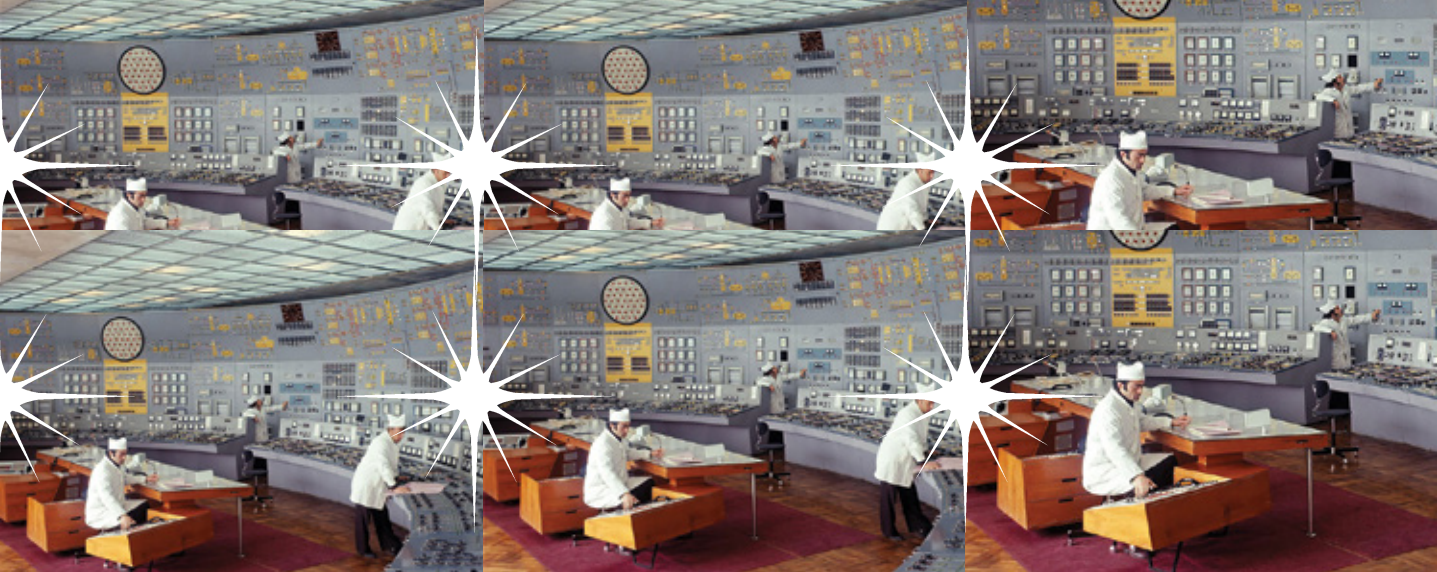
Nuestro argumento se basa sobre todo en una serie de lecturas económicas técnicas y específicas, y en discusiones vinculadas a la coordinación entre medios y fines. Después de todo, queremos aportar al debate sobre el cálculo. Pero el asunto también tiene un lado humano que remite a la democracia. En cierto sentido, es útil volver a leer a Hayek y a las otras figuras destacadas del bando conservador, pues uno descubre que tenían una perspectiva completamente insensata sobre la psicología humana y una concepción atrofiada de la democracia.

Me parece que ese es el punto donde los socialistas tenemos una alternativa que ofrecer. Dejando de lado los aspectos técnicos del problema, los socialistas pensamos que los seres humanos son sujetos y protagonistas de la vida material que buscan la forma de llegar desde donde están —es decir, de lo que tienen— a lo que quieren y necesitan. Creo que

tenemos que asumir sin ambages que contamos con una perspectiva distinta de la de los economistas conservadores en cuanto a los seres humanos y a lo que pueden o no pueden hacer.

NA | Me parece que el recelo de muchas personas frente a las tecnologías de la información surge porque observan que esos instrumentos son utilizados con fines evidentemente antidemocráticos y no es fácil descifrar maneras de apropiárselos. Pero también podríamos pensar en el caso de socialistas como Paul Cockshott, que aunque abrazan la idea del socialismo digital, no brindan una perspectiva del todo convincente sobre cómo utilizar estas tecnologías sin terminar en una especie de tecnocracia obrera ilustrada.

LP | Paul Cockshott incurre en el error fatal del determinismo tecnológico, es decir, piensa que el progreso de la tecnología de la información es una condición necesaria del socialismo. Cree haber descubierto un algoritmo perfecto que indicaría cómo calcular una economía planificada. Pero, más allá de eso, tiene un punto: descubrió que la producción y la distribución de la mayoría de los bienes de la economía solo son relevantes para una cantidad relativamente pequeña de inputs y de outputs. Un cálculo perfecto presupone que todo está relacionado con todo. Pero para nuestros propósitos, no es necesario conocer, por ejemplo, la relación infinitesimal entre la producción de una muñeca Barbie y la de una turbina de vapor. En ese sentido, Cockshott reconoce que es imposible encontrar una solución algebraica perfecta a la infinidad de los inputs y de los outputs de los distintos sectores. Pero muestra que es posible



hacer un cálculo «suficientemente bueno» y argumenta que probablemente eso baste en términos sociales, sobre todo teniendo en cuenta los beneficios que obtendríamos si reemplazáramos el mercado con mecanismos de decisión democráticos a la hora de distribución ciertos bienes y servicios.

Y eso nos lleva directamente al problema de la politización de la tecnología y del desarrollo de las instituciones democráticas, ¿no? ¿Cómo democratizamos la sociedad? Cochshott, por cierto, es un estalinista sin culpas. Ama la China de Xi Jinping y piensa que es un socialismo desarrollado. Cree que solo es cuestión de pedir perdón por el Gulag y cosas por el estilo. Por nuestra parte, tomamos de Cockshott las ideas del cálculo «suficientemente bueno» y dejamos de lado todo lo que dice sobre el gobierno socialista.

MR | Así como la tecnología de la información contemporánea permite implementar un cálculo «suficientemente bueno», y eso implica un progreso técnico, no deberíamos perder de vista que es posible transformar las tecnologías desarrolladas bajo el capitalismo con el fin de utilizarlas en el marco de nuevas instituciones democráticas. Sin embargo, aunque los socialistas siempre debemos orientarnos hacia el futuro, muchos de los problemas más difíciles que enfrentamos remiten a transformaciones cualitativas.

Básicamente, tenemos que pensar cómo transformar la tecnología de la información en función de la participación democrática y del desarrollo de nuevas capacidades. El mundo actual nos muestra nuevas posibilidades —por ejemplo, es increíble comprobar lo fácil que es comunicarse hoy—, pero también los peligros

inherentes a abandonar la tecnología a las fuerzas del mercado. Los algoritmos contemporáneos tienen sesgos racistas que apuntan exclusivamente a la acumulación de ganancias en unas pocas manos, cuando en realidad necesitamos tecnologías que promuevan la libertad y que permitan desarrollar las capacidades de todos.

NA | Hablando de China me doy cuenta de que todavía no dijimos nada sobre el socialismo de mercado. ¿La idea es un oxímoron o cabe pensar una coexistencia posible entre planificación y mercado durante la transición al socialismo?

MR | Hay quienes piensan —por ejemplo, Isabelle Weber brinda buenos argumentos en este sentido— que China es de hecho una economía de mercado planificada y no un modelo de socialismo de mercado exitoso. Pienso que, en cierto sentido, eso es buscarle la quinta pata al gato. En el caso de China la cuestión pasa realmente por saber si los mercados se adecúan a un sistema social más amplio y hasta qué punto terminan decidiendo problemas importantes que podrían ser definidos mediante otros criterios (especialmente cuando se trata de temas esenciales de la vida material). Me parece que en China observamos un desplazamiento hacia una concepción del mercado como institución social que decide esos grandes temas.

Pero lo más interesante es que los socialistas democráticos deberían pensar más bien en el sentido inverso. Si el socialismo no es algo que sucederá de un día para el otro, ¿cómo restringimos los mercados durante la transición? ¿Cómo y dónde empezamos a introducir otros criterios para coordinar la vida material y en qué casos permitimos que exista un merca-

do? De nuevo, pienso que la magnitud y el ritmo de implementación de una economía completamente planificada son problemas abiertos.

El punto es que existe un enorme espacio en las sociedades existentes que permitiría restringir los mercados y orientar la economía en función de otros valores. Los problemas de coordinación que los mercados resuelven efectivamente en nuestra sociedad podrían ser abordados de otra manera. Esto abarca cuestiones pedestres y mundanas, como por ejemplo: «¿Cuánto titanio deben recibir las fábricas de bicicletas para hacer cuadros y cuánto debe destinarse a la producción de prótesis de cadera?». Hay muchas formas no mercantiles de decidir un tema como ese. Después hay otras decisiones que pueden quedar en manos del mercado, como por ejemplo, la cantidad óptima de producción de uno u otro tipo de champú.

Si bien es positivo que con China haya repuntado el interés en el debate sobre la transición, la tarea de los socialistas es transformar los términos de ese debate y preguntar: ¿cómo avanzamos en la dirección opuesta? ¿Cómo minimizamos el rol del mercado?

LP | En nuestro libro, cuando abordamos el socialismo de mercado, argumentamos que aun en ese sistema se mantiene la distinción clásica entre un conjunto de cosas destinadas a generar ganancias y un conjunto de cosas que son útiles. En el caso del socialismo de mercado, al igual que en el capitalismo, si algo es útil pero no rentable, no es producido. Por supuesto, después vienen las cosas que son rentables pero no son útiles, o incluso son perjudiciales. En tanto existan incentivos en el sistema o en las empresas que las producen, estas seguirán fabricando esas cosas.

El punto no es que el socialismo de mercado no funcione. El socialismo de mercado sería un enorme avance en relación con lo que tenemos hoy y las cooperativas que funcionan dentro del capitalismo son grandes escuelas de autoorganización obrera. Inde-

pendientemente de si conducen a una distribución de bienes y servicios más igualitaria, lo que dije debería bastar como argumento a su favor. En cualquier caso, como decimos en nuestro libro, la dicotomía entre planificación socialista y socialismo de mercado es un poco engañosa, especialmente si partimos de la idea de que la economía planificada es en realidad una cuestión abierta y empírica.

Hagamos un experimento mental: es el día dos de la revolución o de las elecciones y los defensores de la planificación están en el gobierno. Es imposible planificar absolutamente toda la economía de la noche a la mañana. Es necesario priorizar ciertos sectores sobre otros. El gobierno probablemente empiece nacionalizando o socializando los bancos, el sistema de salud, la producción farmacéutica y cosas por el estilo, en vez de, por ejemplo, la industria de los videojuegos. Por supuesto, aun si dejan estos sectores en manos de los mecanismos de mercado, los defensores de la planificación querrán que esas empresas sean dirigidas por sus trabajadores y no por capitalistas privados.

Ahora imaginemos el mismo escenario, pero son los defensores del socialismo de mercado los que llegan al gobierno. Todos acordarán en que amplias franjas de la economía deben pasar al sector público, especialmente las áreas de salud, educación, etc. Sin embargo, queda toda la otra parte de la economía, donde la distribución estará definida en función de los precios y las empresas serán propiedad de los trabajadores o de fondos de jubilación, dependiendo de la versión del socialismo de mercado que se prefiera.

Ambos escenarios parecen idénticos, ¿no? Al menos en términos de la división entre las áreas planificadas y las áreas de mercado. En los dos casos, una buena parte de la economía está planificada y una parte considerable queda en manos de cooperativas obreras que intercambian bienes y servicios en el mercado. La única diferencia importante parece estar en el nivel de confianza en las posibilidades de extender la

planificación: defensores de la planificación esperan llegar hasta el final, mientras que los socialistas de mercado están bastante seguros de que es imposible. En cualquier caso, estoy conforme con ese escenario, pues ese es el debate que debería tener un partido socialista o un gobierno en esas condiciones. ¿Qué tan lejos podemos llegar en la socialización de bienes y servicios? ¿Cuál es el límite?

El argumento que propondría tanto a los socialistas de mercado como a esos partidarios de la planificación demasiado optimistas es este: conservemos la idea de la planificación como norte y limitemos cada vez más el área de incidencia del mercado, pero en vez de afirmar a priori que podemos o no podemos socializar absolutamente todo, hagamos la experiencia sobre la marcha.

MR | Si bien es importante reconocer hasta qué punto la oposición entre socialismo de mercado y planificación es falsa, también debemos ser conscientes de las contradicciones que subyacen al socialismo de mercado. De nuevo, en el caso del socialismo de mercado, si tenemos cinco empresas fabricando lo mismo y siguen compitiendo en el mercado, la capacidad de compartir y descubrir información, de repartir el trabajo en términos más equitativos, y toda una serie de cuestiones por el estilo, se resolverán de manera muy distinta a la que plantea el escenario de la planificación. Debemos estar al tanto de las contradicciones y no contentarnos simplemente con decir que el socialismo de mercado es socialismo y punto.

LP | Si tuviéramos una sociedad gobernada por un socialista de mercado, se plantearían muchas contradicciones importantes, como las que trajo a colación Michal. Las empresas carboníferas, petrolíferas o gasíferas, aun en el caso de ser dirigidas por sus trabajadores, tendrían incentivos que llevarían a seguir produciendo esas cosas porque seguirían siendo rentables. Lo mismo vale en el caso de las farmacéuticas: no habría ningún incentivo de mercado para que una empresa dirigida

por sus trabajadores produzca nuevos antibióticos. En el caso de los hospitales seguiría habiendo incentivos para negar cobertura sanitaria a los pobres.

Tal vez terminemos descubriendo, más allá de esos sectores esenciales, que es inviable nacionalizar otras áreas, como por ejemplo la producción de videojuegos. Pero pensemos en lo que dicen hoy los gamers: todo el tiempo se quejan de que las empresas están destruyendo el rubro con la aplicación de condiciones monetarias y compras que imposibilitan jugar libremente. Básicamente, lo que sucede es que hoy el desempeño que tenemos en un videojuego depende de nuestra riqueza. Por lo tanto, habría que concluir que los mercados y el interés en las ganancias también están destruyendo la industria de los videojuegos. Otro ejemplo son los servicios de reproducción de música, que están haciendo que las canciones sean cada vez más cortas independientemente de los deseos de los artistas o de los oyentes, porque una canción demasiado larga genera la misma ganancia que una corta y muchas canciones cortas equivalen a más dinero.

Entonces, los mercados no solo atentan contra el sector de la salud: distorsionan cualquier proceso de producción para conducirlo hacia la maximización de las ganancias. Y, por más que pensemos que no son prioridades inmediatas cuando está en juego la justicia social, también están en juego los videojuegos y a la música pop.

Eso nos lleva de nuevo al principio y al mismo problema: es posible que, cada tanto, el conjunto de cosas destinadas a generar ganancias y el conjunto de cosas útiles se solapen, pero bajo el mercado nunca serán parte del mismo conjunto. El punto de volver sobre el debate del cálculo socialista está en pensar concretamente cómo construir un sistema económico donde la medida de lo que es exitoso en términos económicos y la medida de lo que es socialmente útil sea la misma, o casi la misma. ●



Planificación en la era digital

Si muchas de las limitaciones técnicas que enfrentó el socialismo del siglo veinte fueron superadas, ¿por qué el ideal «De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades» parece cada vez más distante?

¿Quién no ha escuchado alguna vez que el socialismo no es posible porque la planificación socialista eliminaría la variedad, la posibilidad de satisfacer gustos diversos y condenaría a todo el mundo a usar el mismo y único par de zapatos?

Resignarse a la existencia de la economía de mercado parecería ser la única alternativa. Sin embargo, no es la única vía para salir de este atolladero pues, aunque a primera vista parezca inverosímil, quienes han puesto en evidencia que la planificación a gran escala es capaz de satisfacer intereses individuales con una eficiencia inédita son las empresas más poderosas del capitalismo contemporáneo.

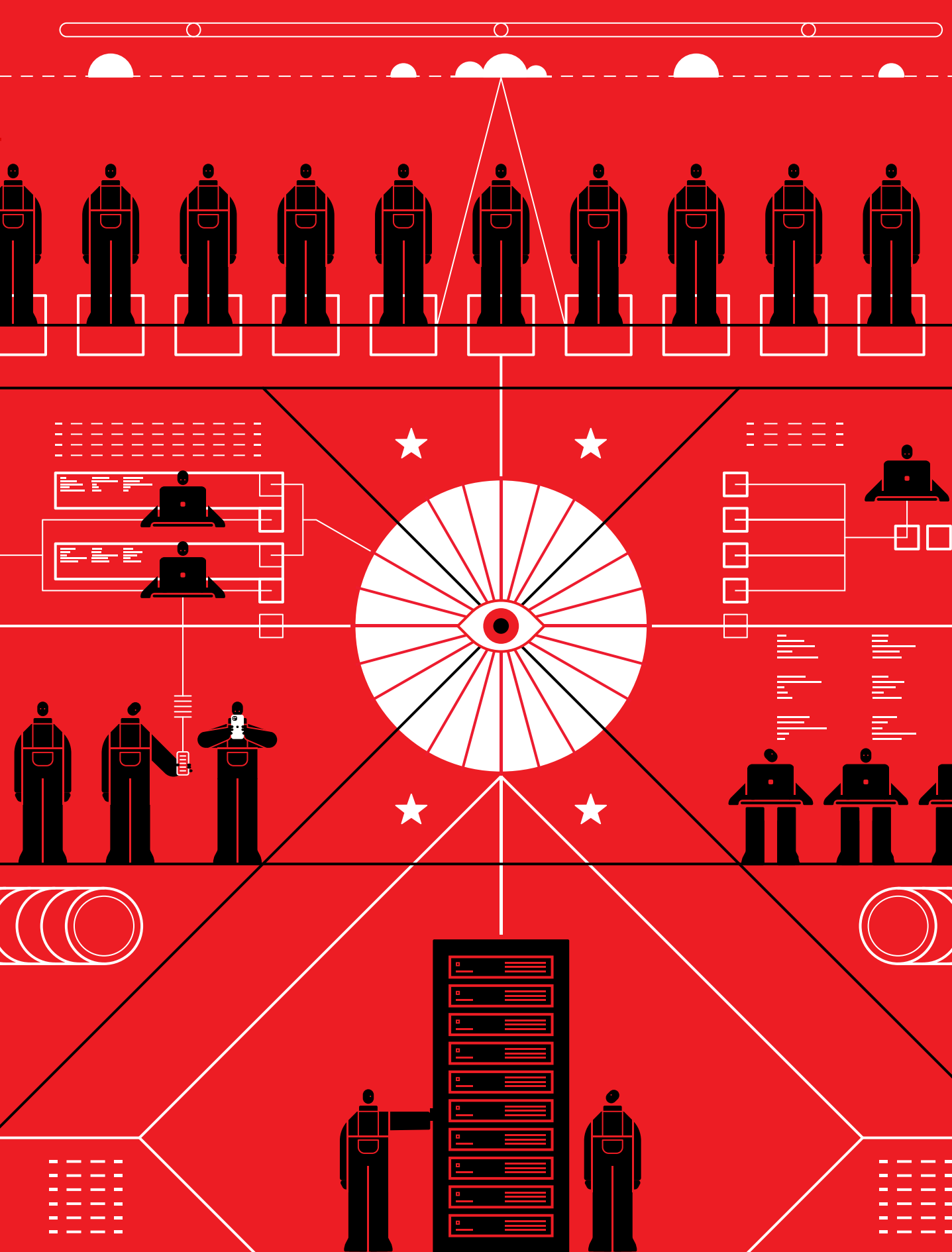
Solo 2000 empresas son propietarias del 60% de los inventos patentados simultáneamente en las cinco mayores oficinas de patentes del mundo. Las gigantes digitales se apropian además de flujos constantes de datos individuales, de relaciones y de organizaciones, que son luego procesados con inteligencia artificial y utilizados para planificar porciones crecientes del capitalismo. Gigantes como Amazon y Alibaba cosechan datos de mercado de sus plataformas de comer-

cio electrónico y, en las nubes públicas, estas empresas junto a Microsoft y Google entrenan y mejoran sus algoritmos al procesar datos de procesos productivos. Por medio de redes sociales y las más diversas aplicaciones, planifican hasta nuestra vida personal.

Como resultado, estas empresas no solo tienen una capacidad de planificación que sería la envidia de los planificadores del Gosplán, sino que además se apropian de porciones crecientes del valor producido socialmente profundizando desigualdades mientras dirigen nuestras vidas. Sin que nadie las haya votado, gobiernan autoritariamente al capitalismo. Si la planificación fue sinónimo de socialismo durante el siglo XX, pero en la actualidad es fundamental para entender al capitalismo, ¿qué nos limita a pensar un proyecto de planificación democrática y socialista?

Conocer para planificar

Hablar de planificación probablemente nos remita a sus casos más ampliamente conocidos: las experiencias del llamado socialismo real (desde la Unión Soviética a Cuba), los planes económicos —incluidos





los de desarrollo— implementados por Estados nacionales de diversas partes del mundo, desde los planes quinquenales de los gobiernos de Perón hasta la planificación que lleva adelante el Estado Chino en la actualidad, o la capacidad de planificar el proceso de trabajo puertas adentro de la fábrica [1]. Todas estas experiencias tienen algo en común: la planificación queda circunscripta a límites territoriales claramente definidos, un alcance que —cuando mucho— coincide con el de una clara frontera geopolítica gobernada por el mismo actor: un Estado o una fábrica.

Pero el capitalismo actual, más globalizado que nunca, esconde otra experiencia de planificación camuflada de intercambios mercantiles. Esta experiencia alcanza escala global, se superpone con porciones de espacios gobernados por distintos Estados y su protagonista es un tipo particular de empresa que planifica un conjunto de procesos de producción diversos, organizados en sistemas de acumulación que traspasan las puertas de su fábrica y las fronteras de los países.

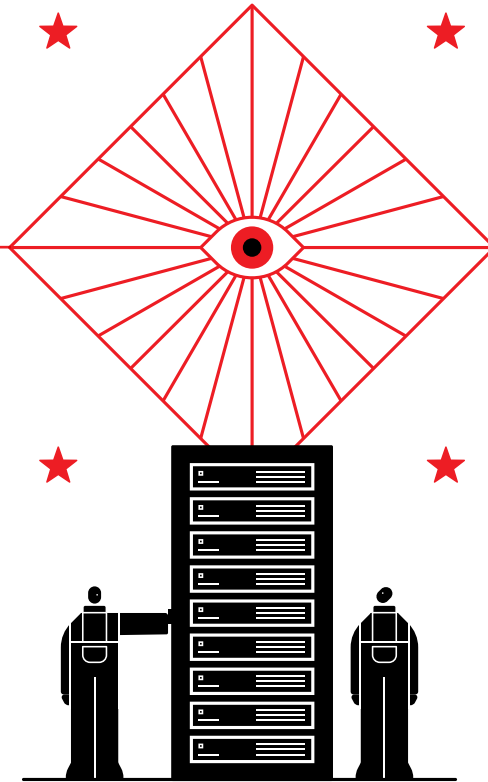
Las grandes planificadoras capitalistas de nuestra era son empresas provenientes de las más diversas industrias: grandes farmacéuticas, gigantes de tecnología digital, líderes de la industria automotriz, empresas de consumo masivo (como Coca Cola o Nestlé) y hasta grandes cadenas, como McDonald's, Pizza Hut, Starbucks o los hoteles Hilton. Tienen en común que basan su poder en la acumulación de activos intangibles y por eso las llamamos «monopolios intelectuales». Los activos intangibles son conocimiento integrado a la esfera económica como un bien artificialmente exclusivo. El resto de la sociedad o bien debe pagar para tener acceso o, en caso de que sea conocimiento guardado en secreto, nunca accederá a él.

Los datos extraídos por medio de plataformas digitales —procesados con inteligencia artificial— y los desarrollos científicos y tecnológicos avanzados son ejemplos de conocimiento que, accedido de forma

exclusiva, se convierte en activos intangibles. Son también ejemplos de activos intangibles las marcas, las innovaciones en la organización de la producción en todas sus fases, los cambios en las técnicas utilizadas que son resultado de conocimientos tácitos y el acceso exclusivo a información acerca de quién puede producir cada etapa de la producción dentro de cadenas de valor.

Los monopolios intelectuales no son meros innovadores puntuales o esporádicos. Perpetuar en el tiempo un monopolio intelectual demanda incrementar constantemente su *stock* de activos intangibles; activos que son movilizados para dominar —por medio de relaciones de planificación— a otras empresas, universidades, organismos de investigación y hasta Estados. Los monopolios intelectuales usan su acceso exclusivo a porciones de conocimiento para controlar y organizar procesos productivos distribuidos en empresas subordinadas que formalmente no son de su propiedad, pero que poseen de hecho. Deciden, en nombre de estas unidades de producción subordinadas, cómo y qué van a producir, en cuánto tiempo, bajo qué estándares e incluso qué transformaciones van a implementar en sus técnicas productivas. Esta forma de planificación no solo implica la fijación de precios: también incluye la definición de cláusulas de exclusividad, condiciones de crédito comercial y normas de calidad.

A nivel general, las estructuras utilizadas para planificar puertas afuera de la fábrica van desde la organización de cadenas globales de valor, pasando por el modelo de franquicias y, recientemente, las plataformas. En este último caso, la planificación incluye la creación de mercados, la definición de estándares de lo que se puede hacer y cómo, y de lo que no se puede hacer dentro de las plataformas. En todos estos ámbitos —plataformas, cadenas, franquiciados—, la empresa planificadora define las reglas de juego: establece las normas que rigen la producción y el mercado. En línea con el economista Charles



Bettelheim, las empresas subordinadas tienen «la capacidad de poner en funcionamiento los medios de producción» pero carecen parcialmente de «la facultad de disponer de los productos obtenidos con la ayuda de estos medios de producción».

La capacidad de planificación capitalista a gran escala se extiende también a la producción de nuevo conocimiento. Los monopolios intelectuales controlan y organizan los procesos de investigación y desarrollo a nivel global. Imponen su agenda de investigación hasta a instituciones (públicas y privadas) con las cuales no se vinculan de manera directa. La apropiación privada de conocimiento les permite capturar valor en la forma de una renta intelectual, ya sea cuando cobran por dar acceso a ese conocimiento (por ejemplo, el caso de regalías por uso de patentes) o bien vendiendo sus productos a un precio que está sistemáticamente por encima de su precio de producción.

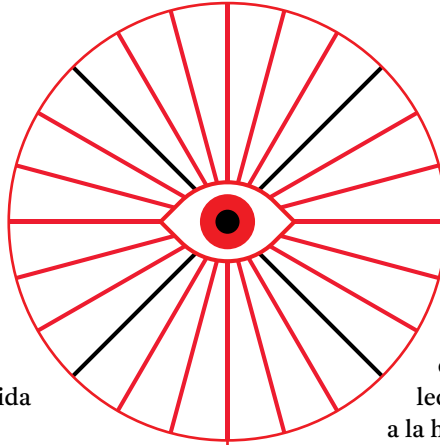
En resumen, el capitalismo actual se estructura a partir de ámbitos de planificación controlados por monopolios intelectuales. Es el acceso exclusivo a conocimiento —activos intangibles—, necesario para organizar y planificar procesos productivos, la clave para explicar por qué ciertas empresas se han convertido en planificadoras capitalistas. Como veremos a continuación, dentro del cúmulo de conocimiento esencial para planificar, se destaca el acceso a inteligencia digital: *big data* procesada con algoritmos.

Big data y algoritmos al servicio de la planificación capitalista

Para planificar hay que conocer. Conocer qué técnicas productivas usar y cómo, quién puede producir con ellas y cuáles son las necesidades que se deben satisfacer, todo lo cual está en constante cambio.

Planificar es, entonces, un ejercicio permanente, y la emergencia de la economía digital permite que la planificación se expanda y profesionalice pues internet es una fuente inagotable de datos y éstos son la forma más cruda de conocimiento. En este sentido, una diferencia central entre un plan quinquenal y la planificación digital es que esta última —dado que se basa en flujos constantes de datos— permite una actualización en tiempo real del plan. Otra diferencia es que no requiere simplificaciones (por ejemplo, la identificación de una unidad productiva o consumidor/a promedio) pues se cuenta con datos individualizados. Es planificación a gran escala con datos microscópicos.

Descentralizados y crudos, los datos no sirven para planificar ni para innovar. Pero la economía digital no es solo datos: es inteligencia digital que resulta de procesar datos centralizados con algoritmos de inteligencia artificial. En la última década, según estadísticas de la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual, el campo que más creció dentro de la inteligencia artificial a nivel de solicitudes de patentes, con un aumento del 175% entre 2013 y 2016, es



el de algoritmos basados en *deep learning* (incluyendo *deep neural networks*). Se trata de algoritmos que tienen la capacidad de aprender y corregirse a sí mismos a medida que procesan datos.

Es decir que funcionan como si fueran medios de producción en constante mejora: máquinas que aprenden (por eso se los llama *machine learning* en inglés) y que, al aprender, actualizan la técnica de producción de inteligencia digital (por ende, también su capacidad predictiva). Cockburn y otros se refieren al procesamiento de datos con algoritmos de *deep learning* como un nuevo método para inventar, pues automatizan considerablemente los descubrimientos y amplían los tipos de problemas que pueden abordarse mediante el análisis de grandes volúmenes de datos. Las empresas como Google, Microsoft y Amazon, que dominan esta tecnología de aprendizaje automático y que poseen en exclusiva fuentes de datos originales, podrían acabar ampliando su monopolio intelectual sin límites a partir de las innovaciones derivadas de la producción de inteligencia digital. Es así que la recopilación, centralización y análisis de datos fomentan una ventaja acumulativa en términos de capacidad de innovación.

Actuando como monopolios intelectuales basados en el procesamiento de datos, las gigantes de tecnología pueden encontrar nuevos negocios y entrar en los mercados con una ventaja (de datos) frente a quienes ya operan en ellos. Su expansión a modo de pulpos cuyos tentáculos ingresan en las más diversas industrias —incluidas salud, educación y transporte— evidencia su capacidad de planificar procesos productivos más allá de sus plataformas originales.

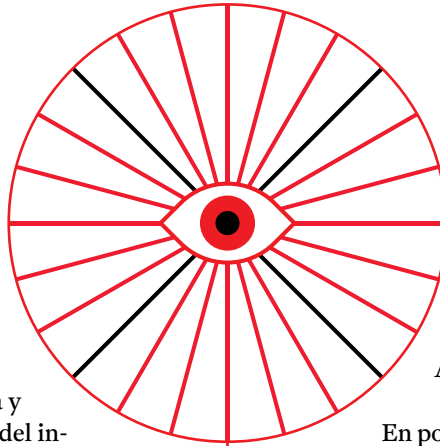
En síntesis, monopolizar tanto el acceso a grandes volúmenes de datos pormenorizados como el conocimiento necesario para procesar esos datos y así convertirlos en conocimiento útil para retroalimentar

el plan es la fuente de poder que distingue a las grandes empresas de tecnología digital. Ellas son un caso extremo de monopolios intelectuales. Tienen una ventaja relativa a la hora de planificar debido a su acceso exclusivo a datos de producción, distribución (mercado) y consumo, con los cuales hace años entrenan a sus algoritmos.

Planificar el mercado, ¿oxímoron o dialéctica?

Amazon es, probablemente, el caso más paradigmático de planificador capitalista a gran escala; una suerte de mano (in)visible del mercado que pone en jaque a la ficción del capitalismo como sistema espontáneo y descentralizado. Anticipa la demanda individual y manipula la oferta. Exige precios bajos a los vendedores que operan en su plataforma de comercio electrónico, entre ellos más de 1,9 millones de pequeños y medianos negocios, que representan casi el 60% de las ventas. Y también define qué productos aparecerán primero cuando un/a consumidor/a hace una búsqueda.

Su capacidad de planificación, que incluye la posibilidad de hacer ajustes rápidos ante imprevistos, se puso a prueba —con éxito— durante la pandemia. Al ver sus centros de distribución colapsados de órdenes, Amazon suspendió la venta de artículos no esenciales. Sin embargo, la empresa reaccionó rápidamente contratando a 175 000 trabajadores adicionales a pocas semanas de comenzada la cuarentena en Estados Unidos. Y, entre febrero 2020 y marzo 2021, contrataron en total 400 000 trabajadores en todo el mundo. Más allá de la pandemia, los mercados integrados a su plataforma de comercio electrónico se «despejan» no por la interacción espontánea de la oferta y la demanda (idea que subyace a la metáfora de la mano invisible), sino por la acción deliberada de Amazon.



Detrás de un supuesto acceso más democrático a una diversidad de opciones para satisfacer necesidades, las plataformas de comercio electrónico como Amazon, Alibaba y Mercado Libre planifican la esfera del intercambio. Camuflados de intercambios mercantiles, se orquestan intercambios planificados en los cuales quienes consumimos nos vemos persuadidos/ as a comprar y quienes venden lo hacen acatando las reglas y condiciones de esas gigantes digitales.

Pero hay algo más que nos habla de cómo la mayor planificadora capitalista diferencia sus negocios entre aquellos que le permiten acumular (y apropiarse) capital y aquellos que proveen la fuente indispensable de su poder: los datos. Amazon no prioriza las ganancias en dinero de su plataforma de comercio electrónico. Esto es así al punto que, en general, este negocio arroja márgenes bajos y hasta negativos. Es una estrategia para maximizar el volumen de ventas y, más en general, el tráfico en su plataforma, lo cual incrementa los datos cosechados. Esta cosecha es el principal objetivo de Amazon en relación a su plataforma de comercio electrónico. A mayor tráfico, mayor será su cosecha de datos individualizados de transacciones, de consumidores y de oferentes.

Sobre la base de la inteligencia digital que resulta de procesar estos datos, Amazon planifica su plataforma de comercio electrónico. También planifica su negocio de publicidad y sus cientos de miles de productos propios —producidos por terceros en cadenas globales de valor también planificadas por Amazon, entre ellos su asistente inteligente Alexa y su libro electrónico Kindle—, por los cuales sí obtiene ganancias sustanciales en dinero. Estos dispositivos son fuentes adicionales de datos de consumo: consideremos, por ejemplo, que hay más de 100 millones de dispositivos inteligentes conectados a través de Alexa. Amazon incluso registró una patente en la

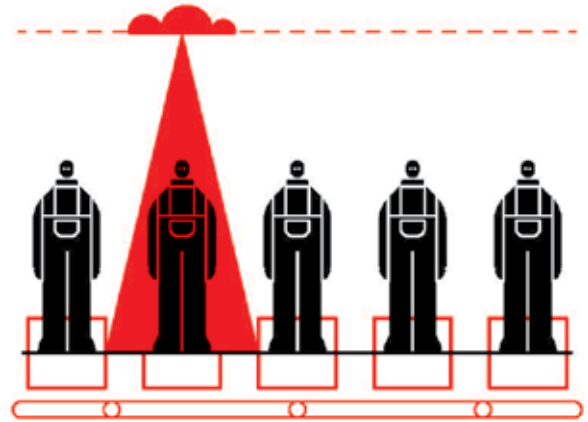
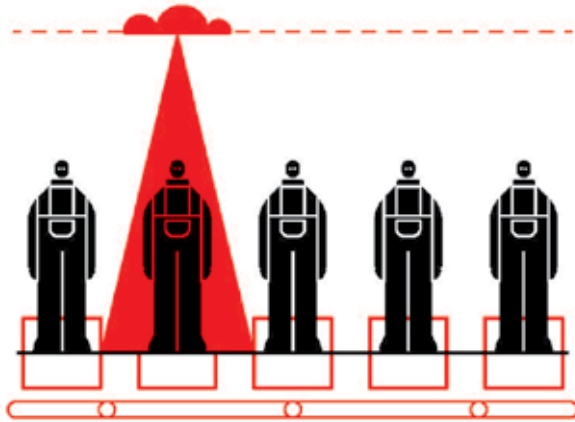
cual se declara que Alexa puede detectar la tos de una persona y sugerirle que compre jarabe vía Amazon.com.

En pocas palabras, Amazon no solo planifica a las empresas que quedan subordinadas a sus plataformas y cadenas de valor, sino que también planifica mercados a escala global. Y aunque este ejercicio no resulte en ganancias exorbitantes, es la base de su principal fuente de ganancias: Amazon Web Services (AWS).

Nube pública, ganancias privadas

Los algoritmos que procesan (y se mejoran a sí mismos a partir de procesar) datos de comercio electrónico son la base de AWS, su negocio de servicios de computación en la nube. En la nube se ofrecen como un servicio aplicaciones, infraestructura para procesar y almacenar datos, y porciones de código que pueden integrarse como caja negra en aplicaciones o como parte de otros algoritmos. Amazon, Microsoft, Google y Alibaba tienen casi el 70% de este mercado. Amazon lo lidera, controlando entre el 32% y el 34% del mismo.

Los algoritmos que ofrecen como servicios en la nube aprenden al procesar datos de sus clientes. Datos pormenorizados de procesos productivos de los más diversos sectores y que son recolectados por medio de sensores, tecnología llamada «internet de las cosas». La «internet de las cosas» es central para la planificación de la producción, pues reduce potenciales interrupciones e identifica las etapas que requieren mayor inversión, desarrollo o cuidados. Por ejemplo, anticipan posibles fallas en las máquinas, lo que permite hacerles mantenimiento predictivo. Que porciones crecientes de estos datos sean procesadas en las nubes públicas de cuatro empresas constituye un proceso de centralización inédito de los parámetros críticos de la gestión del capital.



Extrañamente llamada pública, la nube es —en definitiva— un negocio privado sumamente redituable para pocas empresas. Sus clientes contribuyen a mejorar los servicios que contratan y proveen datos cruciales para que las gigantes de tecnología accedan a nuevos mercados. Así, el costo adicional de ofrecer a un nuevo cliente el acceso a un algoritmo de *deep learning* en la nube es negativo: a la gigante digital no le cuesta nada y encima gana (su cliente paga un precio y además contribuye a mejorar el servicio mismo). La planificación de los procesos productivos alcanza así máxima sofisticación y escala. Si las empresas siempre planificaron hacia adentro y ahora los monopolios intelectuales planifican también empresas subordinadas que participan de sus cadenas de valor, franquicias o plataformas, las gigantes que dominan la nube pública agregan una dimensión más a la planificación capitalista. Sus algoritmos planifican los procesos de producción de sus clientes. En un horizonte en el cual la mayoría de las empresas pasa a operar usando estas nubes, podríamos tener enfrente cuatro planificadoras de —potencialmente— todo el sistema de producción de mercancías.

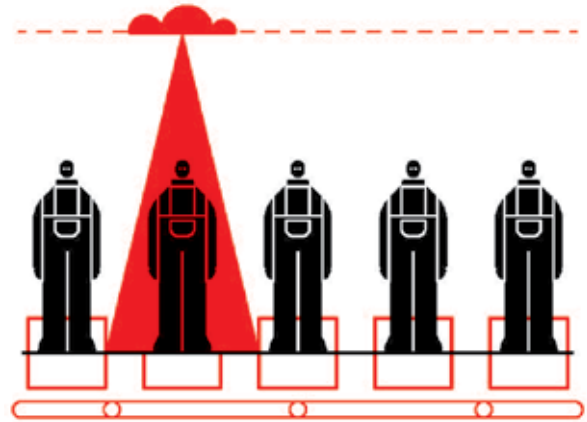
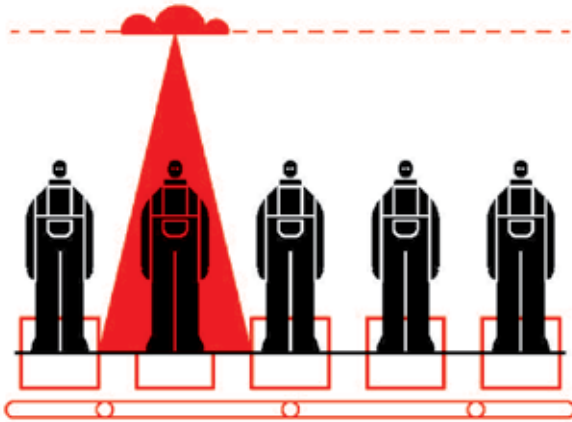
Planificar la vida personal

Las redes sociales completan el ciclo de cosecha de datos de todos los ámbitos de la vida humana. De ellas, e incluso por medio de motores de búsqueda como el de Google, se cosechan datos de nuestra vida personal, de cómo nos relacionamos (y consumimos) por fuera de los ámbitos de producción e intercambio.

Los resultados de nuestras búsquedas en internet, las recomendaciones de a quién agregar como amigo/a en Facebook o a quién seguir en Twitter están basadas en un análisis pormenorizado de nuestros comportamientos individuales y colectivos que busca anticipar, vigilar y moldear nuestras conductas cotidianas. Además de su utilidad para quien quiera hacer publicidad de sus productos y de su potencial en tanto herramientas de vigilancia estatal, estas plataformas permiten que las corporaciones que las manejan organicen ámbitos de la vida privada o personal, y en ese sentido logran —al menos en cierta medida— planificarlos.

En síntesis, hay tres procesos de la planificación capitalista a gran escala que se entrelazan: 1) la planificación de los procesos de producción (de mercancías y conocimiento) que llevan adelante todos monopolios intelectuales pero que aquellos que ofrecen servicios en la nube centralizan y utilizan en su propio beneficio, 2) la planificación del proceso de distribución (la mano (in)visible del mercado que opera en las plataformas de comercio electrónico) y 3) la influencia de las plataformas en la esfera de consumo, incluidas las relaciones sociales personales o directas que establecemos.

Considerando de conjunto a estos tres procesos de planificación, podemos pensar a la planificación capitalista a gran escala como una experiencia antidemocrática, profundamente asimétrica y que alcanza



a todos los ámbitos de nuestra vida. ¿Es posible proyectar a partir de esta forma de planificación un escenario de planificación obrera, socialista y, por lo tanto, democrática y equitativa?

Técnicamente cerca, políticamente lejos

El avance de la planificación capitalista a gran escala puertas afuera de la unidad de producción (es decir, sin importar quién tiene formalmente la propiedad de los medios de producción) tira por la borda la caricatura que profesa que el socialismo no es posible porque terminaríamos usando la misma remera y el mismo par de zapatos. El análisis de grandes volúmenes de datos con inteligencia artificial permite anticipar cambios en las necesidades individuales a escala global y organizar la producción de acuerdo a esas necesidades. Al mismo tiempo, la «internet de las cosas» facilita la planificación a nivel técnico en la fábrica.

Pero entonces, si ya es posible un sistema planificado en el cual tenemos todos los pares de zapatos que queremos e incluso llegan nuevos a nuestra puerta antes de que se nos rompan los que tenemos en uso, ¿qué hace falta para que un proyecto de planificación socialista sea viable? En otras palabras: si las limitaciones técnicas para el socialismo ya no son tales, ¿por qué, en un contexto de desigualdades en aumento que clama a gritos por soluciones, pareciera alejarse la perspectiva de un mundo en el cual reine la

máxima «De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades»?

La planificación no es únicamente un ejercicio técnico, se trata de una relación social de producción que, en el capitalismo actual, se desarrolla de manera jerárquica o asimétrica. Se expresa en la capacidad de los monopolios intelectuales de capturar porciones crecientes de valor producido en organizaciones de todo el mundo a partir de apropiar sistemáticamente conocimiento convertido en activos intangibles, lo cual resulta en un creciente poder político que habilita a estas empresas a imponerse incluso sobre Estados a lo largo y ancho del mundo. La planificación capitalista es política en la medida que los monopolios intelectuales organizan, controlan y regulan a su favor esferas enteras del capitalismo, como si fueran Estados.

La planificación socialista también debe ser política. Pero, a diferencia de la planificación capitalista, debe ser, además, profundamente democrática lo cual exige la democratización de la producción y del acceso al conocimiento. Aunque estamos muy lejos de iniciar estas transformaciones, por más que los monopolios intelectuales sigan apropiando porciones crecientes de conocimiento y definan las agendas dominantes de la producción científica y tecnológica, no debemos permitir que se apropien también de nuestra capacidad de imaginar y crear nuevos (mejores) mundos. ●



VOLVER AL FUTURO
LABORATORIO

TEXTO
EDEMILSON PARANÁ

TRADUCCIÓN
VALENTÍN HUARTE

Es mejor socializar un banco que robarlo

El dinero, los bancos y el crédito en la transición al socialismo.

En 1891, analizando la experiencia de la Comuna de París, derrotada 20 años antes, Friedrich Engels escribió: «Lo más difícil de comprender es indudablemente el santo temor con que aquellos hombres se detuvieron respetuosamente en los umbrales del Banco de Francia». Las experiencias de poder más recientes de la izquierda indican que la decepción de Engels en relación con el «éxtasis [de los comuneros] ante la caja de la gran burguesía» todavía nos es dolorosamente familiar. Un siglo y medio después, debemos confesar que el poder del dinero y de las finanzas nos genera el mismo sentimiento de «respeto sagrado».

Es sabido que la conservación del poder de Versalles sobre el Banco de Francia fue uno de los factores determinantes de la derrota de la Comuna. Contando con la ingenuidad y la parálisis de los comuneros, la institución permitió canalizar cantidades de dinero considerables que beneficiaron a quienes tomaron a su cargo la represión del pueblo de París en armas y condujo a la aniquilación de la revolución social.

La actitud de los revolucionarios frente al Banco de Francia es comprensible cuando se consideran las estrategias de las tendencias mayoritarias que actuaron en el proceso, a saber, las de Pierre-Joseph Proudhon y las de Louis Auguste Blanqui. Este rescate histórico tampoco es anecdótico y todo indica que nos obstinamos en no aprender la enseñanza que contiene: mientras los últimos proponían tomar el banco por las armas sin saber qué hacer después, los primeros argumentaban que la toma y la violación de la institución —«fortuna del país»— conduciría a la industria, al comercio y al resto de las actividades económicas a una verdadera catástrofe.

A partir de entonces, la misma advertencia (o mejor, el mismo chantaje) se repite sin cesar cada vez que la izquierda tiene posibilidades de llegar al poder —o cuando lo hace efectivamente— por medio de las urnas o de las armas. Es decir, que cualquier intervención política distributiva y democrática en el mundo del dinero y de las finanzas nos conducirá necesariamente al caos y a la ruina total.







CORTO CIRCUITO

Aún así, superar nuestra vacilación sobre el tema de las finanzas no solo es posible sino también necesario. De hecho, constituye una condición previa para efectuar cualquier transformación social sustantiva.

A guillotinar

El propio Lenin se mostró bastante optimista sobre lo fácil que sería crear un «sistema bancario socialista» adecuado a una economía planificada. En sus palabras, con la banca era cuestión simplemente de «amputar lo que mutila capitalistamente este aparato excelente». Sostuvo que el imperialismo, caracterizado por la monopolización del capital y por el surgimiento del capital financiero, era «el prelude de la revolución socialista», pues aunque la apropiación siguiera siendo privada, implicaba un enorme progreso en términos de la socialización de la producción (que, según Marx, sentaba las bases de una economía socialista). La magnitud de la centralización de capital permitiría que los grandes monopolios transnacionales internalizaran completamente la planificación de la producción. Por consiguiente, bastaba «simplemente» con que el proletariado expropiara a la burguesía mediante la toma del poder.

En el transcurso de las experiencias revolucionarias del siglo XX, este marco definió casi exclusivamente la concepción del dinero y de las finanzas en la transición al socialismo. En vísperas de la Revolución de Octubre, Lenin parecía decidido a tomar por las riendas el poder de las finanzas y no dejarse amedrentar por él, como sí lo habían hecho los comuneros:

Un solo banco estatal, el más grande de los grandes, con sucursales en todos los distritos

rurales, en todas las fábricas, constituirá hasta nueve décimas partes del aparato socialista. Será la contabilidad de todo el país, de la producción y distribución de todos los bienes. Esto será, por así decirlo, algo así como el esqueleto de la sociedad socialista.

El proceso de transición del capitalismo al socialismo reveló ser mucho más complejo y prolongado de lo que habían anticipado Marx y sus seguidores.

Pero el proceso de transición del capitalismo al socialismo reveló ser mucho más complejo y prolongado de lo que habían anticipado Marx y sus seguidores. En primer lugar, a causa de las guerras civiles y de la destrucción casi completa de la producción, que no pocas veces llevó a las fuerzas revolucionarias a retroceder. La feroz reacción de la clase dominante frente al avance de la revolución —tanto antes como después de la toma del poder del Estado— tendió a expresarse económicamente en la fuga de capitales (extranjeros y nacionales), en los paros patronales, en la devaluación y en la hiperinflación, en el agotamiento de las reservas internacionales y en la recesión y las crisis financieras, es decir, en la implacable materialización de las amenazas históricas de los dueños del dinero.

En ese sentido, el objetivo central de todos los socialistas a lo largo del siglo XX fue mantenerse en el poder, lograr un triunfo definitivo en la guerra civil y producir y reproducir dignamente las condiciones de vida de la sociedad en medio de la adversidad. Como era de esperarse, las medidas vinculadas a los bancos y al crédito terminaron subordinándose a ese objetivo fundamental. En ciertas ocasiones, ello implicó modificar el patrón monetario (en el intento de acabar con la inflación), congelar precios y salarios, centralizar el «crédito», conservar las relaciones mercantiles, la moneda y las empresas privadas, definir





ES MEJOR SOCIALIZAR UN BANCO QUE ROBARLO

sectores prioritarios (como el comercio exterior, con el fin de obtener divisas e importaciones), participar en sistemas de pago internacionales, etc.

Por lo tanto, hasta ahora ninguna experiencia práctica de construcción socialista consiguió eliminar la propiedad privada ni las relaciones mercantiles-capitalistas. En cambio, todos los gobiernos revolucionarios intentaron articular, cada uno a su modo, un tipo de convivencia conflictiva entre propiedad colectiva y propiedad privada, plan y mercado, relaciones sociales y relaciones capitalistas. Incluso la nacionalización, la estatización y la colectivización de sectores económicos esenciales (bancos, comercio exterior, grandes empresas) implementadas durante esas experiencias estuvieron subordinadas al dilema fundamental de la supervivencia inmediata, y muchas veces terminaron reculando por distintos motivos, vinculados sobre todo a la magnitud de la destrucción y a la necesidad de supervivencia política y económica de la revolución en medio de un relativo aislamiento internacional.

Es necesario destacar que, conforme había advertido Marx, controlar y remodelar radicalmente el sistema de crédito, las finanzas y el dinero son condiciones necesarias pero no suficientes para superar el capitalismo. Sin embargo, esta obviedad no nos quita la responsabilidad de preguntarnos qué enseñanzas nos dejaron las experiencias del pasado, para así formular hipótesis del modo concreto en que el «sistema de crédito servirá como una palanca poderosa durante la transición», como subrayaba Marx.

Hasta ahora ninguna experiencia práctica de construcción socialista consiguió eliminar la propiedad privada ni las relaciones mercantiles-capitalistas.

Técnica y política

Puede ser difícil imaginar tal palanca de transición. De hecho, Marx es parte de una larga línea de pensadores que, a pesar de sus aversiones al pensamiento utópico, tendieron a ver la abolición del dinero como una condición necesaria para el futuro socialista.

Desde un punto de vista marxista, el socialismo se diferencia del capitalismo en función de sus relaciones sociales de producción y de propiedad. En consecuencia, la construcción teórico-conceptual marxista relativa a los bancos y a las finanzas durante la transición socialista —igual que la de las relaciones mercantiles, la mercancía, el valor, el dinero, los salarios, el crédito, etc.— plantea la necesidad de una transformación radical tanto de forma como de contenido. No obstante, estos aspectos fueron apenas esbozados, y las experiencias concretas de construcción socialista siguieron otros caminos.

A la gente le gusta citar la famosa frase de Marx de que «no deberíamos escribir recetas para las cocinas del futuro». Pero, en realidad, al menos en lo que respecta al dinero y las finanzas, estaba dispuesto a sugerir algunos ingredientes.

Según Marx, la sociedad socialista surgida del capitalismo estaría fundada en «la propiedad común de los medios de producción». De esa forma, los productos del trabajo humano, obtenidos por medio de la transformación de la naturaleza, no serían mercancías, es decir, no tendrían la cualidad de valor de la que los dota el intercambio. En el socialismo, el trabajo individual sería parte inmediata del trabajo social total.





CORTO CIRCUITO

Así, el dinero no cumpliría la función de equivalente general, sino solo de medio de cambio.

Como explica Marx en su *Crítica del Programa de Gotha*, en lugar de dinero/moneda, el trabajador recibiría un «certificado» proporcional a su tiempo de trabajo que lo habilitaría a retirar de los depósitos sociales de medios de producción la parte equivalente a la cantidad de trabajo rendida. Entonces, el intercambio de equivalentes cambia de contenido y de forma: las relaciones sociales capitalistas no existen más, como tampoco existe la propiedad privada de los medios de producción (y la consiguiente explotación de la mano de obra, que permite percibir ganancias, intereses y renta de la tierra). Sin haber llegado todavía al anhelado horizonte comunista de «cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades», la situación está circunscrita por el derecho burgués que determina el intercambio de equivalentes (cantidades de trabajo).

De esa manera, las funciones del dinero —principalmente las de unidad de cuenta y medio de pago, pero también la de reserva de valor— pasarían a ser desempeñadas por los llamados «bonos» (o cualquier otro nombre que sirva para diferenciar esa realidad del dinero en su acepción capitalista), que expresarían directamente una cantidad determinada de trabajo socialmente útil y que podrían intercambiarse por cualquier otro equivalente de la producción social.

Con la abolición tendencial de las relaciones mercantiles, el dinero deja de existir como equivalente general del valor y de los intercambios entre mercancías. Con la transformación de las relaciones sociales de producción y la supuesta falta de autonomía relativa de esos «certificados», los bancos se reducirían a meros depositarios de «bonos» o «certificados» de la población y funcionarían como operadores financieros dirigidos por las prioridades de la planificación

(además de realizar otras tareas, como por ejemplo, cobrar impuestos). Así enlazamos la cuestión de las finanzas y del dinero en el marco prospectivo general de factores que definen el horizonte socialista: la propiedad colectiva de los medios de producción (en vez de la propiedad privada), la planificación de la producción y de la distribución/consumo sociales (en vez de las relaciones mercantiles) y las cooperativas de trabajadores autónomos (en vez de capitalistas).

Aun considerando esta apuesta utópica como algo legítimo, y haciendo abstracción de las condiciones adversas de la lucha política a las que hicimos alusión antes, no deja de suscitar toda una serie de problemas. Algunos surgen del propio aprendizaje histórico de las experiencias socialistas del siglo XX, otros de la naturaleza compleja e integrada del capitalismo contemporáneo. Veamos de qué se trata.

I. Con la reducción tendencial del mercado y del dinero como instrumentos de coordinación social de la producción y del consumo (y, si se quiere, de «comunicación de información» por medio de los precios), ¿cuál sería el canal de «escucha» económica alternativo? De no lograr encaminar satisfactoriamente este problema, se corre el riesgo de que el proceso derive en el dirigismo autoritario (prioridades y decisiones económicas fundamentales tomadas por una casta de técnicos y burócratas) y en la ineficiencia de la asignación de recursos e inversiones, la caída de la tasa de crecimiento de la productividad por falta de innovación, etc., con la consecuente insatisfacción popular y el debilitamiento político del nuevo régimen. Aquí entra en juego el problema conocido como el «cálculo económico en el socialismo» que, como se discute en otros artículos de esta revista, es un debate —para algunos aún abierto— sobre la propia *viabilidad del socialismo en tanto sistema económico*.

Es verdad que, habiendo domado la «anarquía» de





ES MEJOR SOCIALIZAR UN BANCO QUE ROBARLO

mercado típica del capitalismo y reorientado las prioridades y las formas de inversión, algunas experiencias socialistas protagonizaron procesos sorprendentes en términos de crecimiento económico, mejora de la producción y bienestar social. Pero la discusión de la asignación de recursos y la distribución nunca dejó de ser un punto problemático, algo que no se puede conjurar solo mediante la deliberación pública de los trabajadores reunidos en asamblea.

La asignación de recursos constituye un problema técnico complejo y real, pues lo que está en cuestión es la coordinación de los deseos y las acciones de millones de personas, con todos los problemas y dificultades que plantea ese tipo de deliberación. La respuesta contemporánea, fundada en el poder ampliado de la recolección de información y en el procesamiento informático de alta complejidad, es más prometedora y hasta cierto punto adecuada, pero no deja de ser parcial y omite aspectos fundamentales (tales como la definición de prioridades y valores sociales para orientar la producción, la multiplicidad y multidimensionalidad de dichos criterios, así como la correspondiente información que demandan, las instituciones sociales necesarias para ello, etc.).

II. Partiendo de la eliminación tendencial del mercado y, consecuentemente, del valor como norma social y del trabajo abstracto como sustancia del valor —es decir, de la eliminación del intercambio mercantil como espacio de validación del tiempo de trabajo socialmente necesario—, ¿cómo definir, en la constitución de los «certificados» a los que hicimos refe-

rencia, la proporción entre cierta cantidad de trabajo individual inmediato y el tiempo de trabajo social total, especialmente si consideramos la diferencia cualitativa concreta de las formas de trabajo existentes en una sociedad compleja, que implica distintos niveles de formación, entrenamiento, especialización, intensidad, tecnología/productividad, etc.? ¿O debemos asumir, por convención, que la hora de trabajo de un ingeniero químico y la de un chófer son equi-

valentes? ¿Cómo asignar socialmente a las personas en trabajos distintos sin que se produzcan nuevas desigualdades? ¿O es que debemos tolerar cierto grado de desigualdad? Además, ¿cómo y con qué criterios llevar a cabo la división general del trabajo (quién da las órdenes, quién las recibe) durante la transición?

Algunas experiencias socialistas protagonizaron procesos sorprendentes en términos de crecimiento económico, mejora de la producción y bienestar social. Pero la discusión de la asignación de recursos y la distribución nunca dejó de ser un punto problemático.

III. Cabe imaginar que, durante la transición, la capacidad de movilizar recursos dirigidos a nuevas prioridades sociales será —como de hecho fue— una cuestión estratégica: construir carreteras, escuelas, hospitales, rediseñar ciudades y equipamientos públicos, abrir nuevas ramas productivas o activar una amplia reconversión productiva hacia una economía verde, etc. Vedado el apalancamiento financiero (bajo el comprensible argumento de que eso refuerza la concentración de recursos y el poder social desigual de los dueños del dinero), ¿cómo definir, en términos prácticos, durante la transición al socialismo, el «financiamiento» de nuevas prioridades sociales?

De modo análogo al razonamiento típico de la ortodoxia económica, ¿se trataría simplemente de movilizar fondos provenientes del acaparamiento y del





CORTO CIRCUITO

consumo negado (ahorro)? ¿Serían esos los sustentos de la inversión? En caso de responder por la positiva, no nos habríamos liberado de cierto «ricardismo de izquierda», bastante limitado en su capacidad de pensar el papel alternativo del «sistema de crédito como palanca poderosa» de la transición.

En la ardua tarea de encontrar una orientación en medio de estos desafíos, debemos evitar dos formas simplistas de automatismo. La primera considera que el desafío es meramente político y no técnico; la segunda plantea lo inverso, es decir, que se trata de un problema meramente técnico. En cierta medida, los dos polos son los fantasmas de aquellas viejas posiciones de los comuneros que no dejan de atormentarnos: la de los proudhonianos y la de los blanquistas. Los primeros, apegados a formalismos económicos e institucionales sin considerar de manera realista la dimensión política de las finanzas; los segundos, siempre dispuestos a la acción política, pero sin contemplar adecuadamente las complejidades técnicas y económicas del problema.

Contra ambas formas debemos destacar que el problema es a la vez político y técnico, o mejor dicho, técnico en cuanto político y político en cuanto técnico.

Las posibilidades actuales

El terreno actual es en gran medida distinto y más desafiante que el del pasado. Sin embargo, también plantea nuevas posibilidades. La tarea es imaginar soluciones técnicas para el futuro. Pero si queremos enfrentar una red de finanzas y tecnología cada vez más compleja, necesitamos que esas soluciones estén intrínsecamente unidas a una visión política. El presente nos brinda ejemplos de autonomización del dinero y

de las finanzas frente al valor, de modos ingeniosos de ampliar las formas de capital ficticio y del poder creciente que este tiene sobre las otras dimensiones de la economía. La lógica autocentrada y cortoplacista de la especulación financiera está en todas partes.

En este marco, el sistema financiero y los bancos juegan un papel muy importante como concentradores del dinero de la sociedad, en su transformación en capital que rinde interés (con aceleración de la acumulación) y capital ficticio. El sistema bancario de reserva fraccionaria y el apalancamiento relativamente supervisado por el Estado se materializan en la existencia de instituciones como los bancos centrales, las comisiones de valores y los organismos internacionales que, no obstante, no son capaces de evitar las crisis financieras recurrentes.

En medio de esta «financierización de todo», y con una generación de capital ficticio de niveles inimaginables, otros participantes empiezan a ejercer funciones antes restringidas a los bancos. Eso hace que el ambiente sea todavía más complejo. Pensemos en los fondos de pensión, en los Money Market Funds, en la acción financiera directa de los monopolios transnacionales, en las Fintechs, en las BigTechs, en las formas de Shadow Banking, en las criptomonedas...

En cierto sentido, es como si en el capitalismo digital de nuestra época las empresas de tecnologías se parecieran cada vez más a las instituciones financieras y las instituciones financieras se parecieran cada vez más a las empresas de tecnología. Eso plantea una serie de disputas que recién estamos empezando a comprender, como las que se dan entre las grandes empresas tecnológicas, los grandes bancos e instituciones financieras, los gobiernos y los ciudadanos.





ES MEJOR SOCIALIZAR UN BANCO QUE ROBARLO

Pensando el dinero, los bancos y el crédito como formas históricamente determinadas de técnicas sociales capitalistas (por un lado, de coordinación, y por otro de impulso y orientación de la producción), cabe destacar dos niveles de propuestas: uno más general, vinculado con ciertos horizontes o principios políticos y sociales a alcanzar, y otro más pragmático y operativo.

Las propuestas más generales apuntan a promover, donde sea posible, la desmercantilización de la sociedad, y a experimentar con otras formas de coordinación de informaciones, de acciones y procesos, a la vez análogas y contrapuestas al dinero, con una proporción decreciente de sectores en-

tregados al mercado y con más formas de coordinación volcadas a lo «común». En términos más específicos, por medio del fortalecimiento de la independencia, de la autonomía y del poder político del trabajo (autoorganizado, se trata de avanzar hacia experiencias capaces de debilitar el carácter mercantil de la fuerza de trabajo, es decir, experiencias donde el trabajo se aproxime tendencialmente a una «participación» directa —o a la más democrática posible— en la producción social (presupuestos, condiciones y resultados). Como se indicó anteriormente, tales direcciones tienden, en sí mismas, a conducir o presionar hacia un reposicionamiento de los roles tradicionales del dinero, los bancos y el crédito en el proceso de transición.

En relación con la dimensión más práctica e inmediata del asunto, ciertas posibilidades actuales abren alternativas interesantes. En el campo de la «comunicación de informaciones» referente a la oferta y la

demanda, mecanismos digitales conectados en red y procesados no solo por computadoras potentes, sino también por dispositivos digitales personales, sumados a toda la información que se emite en tiempo real, definitivamente podrían ayudar a resolver técnicamente algunas de las dificultades de las experiencias socialistas que mencionamos, articulando mejor, por medio de vías alternativas al mercado, los ritmos de producción, circulación y consumo. Lo mismo vale para la articulación de informaciones, acciones y procesos de cooperativas de trabajadores y consumidores en distintos campos y sectores.

Cabe imaginar que no podremos efectuar la transición de un modo de producción a otro sin auxilio del mercado, o mejor, sin una nueva forma de combinación provisoria entre plan y mercado.

A diferencia de los relatos difundidos durante las últimas décadas, las experiencias socialistas, la economía de guerra capitalista y el período del capitalismo desarrollista de la posguerra mostraron con mucha claridad que la planificación funciona en términos de crecimiento y de optimización o «eficiencia» económica. Es más: el capitalismo desarrollado nunca existió, ni siquiera bajo el neoliberalismo tardío, sin una combinación de distintas formas de articulación entre plan y mercado (por más que Hayek y los popes del neoliberalismo nos quieran hacer creer que capitalismo es sinónimo de mercado).

A la luz de esto, cabe imaginar que no podremos efectuar la transición de un modo de producción a otro sin auxilio del mercado, o mejor, sin una nueva forma de combinación provisoria entre plan y mercado, que aparentemente nos acompañará durante un período de tiempo considerable. Durante una transición socia-





lista, la posibilidad de controlar la fuerza de apalancamiento financiero y el poder social del dinero pasará por saber reconstruir técnicamente esas realidades y reorientarlas políticamente hacia fines específicos.

Uno de los presupuestos articuladores del proceso radica en encontrar otra lógica de coordinación macroeconómica multidimensional —intra e intersectorial, y tanto mejor si es internacional— motivada por necesidades sociales urgentes (cuidado del bienestar social, del arte, de la cultura y de la educación, de la transición ecológica) en lugar de guiada por el lucro inmediato. En ese sentido, el Estado y la sociedad deben encabezar el ciclo económico, redirigiendo la inversión en consonancia con las nuevas formas de prioridad, control y propiedad. La combinación de mecanismos concretos de democratización económica de la decisión y propiedad en el ámbito laboral, de distribución de riqueza, de reposicionamiento de la política fiscal y monetaria, de rearticulación de los arreglos tributarios, junto con una política industrial acorde con los objetivos antes mencionados, sería un buen punto de partida.

Por otro lado aparece toda una serie de innovaciones técnico-institucionales que deberían integrar los procesos, los mecanismos y las soluciones tecnológicas existentes. Dependiendo de su modo de articulación y sustento sociopolítico, la reconfiguración digital del dinero, el avance del Big Data, la aparición de la *blockchain* y de las Fintechs, de la inteligencia artificial y del *machine learning* podrían abrir un campo de experimentación con nuevas formas de coordinación en esta área, tanto a nivel «micro» (es decir, intercambios inmediatos entre agentes) como a nivel «macro» (es decir, la dinámica sistémica).

Como han sugerido recientemente Aaron Benanav y Evgeny Morozov, entre otros, el creciente y generalizado proceso de digitalización ofrece a la izquierda la posibilidad de detectar nuevas necesidades y formas de satisfacerlas a través de mecanismos ajenos al mercado, generar la coordinación social necesaria en asuntos no relacionados con la producción y el

consumo y replantear la coordinación en el ámbito económico a través de una «planificación automatizada» y centralizada.

Pensemos en las posibilidades técnicas que abren las distintas formas de relación entre las funciones financieras y las funciones propiamente monetarias del dinero. Por ejemplo, las formas de dinero digital programadas técnicamente para ser gastadas de un modo determinado, durante cierto período y en cierta jurisdicción, o para ser intercambiadas solo por tal o cual tipo de producto o servicio, por tal o cual forma de dinero, etc. O bien en las posibles formas de transparencia y participación de las decisiones de inversión que abren las tecnologías digitales; en la posibilidad de rearticular la relación entre centralización y descentralización de procesos, de repensar el (des)apalancamiento y la (des)concentración de recursos, de aplicar sistemas fiscales fuertemente progresivos o sistemas de sociedades comerciales y coparticipación distintos.

De acuerdo con Marx, «algunas dificultades relativas a una forma inferior [de dinero] pueden ser evitadas mediante una forma superior». Sin embargo, contra cualquier futurología ingenua o solucionismo utópico, debemos destacar nuevamente que la transformación radical en el campo de las finanzas deberá estar articulada inexorablemente con otros aspectos, tales como la reconfiguración de las relaciones de trabajo, producción y propiedad, las formas de producir y consumir, sus objetivos y prioridades, las relaciones de poder en la sociedad, etc.

Vale la pena señalar, una vez más, que el debate en torno a las finanzas marca un punto en el que lo político y lo técnico se vuelven indistinguibles. Comprendido eso, es hora de que nos atrevamos a elaborar, construir y experimentar —técnica, institucional y políticamente— en este terreno, superando de una vez por todas el viejo «éxtasis ante la caja de la gran burguesía».●

** Además de las sugerencias de los editores, este artículo se benefició de diálogos con Maria de Lourdes Mollo, Eduardo Albuquerque, Alfredo Saad-Filho, Eleutério Prado y Alberto R., a quienes agradezco su lectura y comentarios.*



Capital Cultural

TENGA CUIDADO DOC,
NO LE VAYA A CAER UN RAYO

Una utopía aceleracionista

El cosmismo ruso participó de un momento histórico en el que el socialismo fue el ámbito futurista donde se aspiraba a cumplir las promesas que ni la religión ni la modernidad habían podido realizar.

Desde que escuchamos hablar de la publicación de *Cosmismo: tecnologías de la inmortalidad antes y después de la Revolución de Octubre* nos preguntamos qué sentido tenía, en este contexto, recuperar ese conjunto de textos que inicia en *La filosofía de la causa común*, de Nikolái Fiodorov, que sus discípulos publicaron en 1905, y continúa en textos como el manifiesto *Nuestras afirmaciones*, de Alexander Svyatogor, de 1922, o el ensayo *Pansiquismo, todo siente*, de Konstantín Tsiolkovski, de 1925. La sola referencia a un proyecto político-científico que creía posible la inmortalidad humana, la resurrección de todas las generaciones muertas y la colonización de otros planetas nos pareció expulsiva por su ingenuidad y su grandilocuencia.

Si miramos con atención, es fácil darse cuenta de que el cosmismo participó de un momento histórico en el que el socialismo fue el ámbito futurista donde se aspiraba a cumplir las promesas que ni la religión (inmortalidad, resurrección) ni la modernidad (tecnología al servicio de la sociedad) habían podido realizar. El in-

terés, entonces, tenía que ver con pensar el cosmismo como una utopía —o un impulso utópico— que fue parte del contexto imaginario de la Revolución rusa.

Escena 1: 1924

Después de la Revolución rusa de 1905, el camarada Aleksánder Bogdánov se había transformado en uno de los pocos dirigentes bolcheviques con el prestigio y la altura intelectual suficiente como para disputarle a Lenin la dirección del partido. Como consideraba que el marxismo revolucionario carecía de una epistemología adecuada, entre 1904 y 1906 publicó tres volúmenes de su ambicioso *Empiriomonismo*. Ese proyecto teórico sería demolido metódicamente por Lenin en *Materialismo y empiriocriticismo*, un libro de urgencia política que respondía a la necesidad de neutralizar a Bogdánov antes de la conferencia que el bolchevismo llevó adelante en París durante 1909. Algo que, a fin de cuentas, sucedió. Pero mientras Lenin estudiaba 200 libros para su implacable refutación, Bogdanov



escribía y publicaba *Estrella roja*, una hermosa novela de ciencia ficción con claras tensiones utópicas sobre una sociedad socialista marciana.

Tras la derrota política, Bogdanov ejerció como médico en la Primera Guerra y continuó escribiendo ficción (*El ingeniero Menni*, en 1913) y teoría (su crucial *Tectología: La organización universal de la ciencia*), además de fundar y encabezar el movimiento artístico político conocido como Proletkult, cuya cancelación bolchevique lo condujo a un nuevo ostracismo. En 1924 comenzó con sus experimentos de transfusión sanguínea, a los que justificaba por la necesidad de llevar el socialismo «a nivel fisiológico» para crear una colectividad real en la que se compartiera hasta la sangre. Se llegaron a hacer reuniones en los que varios participantes se transfundían mutuamente, buscando la eterna juventud, uno de los objetivos cosmistas.

La hermana de Lenin, María Uliánova, fue una de las participantes de estos experimentos cuestionados por la comunidad médica. Después de someterse a 11 transfusiones, Bogdánov sostenía que su vista había mejorado y que su calvicie se encontraba en retirada, entre otros síntomas auspiciosos de rejuvenecimiento. El revolucionario Leonid Krasin escribió que el exintegrante del Comité Central «parece tener 7, no, 10 años menos después de la operación» y se convenció de someterse al procedimiento, con un éxito que llamaría la atención del mismísimo Stalin.

Mientras se dedicaba a liquidar a la oposición trotskista, en 1926 Stalin puso a Bogdánov a cargo del Instituto para Hematología y Transfusiones Sanguíneas, preocupado por la «epidemia» de agotamiento que consumía a los líderes bolcheviques (a la que en su momento definen como «consunción revolucionaria» y que hoy llamaríamos síndrome de *burn out*, como explica Eduardo Sartelli en su prólogo a *Estrella roja*). Apenas dos años después de asumir al frente del instituto hematológico, Bogdánov murió producto de transfundirse la sangre de un paciente con malaria y tuberculosis.

Cosmismo y aceleracionismo

En *Realismo Capitalista* (2016), Mark Fisher describe nuestra época como un espacio-tiempo donde el capitalismo se presenta a sí mismo como «única forma de modernidad posible». Un proyecto que imbricara transformación radical de las relaciones sociales, hipertecnología y ciencias duras podía servirnos como contramodelo respecto del clima melancólico de nuestro presente político. Retomando la pregunta de Fisher: «¿Dónde está la izquierda que pueda hablar con confianza en nombre de un futuro alienígena, que pueda celebrar y no llorar la desintegración de las sociabilidades y territorialidades existentes?». El cosmismo parece ser algo así como un resto arqueológico de una edad en la que la izquierda rusa podía levantar la mano ante esa pregunta para decir «acá».

Por otro lado, la idea de situar al cosmismo en el horizonte de la utopía nos permite volver a pensar el conflicto del deseo colectivo. Enfrentados a un contexto donde las nuevas derechas parecen entrar en diálogo con amplios sectores de la sociedad con mayor facilidad que las izquierdas, la pregunta fundamental parece que sigue siendo *por qué las personas luchan por su servidumbre como si se tratara de su libertad*. La condición escindida del deseo en el campo social, tal como lo explicaron Deleuze y Guattari en *El AntiEdipo*, puede llevarnos a una forma de las «más represivas» (neopunitivismos, por ejemplo) o, al contrario, a otra «que proceda a una contracatexis que conecte el deseo revolucionario con el campo social existente». El ejemplo que utilizan es el de las utopías del siglo XIX que, en su lectura, no funcionaron como modelos ideales sino como «fantasmas de grupo, es decir, como agentes de la productividad real del deseo que hacen posible una descarga, retiro de catexis, o una destitución del campo social actual, en provecho de una institución revolucionaria del propio deseo».

Los lazos del cosmismo con el aceleracionismo, en la medida que los fuimos leyendo, se hicieron evidentes. Aun asumiendo que esta corriente teórica contempo-

ránea se fue convirtiendo en un campo de batalla entre posiciones de izquierda y de derecha, y que incluso los autores del *Manifiesto por una política aceleracionista* (2013), Alex Williams y Nick Srnicek, fueron abandonando el término en favor de una revisión de su propio aparato conceptual, creemos que el impulso aceleracionista guarda un momento de verdad cuando se delimita de otras estrategias de izquierda.

En palabras de Simon O’Sullivan (2014), los términos de la resistencia anticapitalista parecen tener hoy dos caminos de direcciones opuestas. Por un lado, existen agentes que se «posicionan no solo contra la web 2.0, sino contra toda la creciente automatización de la vida y su subordinación a las tecnologías impulsadas por algoritmos, entre los que destacan los teóricos del autonomismo como Franco Berardi». Esta línea suele lamentar el proceso tecnológico pidiendo una alternativa en base a colectivos y comunidad, amistades, «contacto» humano más inmediato, etc. En la otra dirección, el impulso aceleracionista conserva un pulso prometeico que se niega a pensar lo humano como lo «auténtico» y reconoce posible conectarlo con «lógicas algorítmicas y prótesis tecnológicas cada vez más omnipresentes». Es decir, una posición que de algún modo recupera el entusiasmo cosmista por generar una alianza entre políticas radicales, hipertecnología y ciencias duras.

Y es precisamente en esa alianza donde puede verse el destello prometeico que comparten el cosmismo y el aceleracionismo, que podría resumirse, en palabras de Ray Brassier, como «la reivindicación de que no hay un límite predeterminado a lo que podamos alcanzar o a los modos en los que podamos transformarnos a nosotros mismos y a nuestro mundo».

Escena 2: 1961

La Unión Soviética pudo ganar la mayor parte de la carrera espacial sobre todo gracias a las pioneras investigaciones del ferviente cosmista Kontantin Tsiolkovsky, quien, mientras ocupaba el modesto

Un proyecto que imbricará transformación radical de las relaciones sociales, hipertecnología y ciencias duras podría servirnos como contramodelo respecto del clima melancólico de nuestro presente político.

La utopía tiene dos campos imaginarios muy delimitados: la intervención sobre el cuerpo humano y el viaje espacial como signo del dominio de la ciencia sobre los ambientes naturales.

cargo de profesor en una escuelita de Kaluga, inventó los cohetes de propulsión líquida, diseñó una nave a retropropulsión para viajes interplanetarios y en 1903 publicó *La exploración del cosmos mediante aparatos a reacción*, el primer trabajo científico sobre viajes espaciales. El llamado «padre de la cosmonáutica» también propuso una serie de tan ambiciosos como polémicos proyectos de geoingeniería para transformar el planeta y avanzar en la conquista del espacio. Una de las consignas de Tsiolkovsky era: «La Tierra es la cuna de la humanidad, pero uno no puede quedarse a vivir en la cuna para siempre».

Desde que en octubre de 1957 el Sputnik mostró que los casi 30 años de ciencia ficción pulp de conquista espacial ya no hacían parte de una visión de futuro sino que se habían transformado en puro presente, la famosa carrera espacial fue un robo para los soviéticos, que ese mismo año pusieron al primer animal en órbita (la camarada cosmonauta Laika), mandaron una sonda a estrellarse en la Luna y le sacaron fotos a su lado oscuro. En 1960 recuperaron con vida a las cosmonautas caninas Belka y Strelka y el inolvidable 12 de abril de 1961 lograron que el camarada Yuri Gagarin sea el primer humano en abandonar el planeta. Unos meses más tarde, Guerman Titov fue el primero en permanecer 24 horas en órbita y, en 1963, Valentina Tereshkova fue la primera mujer en el espacio. En 1965 hubo caminata espacial, y al año siguiente, el primer alunizaje exitoso y otro descenso en Venus.

Bueno, después los gringos llegaron a la luna (sí, llegaron) y dieron vuelta el partido. Así y todo, du-

rante un tiempo continuaron los triunfos de la URSS (primera sonda robot en la Luna, estación espacial, satélite orbital en Marte, etc.), pero la clarividencia stalinista que había calificado a la informática como ciencia burguesa —junto con algunas áreas de la física, la genética y el psicoanálisis— comenzó a pesar, y ya no hubo forma de alcanzar y superar a las computadoras estadounidenses.

En cualquier caso, el «¡Vámonos!» de Yuri al despegar con la Vostok 1 desde el Cosmódromo de Baikonur abrió una nueva era y su vuelo, de apenas 108 minutos, ya forma parte de la mitología humana. No es cierto que haya dicho «No veo a ningún Dios aquí arriba», pero sí dijo «Veo la Tierra... ¡es tan hermosa! El cielo se ve muy, muy oscuro y la Tierra tiene un tono azul. Desde las alturas del cosmos, la Tierra se ve nítidamente, se distinguen las islas y las costas y claramente las montañas. Pobladores del mundo, salvaguardemos esta belleza, no la destruyamos». Luego de la hazaña, durante el peligroso reingreso, el camarada Yuri canta «La patria oye, la patria sabe» y le sobra humor para tranquilizar a la campesina soviética en cuyo campo cae, que le preguntó si venía del espacio exterior: «Ciertamente, sí. Pero no se alarme, soy soviético».

El evento técnico como imaginación política

Como vimos, los proyectos biopolíticos de los cosmitas van desde planes de rejuvenecimiento de la población anciana con sangre joven hasta la conquista del



cosmos, pasando por métodos puramente artificiales y no sexuales para la producción de seres humanos que se derivaban de la práctica de copiado (Valerián Muraviov).

La utopía tiene, entonces, dos campos imaginarios muy delimitados: la intervención sobre el cuerpo humano y el viaje espacial como signo del dominio de la ciencia —a través de la máquina— sobre los ambientes naturales. En uno y otro caso, expresan la pulsión a negar los límites de lo dado.

Este fervor prometeico no era una rareza por entonces. El prólogo de Martín Baña y Alejandro Galliano al libro de Caja Negra relaciona la imaginación cosmista con otras dos corrientes científico políticas de la época: el transhumanismo de Julian Huxley, que en los años veinte ya plantea «la posibilidad del perfeccionamiento fisiológico, de una mejor combinación de las facultades existentes, de elevar las facultades actuales del hombre a nuevas alturas y aún el descubrimiento de nuevas facultades» y el bernalismo de John Desmond Bernal y J. B. S. Haldene, quienes proponían reemplazar el carbón con molinos de viento, incrementar la inteligencia y la imagina-

ción mediante psicofármacos o construir un hábitat espacial en forma de esfera hueca que fuera capaz de albergar hasta 25 mil personas en el espacio.

Lo que importa no es tanto el listado de objetos y saberes técnico-científicos sino, por un lado, poner a los cosmistas en un contexto de época que permita comprender que el prometeísmo científico recorría buena parte de Europa y, por otro, comprender que esa ruptura entre la radicalidad política del imaginario socialista y la radicalidad científica se desvaneció en la posguerra. O, para decirlo en palabras de Baña y Galliano, que esta confianza en la «gestión tecnológica de la humanidad sonaba herética después de Auschwitz e Hiroshima». El tristemente célebre *affaire Lysenko* de los años 30 y 40, cuando el estalinismo decidió hacer de esas hipótesis biológicas erradas la doctrina oficial de la URSS, también aportó a la ruptura de alianzas perdurables entre ciencias duras y proyectos socialistas.

Si miramos el presente, veremos que las resonancias contemporáneas de aquellas ideas no solo existen sino que se multiplican: el programa de investigación para revertir el envejecimiento celular de Aubrey de Grey, gerontólogo autor de *El fin del envejecimiento*

y habitual charlista de las *Tech talks* de los laboratorios Google, o los viajes espaciales de multimillonarios como Elon Musk y Jeff Bezos, pero también la política *cyborg* de Donna Haraway, la teoría *queer* de Paul Preciado o las hipótesis político-tecnológicas del xenofeminismo. Es decir, la herencia cosmista parece estar en disputa, y eso supone un ambiente ambiguo que no nos invita ni a una fe total en la tecnología ni a un rechazo preventivo.

Nos gustaría, en este punto, volver a una caracterización que utiliza Marshall Berman: «Los pensadores del siglo XIX eran, al mismo tiempo, enemigos y entusiastas de la vida moderna, en incansable lucha cuerpo a cuerpo con sus ambigüedades y sus contradicciones; la fuente primordial de su capacidad creativa radicaba en sus tensiones internas y en su ironía hacia sí mismos». En cambio, añade, en el siglo XX, «la Modernidad es aceptada con un entusiasmo ciego y acrítico, o condenada con un distanciamiento y un desprecio neoolímpico; en ambos casos es concebida como un monolito cerrado, incapaz de ser configurado o cambiado por los hombres modernos». En cuanto a esa lucha cuerpo a cuerpo con las ambigüedades, creemos que el proyecto cosmista todavía puede servir como modelo de escape.

Escena 3: 2020

A pársecs de distancia de las ambiciones xenofeministas de hackear el sistema de seguridad del *we-ware* humano por medio de terapias hormonales en plan «hágalo-usted-mismo» para volver realidad la consigna de «¡Si la naturaleza es injusta, cambiemos la naturaleza!», el actual poder político ruso utilizó hormonas, anabólicos y otras drogas para objetivos que no tienen nada que ver con el abolicionismo de género o cualquier imaginario emancipatorio futurista sino con ambiciones mucho más pedestres y patrioterías: que los atletas rusos ganen medallas en los

juegos olímpicos gracias a una retorcida estrategia que combinaba dopaje y espionaje por partes iguales.

En 2015, Grigory Rodchenkov, el cerebro detrás del sistema de dopaje de la Federación Rusa —que, con todo el apoyo oficial, logró que durante décadas que más de mil atletas de 30 deportes obtuvieran premios internacionales— decidió escapar a los Estados Unidos con un disco duro rebosante de pruebas de la manipulación de los testeos. En 2020, el denunciante, que sigue viviendo en EE. UU. como testigo protegido, publicó un libro donde cuenta su versión de la historia: *El caso Rodchenkov. Cómo derribé el imperio secreto de dopaje de Rusia*. «Ideamos la trampa más grande de la historia del deporte», escribe allí. Sus revelaciones ponen bajo una nueva luz incluso el famoso boicot soviético a las olimpiadas de Los Ángeles de 1984.

Después de una investigación, la Agencia Mundial Antidopaje (AMA) concluyó que Rusia «alteró intencionadamente» los positivos de dopaje y decidió excluirla de las competiciones internacionales durante cuatro años, dejándola fuera de los Juegos de Verano de Tokio 2020 y los de invierno de Pekín en 2022. Originalmente tampoco iba a poder participar del Mundial de fútbol de Qatar 2022, pero el Tribunal Arbitral del Deporte (TAS) redujo la sanción de la AMA a la mitad. Los intereses comerciales y las presiones políticas lograron minimizar un escándalo que muestra hasta qué punto se pueden distorsionar los sueños de una ciencia al servicio de la máxima libertad humana, de la lucha contra la muerte y la conquista del cosmos. Pero puede que no sea todo pérdida.

El gran escape

La primera vez que escuchamos hablar sobre cosmismo no fue en el libro de reciente publicación sino en un artículo de Benedict Singleton incluido en la selección de textos que también publicó Caja Negra

**El impulso cosmista
considera que el planeta
Tierra es una trampa y
concibe el proyecto común
de la filosofía, la economía
y el diseño como la
formulación de los medios
para escapar de ella.**

en 2017. Ahí leímos que, para Fiodorov, «la naturaleza aparece como la fuerza de la *necesidad* que confina y eventualmente abate a los seres humanos (y la vida toda)». La naturaleza es aquí caracterizada por su total indiferencia, en tanto que al estar privada de conciencia «no sabe lo que hace», por lo que tampoco es «cruel». En este sentido, Fiodorov asume que «amar la naturaleza» es un acto de indulgencia de parte de la élite intelectual que tiene su vida diaria protegida de las inclemencias gracias a avances tecnológicos que actúan contrarrestando lo «natural».

Su proyecto, explica Singleton, es vencer la naturaleza pero no destruirla ni dominarla. Vencerla es vencer la inercia. Y para eso hay que comprender los procesos en los que la vida está implicada. «La vida parece una suerte de accidente, un descuido o indulgencia de parte de la muerte», dice Fiodorov. Y se propone, entonces, introducir la razón en la naturaleza para forjar un entorno más hospitalario. Contra la idea de progreso, Fiodorov propone un deber, un compromiso racionalista contra la muerte.

El impulso cosmista considera, de este modo, que el planeta Tierra es una trampa y concibe el proyecto común de la filosofía, la economía y el diseño como la formulación de los medios para escapar de ella: concebir la fuga a la máxima escala posible, «un asalto en el que nos hurtamos a nosotros mismos de la caja fuerte», dice Singleton.

La necesidad de diseñar ese gran escape que soñaron los cosmistas rusos es lo que retorna en los pensadores aceleracionistas de izquierda como Mark Fisher, Helen Hester y tantxs otrxs. Pero, cabe la pregunta, ¿de qué queremos escapar? En primer lugar, por supuesto, del capitalismo y su realismo político. De los futuros cancelados. Del «no hay alternativa» de Margaret Thatcher. De la apatía y la depresión como clima de época. Pero para eso, antes, es imprescindible escapar

también de aquello que Wendy Brown bautizó como «melancolía de izquierda», definiéndola como «un apego luctuoso, conservador y retrógrado a un sentimiento, un análisis o una relación que se ha vuelto cosificada y congelada en el corazón del presunto izquierdista».

Una izquierda que asuma su propia radicalidad necesita romper con la parálisis de esos afectos tristes y fantasmales para generar encuentros políticos vitales. En la Tierra o en el Cosmos, pero siempre de cara a ese espacio inconmensurable que llamamos futuro. ●



Durante décadas, entre los cineastas, los críticos y las audiencias políticamente conscientes, se repitió la misma pregunta: ¿qué forma debe adoptar una película? El modo en que era filmada y editada, el modo en que se grababa el sonido, la puesta en escena, incluso los procesos de producción, distribución y exhibición, eran tan importantes como el contenido. Hoy es difícil de creer, pero desde que terminó la Primera Guerra Mundial y a lo largo de los años 1960, los cineastas experimentaron en todos esos aspectos con el objetivo de fomentar una nueva conciencia revolucionaria entre las audiencias de todo el mundo.

Por supuesto, corrió mucha agua bajo el puente. ¿Quién debate hoy las implicancias políticas de una técnica específica de edición, defiende el estilo de actuación brechtiano, capaz de producir espectadores activos y politizados, o se queja con vehemencia del «Mickey Mousing» o de la música emocionalmente forzada?

Hoy todo pasa por el contenido. Un tema que promete en términos políticos es más que suficiente: *El*

LA MUERTE DEL CINE REVOLUCIONARIO

joven Karl Marx, La muerte de Stalin, Peterloo. Por supuesto, la calidad y los efectos de esas películas varían, pero todas comparten a grandes rasgos una forma estándar. Cuando el director Ryan Coogler (*Pantera Negra, Estación Fruitvale*) anunció que estaba trabajando en una película sobre Fred Hampton, bastó la expectativa de un contenido político socialista: no esperamos nada de la forma.

Y tal vez sea el modo adecuado de pensar las cosas. Después de todo, no es fácil juzgar el efecto que tuvieron todas esas formas cinematográficas revolucionarias en los espectadores, incluso en el caso de la Unión Soviética de los años 1920. ¿Por qué retomar esa vieja obsesión? ¿No es *Parasite*, de Bong Joon-ho's, una gran película, tan fuerte como memorable, aun cuando está hecha en términos completamente convencionales, que sin dejar de ser refinados obedecen en todo



Desde que terminó la Primera Guerra Mundial y hasta fines de los años 1970, los cineastas de todo el mundo se comprometieron en experimentos formales con la expectativa de despertar una nueva conciencia política. ¿Por qué murió ese sueño?



a las «reglas» internacionales del cine de ficción?

Los espectadores rara vez son conscientes de que esas formas narrativas se impusieron hace generaciones: una dirección de fotografía que no se aleja del relato, una edición lisa y pareja que en ningún momento permite salir de la psicología del personaje y una banda sonora que sincroniza perfectamente con la acción y realza las emociones representadas, sin funcionar jamás como un contrapunto de la imagen o destacarse por sus propias cualidades. Todo eso forma parte del denominado sistema de continuidad invisible, perfeccionado en los años 1910 y 1920 en las principales industrias cinematográficas y consagrado en los estudios de Hollywood. Integra al espectador a un espejo de la realidad agradablemente idealizado que lo conduce a identificarse con el protagonista (y, dicen los críticos de la forma, con una serie inherente de posiciones ideológicas regresivas).

El carácter construido y artificial de esa realidad, el elaborado aparato que funciona detrás de escena y la agenda empresarial de la producción cultural de masas están cuidadosamente disfrazados, en parte a causa del carácter silencioso de la forma que, en caso de manifestarse, tal vez sería capaz de despertar a la audiencia de su sueño cinematográfico.

Durante los años 1920, los cineastas que intentaron contrarrestar la maniobra mediante la cual el sistema de continuidad invisible inmovilizaba el cine comercial, ensayaron una serie de alternativas formalistas que incluyeron movimientos de vanguardia como el dadaísmo y el surrealismo, el expresionismo alemán, el impresionismo francés y el montaje soviético.

Serguéi Eisenstein, el más importante de los cineastas del montaje soviético, argumentaba específicamente que a través del montaje era posible crear un «razonamiento cinematográfico» capaz de adaptar *Das Kapital* a la pantalla, de modo tal que los obreros aprendieran «a pensar dialécticamente». En películas como *La huelga*, *El acorazado Potemkin* y *Octubre*,

Eisenstein pone en marcha su teoría del «montaje de atracciones», fundada en la dialéctica marxista: «Los contenidos de una toma deben chocar con otra como choca una tesis con su antítesis dialéctica, y así producir una síntesis en la mente del espectador». En teoría, ese resultado discrepante y vigoroso habilitaría un nuevo tipo de «pensamiento cinematográfico radical» que la audiencia transportaría al mundo real.

En *Octubre* el director hizo uno de sus «montajes intelectuales» más ambiciosos: una crítica de la religión producida por una serie de tomas discordantes de íconos religiosos, que hace que el familiar cristo ortodoxo ruso se vuelva extraño ante la audiencia gracias a la yuxtaposición de símbolos brutalmente alienantes de religiones de todo el mundo.

Las teorías de Eisenstein formaban parte de una perspectiva modernista bastante extendida, que sostenía que una película estaba hecha de procesos cerebrales objetivados y exteriorizados. Hugo Münsterberg, el primer teórico del cine, argumentaba que la popularidad de la forma cinematográfica obedecía a su capacidad de imitar los mecanismos de funcionamiento de nuestra mente: los retrocesos temporales imitaban la memoria y los primeros planos nuestra capacidad mental para centrar la atención en un objeto particular. Por su parte, Eisenstein argumentaba que las películas no solo imitaban los procesos de pensamiento, sino que los creaban y los alimentaban, y que era necesario contrarrestar la industria de Hollywood, empeñada en formar generaciones enteras en las lógicas del capitalismo.

El acorazado Potemkin (1925) fue un primer modelo. Aunque prohibida en los cines públicos de



muchos países, incluidos los de Francia y el Reino Unido, se convirtió en un imprescindible en las proyecciones privadas de los sindicatos y de las sociedades de cine de todo el mundo. El contenido de la película era suficientemente impactante: una recreación enérgica de la revuelta emprendida en 1905 por los infantes de marina contra los excesos autoritarios a bordo del *Potemkin*, que tuvo tanto apoyo popular que terminó con una infame masacre desatada por las tropas zaristas en la ciudad portuaria de Odessa. Pero la película se hizo célebre a causa de su escandalosa técnica de edición. La osada secuencia de la Escalera Potemkin —sin duda, junto a la escena de la ducha de *Psicosis*, uno de los montajes más famosos de la historia del cine— era tan potente y llegó a ser tan conocida que hacía probable que «cualquiera [...] se convirtiera en un bolchevique después de ver la película», según las palabras de admiración reticente de Joseph Goebbels, ministro de Propaganda nazi.



Iósif Stalin puso fin a los experimentos de montaje soviéticos bajo el argumento de que los ciudadanos comunes eran incapaces de comprender esas películas, plagadas de formas esotéricas y alineadas con los decadentes movimientos artísticos y cinematográficos europeos. Instituyó el realismo socialista y dictaminó el estilo que debía seguirse en las artes. Durante décadas, los soviéticos solo asistieron a ficciones entretenidas, simplificadas, heroicas, «centradas en el pueblo» y «partidarias», que transmitían sin ambages las herramientas para convertirse en mejores comunistas. Pero los movimientos formalistas también enfrentaron resistencia a nivel internacional con la Gran Depresión, el ascenso del fascismo y la guerra, que terminaron conduciendo enormes flujos de inversión a la producción de documentales y de cine realista.

El movimiento más influyente en este sentido fue el neorrealismo italiano que dominó durante las décadas de 1940 y 1950. Surgido después la Segun-

da Guerra Mundial, se opuso al estilo de películas que producía el fascismo italiano y a la industria del entretenimiento hollywoodense, que se centraba en las vistosas vidas de los ricos y negaba la realidad brutal que transcurría fuera de las puertas del estudio. Potenciadas por los cineastas comunistas y socialistas que participaron de la «primavera» izquierdista que siguió a la guerra, estas películas mostraban filmaciones hechas en locaciones reales, preferentemente entre los escombros de las ciudades bombardeadas, y utilizaban iluminación natural y actores no profesionales, todo lo cual creaba una estética cruda que se alejaba notablemente de las ficciones de la época. Roberto Rossellini, cuya película *Roma, ciudad abierta* (1945) definió en

buena medida esta forma, decía provocativamente: «Si por error hago una toma hermosa, la corto».

André Bazin argumentó que la clave del éxito del neorrealismo italiano era el plano grande de foco profundo, que prescindía de las interrupciones del montaje de los años 1920 y de cualquier truco óptico. Como argumenta Mike Waynes en *Marxism Goes to the Movies*, el plano grande de foco profundo permitía descubrir una realidad social compleja, mientras el ojo del espectador deambulaba por el cuadro de un modo completamente imposible en el marco del montaje soviético o del sistema de continuidad hollywoodense. Este último servía para cortar la escena siguiendo los motivos que dictaba la trama, gobernada a su vez por la psicología y los objetivos de los protagonistas. Las tomas que utilizan técnicas de *raccord* de acción y de mirada son estrategias de edición de continuidad fundamentales, que vinculan la experiencia emocional del espectador con el perso-



Dios y el diablo en la tierra del sol
Glauber Rocha
(1964)

naje individual y lanzan al primero sobre el escenario dramático de acuerdo con las pautas del individualismo estadounidense que prioriza Hollywood.

Tanto los cineastas del montaje soviético como los neorrealistas reconocían las disimuladas técnicas de bombardeo ideológico que definían al cine hollywoodense, pero adoptaron estrategias opuestas al momento de combatirlas. El neorrealismo tenía a relajar las estructuras narrativas, especialmente la causalidad típica de la «trama ajustada». Todo estaba en las tangentes, las digresiones, las coincidencias y en la reverencia a las repeticiones de la vida cotidiana, identificada por los principales representantes del movimiento con la experiencia de la clase obrera pobre.

En Brasil, el Cinema Nuovo vinculó las innovaciones del neorrealismo italiano, del cine arte europeo y de la Nouvelle Vague francesa con la militancia política y con la «estética del hambre». La propuesta del director Glauber Rocha de hacer películas feas, crudas y furiosas que reflejaran la experiencia brutal de los oprimidos, hambrientos en términos literales y figurados, quedó plasmada en *Dios y el diablo en la tierra del sol* (1964), que parece cortada con un cuchillo de carnicero. Los realizadores del Tercer Cine surgieron originalmente en los países latinoamericanos, pero el movimiento rápidamente llegó a Asia, África y otras regiones, fomentando el sueño de una revolución intercontinental que rechazaba la estética comercial

hollywoodense, denominada, en términos políticos, «Primer Cine». Pero los programas del Tercer Cine, que apuntaban a realizaciones colectivas centradas en los movimientos radicales de liberación, también intentaban evitar los movimientos de cine artístico de autor, a los que definían como «Segundo Cine».

Con todo, la célebre *Batalla de Argel* (1966) pertenece simultáneamente al Segundo y al Tercer Cine. Su director, Gillo Pontecorvo, participante de la resistencia italiana, introdujo elementos del neorrealismo y puso su película al servicio de un proyecto militante revolucionario, pues trabajó en colaboración con el pueblo argelino para representar —en locación— los acontecimientos esenciales (y sangrientos) de su lucha de liberación contra la brutal ocupación francesa.

Los experimentos radicales del Tercer Cine fueron acompañados de una serie de manifiestos, como por ejemplo, «Hacia un tercer cine», escrito por los directores argentinos Fernando Solanas y Octavio Getino. Esos manifiestos planteaban la necesidad de una reinención total del cine, es decir, la creación de un cine que ellos mismos ignoraban en principio. Todo resultaría de un procedimiento de prueba y error, guiado por la determinación de subvertir el imperialismo, educar y comprometer la conciencia política de la audiencia y operar fuera del sistema por medio de métodos guerrilleros de rodaje y vías de distribución y exhibición alternativas. *La hora de los hornos* (1968) de Solanas y Getino es un espectá-

Batalla de Argel
Gillo Pontecorvo
(1966)



culo experimental de Tercer Cine de cuatro horas, que comienza con una combinación emocionante de percusión frenética y frases del Che Guevara, Frantz Fanon y otros héroes revolucionarios que interrumpen las tomas documentales de una violenta represión policial. Es sabido que la película convoca a la audiencia a poner pausa a voluntad con el fin de discutir los temas que plantea la revolución.

Hoy vivimos sumergidos en las tibias aguas de los medios de comunicación. Estamos tan lejos del lenguaje del cine revolucionario que tal vez parezca extravagante agarrar uno de los serios números de los *Cahiers du Cinéma* impresos en 1969, época en que los teóricos y los críticos de cine creían que estaban «empezando de cero». Como sea, Jean-Louis Comolli y Paul Narboni propusieron en sus páginas un sistema de categorización del cine que abarcaba de la A a la G, con el único fin de alertar a las audiencias sobre la basura que estaban consumiendo. La categoría A incluye las películas comerciales de las productoras más importantes y la mayor parte del cine arte independiente, ambos «completamente imbuidos de la ideología dominante». La categoría B remite al pequeño número de películas encomiables que tratan un «tema directamente político» y «atacan [su propia] asimilación ideológica en dos frentes»: la forma y el contenido. El Tercer Cine es un buen ejemplo.

El resto de las categorías son más difíciles. Por ejemplo, la categoría C identifica películas que no

tienen ningún contenido político obvio, pero que, no obstante, operan políticamente en la medida en que funcionan «a contracorriente» en términos formales. Es probable debatir en esos términos el cine negro hollywoodense de los años 1940, con su estilo expresionista extremo y pesadillesco, capaz de convertir hasta los melodramas más predecibles en una crítica ideológica implícita.

Según los críticos de los *Cahiers*, B y C eran buenas categorías. La categoría D, que es donde tienden a operar las películas ideológica y políticamente desafiantes de hoy, nos sitúa en un ambiente espantoso. Son películas que tienen «contenido político explícito [...] pero no critican efectivamente el sistema ideológico en el que están insertas porque adoptan su lenguaje y su imaginario sin cuestionarlos».

Por ejemplo, podemos imaginarnos a Comolli y a Narboni negando con la cabeza mientras condenan *Harriet* (2019), película biográfica tristemente estereotípica, que desperdicia la oportunidad de representar en términos revolucionarios la vida revolucionaria de Harriet Tubman. Por ejemplo, ¿cómo mostrar las «visiones» de Tubman, causadas probablemente por el golpe homicida que recibió en la cabeza de parte de un cuidador de esclavos cuando tenía quince años? Ese acto violento radicalizó a Tubman: casi inmediatamente empezó a escuchar «mensajes divinos» que la conducían en sus métodos de lucha contra la esclavitud. La directora Kasi

Lemmons representa las visiones mediante el tono etéreo de unos tintineos acompañado de imágenes de nubes que corren a toda velocidad, es decir, una típica «secuencia de sueño» presente en cualquier película comercial.

Es bastante difícil identificar la posición ideológica de una película y la categoría más compleja de Comolli y Narboni es la E, antaño famosa en los estudios de cine por las oportunidades que otorgaba a los estudiantes de analizar las producciones de la industria dominante en busca de «lagunas» y contradicciones. Las películas de la categoría E parecen estar completamente absorbidas por la ideología burguesa, pero contienen tantas ambigüedades y exponen tales quiebres y desplazamientos en sus operaciones sistémicas, que terminan siendo útiles a la hora de «desmontar el sistema desde dentro». Los últimos wésterns de John Ford, como *Más corazón que odio* (1956) y *Un tiro en la noche* (1962) son ejemplos paradigmáticos: la celebración patriótica y conservadora de la doctrina del destino manifiesto se complicó cada vez más por una taciturna técnica de foco profundo, personajes de sombrío sino y una sensación enigmática de fatalidad que cubre todo el proyecto estadounidense.

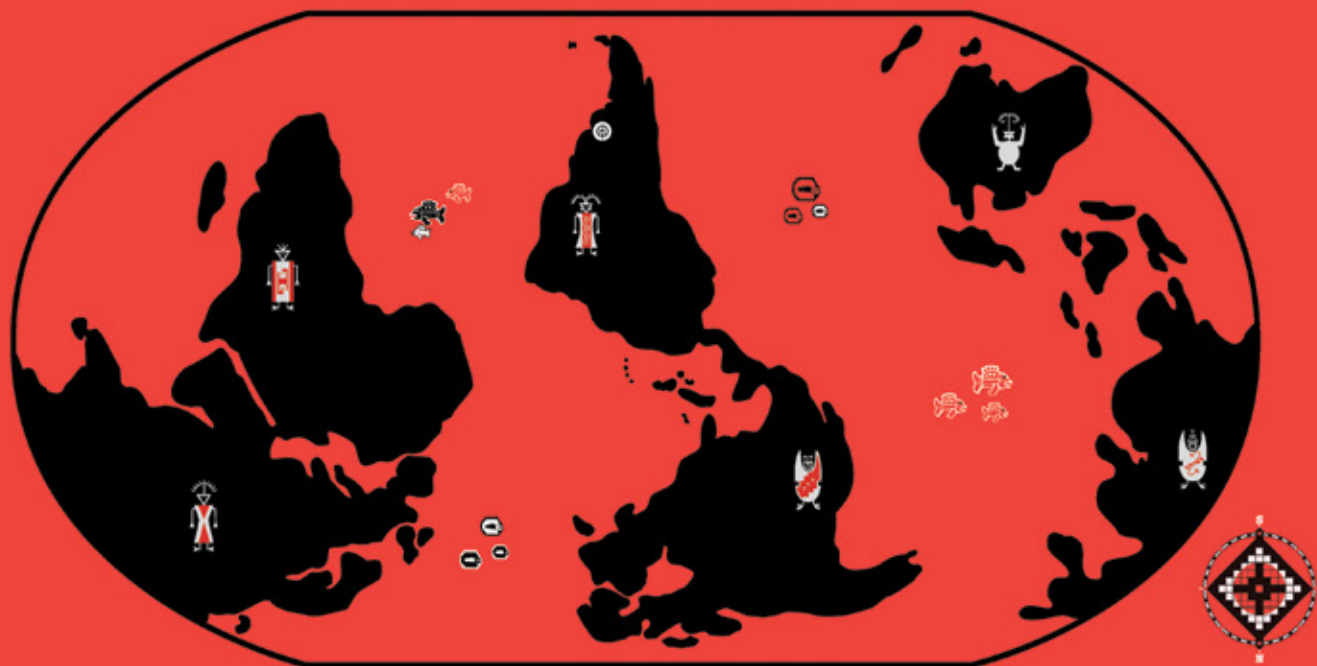
Quienes decidan reírse de este enfoque esquemático, deben recordar que Comolli y Narboni al menos *disponían* de un esquema que permitía promover el cine revolucionario y eso es mucho más de lo que tenemos hoy. Aunque durante el último medio siglo asistimos a ciertos desarrollos formales más o menos interesantes, es difícil conectarlos con cualquier

intención o efecto políticos. En los años 1990 y a pesar de su corta vida, el movimiento Dogma 95 no dejó de despertar esperanzas con su rechazo de todas las sutiles convenciones comerciales, excesivamente dependientes de la tecnología, y la adopción de una serie de restricciones que forzaban a los cineastas a volver a un crudo neo-neorrealismo. En cualquier caso, terminó siendo un recurso publicitario, develado cuando Lars von Trier y Thomas Vinterberg, sus principales representantes, abandonaron sus «votos de castidad» y dijeron que los habían escrito borrachos.

El cine digital, que democratizó el proceso creativo abaratando sus costos y ampliando su alcance, también prometió brevemente una especie de alternativa estética que podría haber sido aprovechada con fines políticos. Pero la tecnología no tardó en ponerse al servicio de la imitación de los efectos del cine clásico. Y, en cualquier caso, la verdad es que hoy no creemos en el potencial político revolucionario del cine ni en su capacidad de transformar las conciencias.

De forma irónica, en una época en que el socialismo por fin parece retornar y empezamos a sentir la necesidad urgente de generar un «movimiento de masas», de «unir a la clase obrera», de «construir lazos de solidaridad» —en fin, toda la fraseología de antaño—, no tenemos ningún plan equivalente que apunte a la vieja idea de poner de nuestro lado los medios de comunicación de masas.

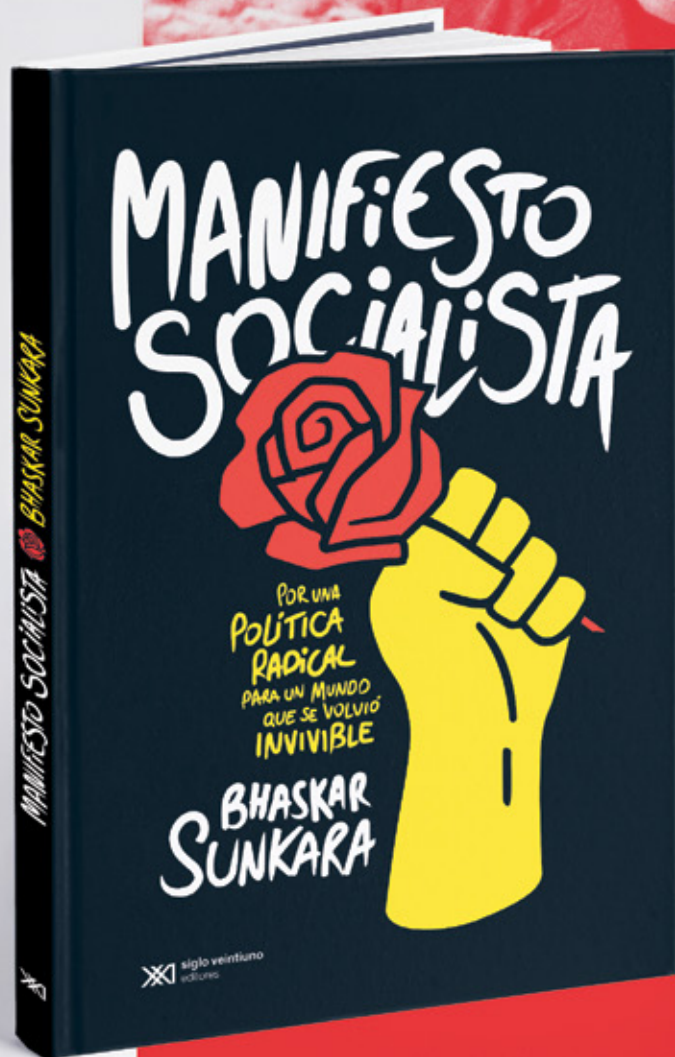
Debemos cuestionar urgentemente esa falta de imaginación. ●



 nuestro norte es el sur

 democracia
 feminismos
 sindicalismo
 ecosocialismo





Manifiesto socialista

Por una política radical
para un mundo que se
volvió invivible

Bhaskar Sunkara

director de la revista Jacobin.



disponible en las mejores librerías

disponible en ebook | sigloxxieditores.com.ar

**¿Puede funcionar el socialismo?
Por supuesto que sí.**

JOSEPH SCHUMPETER

ISSN: 2718- 6466



7 798362 370017 >